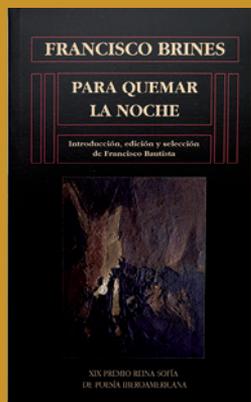
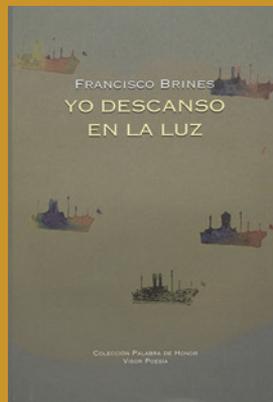
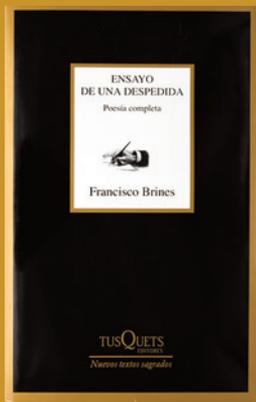
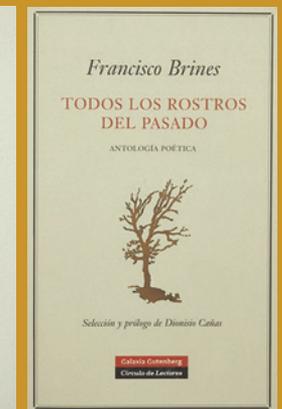
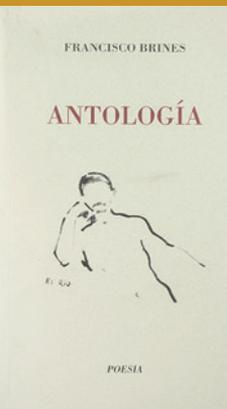
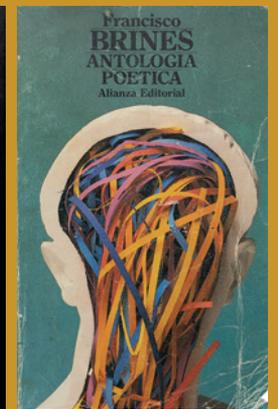
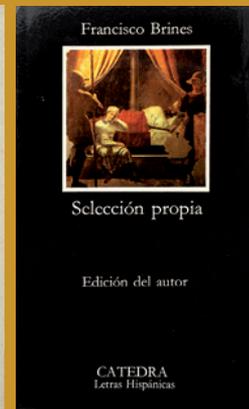
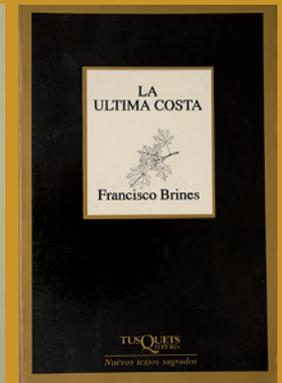
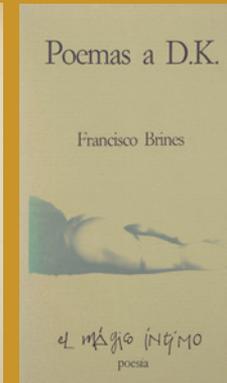
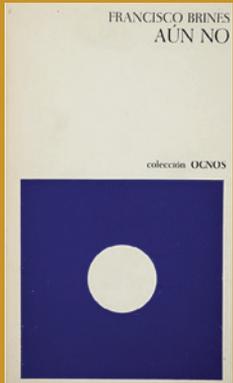
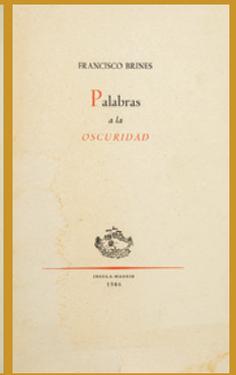
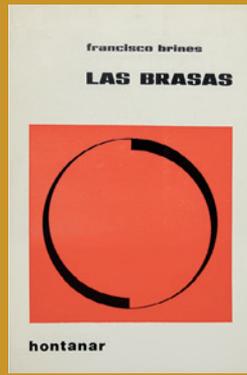
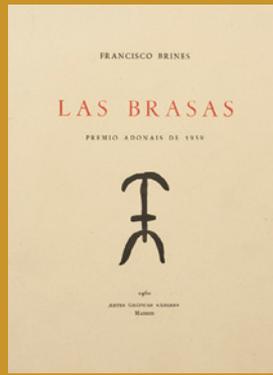
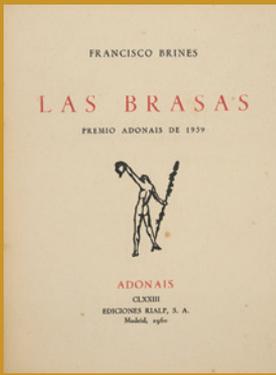


**Francisco Brines:  
la certidumbre de la poesía**

Homenaje al Premio Cervantes 2020







**Francisco Brines:  
la certidumbre de la poesía**



---

# Francisco Brines: la certidumbre de la poesía

Homenaje al Premio Cervantes 2020

Organiza:



## EXPOSICIÓN ---

### Comisariado

Ángels Gregori Parra

### Coordinación

Jesús Cañete Ochoa

Fernando Fernández Lanza

### Diseño y montaje

Leticia Alonso Calzadilla

Ignacio Garcés Fernández

Natalia Garcés Fernández

María Durán Vaquero

## CATÁLOGO ---

### Dirección editorial

Jesús Cañete Ochoa

### Textos

Fernando Delgado

Carlos Marzal

Vicente Gallego

Antonio Fernández Ferrer

### Fotografía de las piezas

Natalia Garcés

### Diseño gráfico y preimpresión

Vicente Alberto Serrano

© de la presente edición: Universidad de Alcalá

© de los textos: sus autores

Editorial Universidad de Alcalá

ISBN: 978-84-18254-35-2

Dep. L.: M-10131-2021

### Foto de cubierta

Jesús Císcar

Imprime: Advantia

La exposición "Francisco Brines: la certidumbre de la poesía" ha sido organizada por el Ministerio de Cultura y Deporte y la Universidad de Alcalá, con la colaboración de la Fundación General de la Universidad de Alcalá, el Ayuntamiento de Alcalá de Henares, el Instituto Cervantes, la Generalitat Valenciana, el Ajuntament de Oliva y la Fundación Francisco Brines.



Ministro de Cultura y Deporte  
José Manuel Rodríguez Uribes

Subsecretaria de Cultura y Deporte  
Andrea Gavela Llopis

Secretario General de Cultura  
Javier García Fernández

Directora General del Libro y Fomento de la Lectura  
María José Gálvez Salvador

Subdirectora General de Promoción del Libro, la Lectura y las Letras Españolas  
Begoña Cerro Prada



Rector  
José Vicente Saz Pérez

Vicerrectora de Políticas de Responsabilidad Social y Extensión Universitaria  
María Jesús Such Devesa

Delegado del Rector para Cultura, Ciencia y Cooperación  
José Raúl Fernández del Castillo Díez

Coordinador General de Extensión Universitaria  
Fernando Fernández Lanza



Directora General  
María Teresa del Val Núñez

Director del Festival de la Palabra  
Jesús Cañete Ochoa

Coordinadora de exposiciones y diseño gráfico  
Natalia Garcés

Imagen de cubierta:  
Francisco Brines, por Jesús Císcar

---

## Índice

<b>Magia y poesía</b>	
José Manuel Rodríguez Uribes	13
<b>Introducción</b>	
José Vicente Saz	17
<b>Francisco Brines: la certidumbre de la poesía</b>	
Àngels Gregori Parra	21
<b>El Brines de <i>Las brasas</i></b>	
Fernando Delgado	23
<b>Insistencias en Francisco Brines</b>	
Carlos Marzal	29
<b>Paco, ¿tú crees en Dios?</b>	
Vicente Gallego	51
<b>El secreto del azahar</b>	
Antonio Fernández Ferrer	63
<b>Elca, poemas de Francisco Brines</b>	
Fotografías de Jesús Císcar	77
<b>Carmen Calvo versus Francisco Brines</b>	
Poemas de Francisco Brines	
Pinturas de Carmen Calvo	99
<b>Francisco Brines visto por...</b>	117
<b>Cronología</b>	
Àngels Gregori Parra	131
<b>Epistolario</b>	169

---





---

## Magia y poesía

**José Manuel Rodríguez Uribe**

*Ministro de Cultura y Deporte*

**T**iene Brines una biblioteca en Elca que es fiel reflejo de sus querencias como poeta y como lector. La generosidad con la que ha compartido con amigos y con ajenos los libros que atesora es solo comparable con la humanidad que ha trasladado a este Ministerio de Cultura del que soy titular, en cada una de sus acciones y a lo largo de todos estos meses desde que le fue concedido el máximo galardón de las letras españolas: el Premio Cervantes.

En su biblioteca hallamos primeras ediciones de todos sus libros y traducciones; manuscritos de algunos de sus poemas más conocidos, primeras ediciones de poetas como Juan Ramón Jiménez y cartas intercambiadas con Cernuda y Vicente Aleixandre. Muchas de esas joyas se encuentran en la exposición cuyo catálogo tengo el honor de presentarles. Otra vez más la presencia del cuidado y de la generosidad, señas de identidad de Brines.

Leí *El otoño de las rosas* en mi juventud y, quien me conoce, sabe que es uno de mis poemarios predilectos. La verdad, la emoción, la sensualidad que transita la poesía de Brines es, junto a su altísima calidad y sensibilidad, las cualidades poéticas que lo han hecho merecedor del Cervantes. Al ser con-

cedido en 2020 el Premio Cervantes de literatura en lengua castellana a Francisco Brines, se premia por tercera vez consecutiva a un Poeta (y lo escribo con mayúsculas puesto que mayúsculo es su arte). Esta extraordinaria terna que conforma con mi querido y añorado Joan Margarit y con Ida Vitale nos lleva a vincular poesía y Cervantes por encima de todas las cosas, y nos remonta a los principios de este premio (que se falló por primera vez en 1976, también a favor de un poeta, Jorge Guillén), cuando fueron galardonados Dámaso Alonso en 1978 y Gerardo Diego y José Luis Borges, *ex aequo*, en 1979, y Octavio Paz, Luis Rosales y Rafael Alberti en 1981, 1982 y 1983.

La trayectoria de Francisco Brines también ha estado colmada de premios, comenzando, como es canónico para los poetas jóvenes, con el Adonais en 1959, y, como Ministro de Cultura, tengo que citar sus dos Premios Nacionales, el de Poesía en 1987, por *El otoño de las rosas*, y el Nacional de las Letras Españolas en 1999, que se concede a toda la obra.

En esta exposición, *Francisco Brines: la certidumbre de la poesía*, que recorre su vida y su obra, que recoge poemas manuscritos, fotografías, retratos, cartas... el Ministerio de Cultura y Deporte ha tenido la satisfacción de colaborar de nuevo para su organización con la Universidad de Alcalá. Es una gran oportunidad para ver materiales nunca reunidos hasta ahora, y de rendir un homenaje a este prodigioso creador. La comisaria de la exposición, Àngels Gregori, es una de las poetas que mejor conoce a Brines y esa complicidad, respeto y admiración, queda patente en cada una de las elecciones y detalles de la exposición en honor y homenaje a Brines.

Invito a la ciudadanía a disfrutar de la exposición, a detenerse en este catálogo y a conocer y leer a Francisco Brines, al hombre y al poeta. Citando a Francisco Nieva en su contestación al discurso de ingreso de F. Brines en la RAE, en 2006, «Leer con atención a Francisco Brines nos sumerge de un empujón en ese mundo privado e inédito, a la vez lleno de milagrosas semejanzas con el nuestro, pero enaltecido y enfatizado por la más exquisita lírica de expresión. No somos pocos los que consideramos a Francisco Brines un “gran poeta” en toda la extensión de la palabra». No puedo estar más de acuerdo.

Me quedo también con su ternura, con su inmenso humor, con la inmortalidad de la belleza de *l'Elca*, para siempre en su poesía.

Escuché una vez a Brines decir que la poesía era lo más parecido que existía a la magia. Vamos a descubrirla en esta exposición.



---

## Introducción

**José Vicente Saz**

*Rector de la Universidad de Alcalá*

**L**a poesía no es un espejo, sino un desvelamiento. En ella nos hacemos a nosotros mismos; no buscamos allí reconocernos, sino conocernos, escribe Francisco Brines en el texto «La certidumbre de la poesía», en el que nos transmite su poética, describe lo que la poesía es y aporta, y que da título al presente catálogo y su correspondiente exposición. Ambas iniciativas brindan a la Universidad de Alcalá, en colaboración con el Ministerio de Cultura y Deporte y la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, la oportunidad de rendir un merecido homenaje a Paco Brines (como le llaman sus amistades) con motivo de la 46 edición del Premio Cervantes, en la que ha resultado galardonado. Este premio se concedió por primera vez en 1976 a Jorge Guillén, una de las figuras más relevantes de la «Generación del 27», y desde entonces se ha consolidado como el galardón más prestigioso de la lengua castellana.

Brines, por su parte, pertenece a la «Generación de los 50», conocida también como «Generación de los niños de la guerra», de la que forman parte autores como Jaime Gil de Biedma, José Ángel Valente, Carlos Barral, Claudio Rodríguez, José Agustín Goytisolo, Rafael Sánchez Ferlosio, Ana María Matute, Carmen Martín Gaité, Luis Martín Santos, García Hortelano y Luis

Goytisolo. En el seno de esta prodigiosa generación, Brines se distingue por su poesía intimista que trasluce dos principios —coherencia y unidad—, y en la que la experiencia de la vida define con gran precisión un mundo creado sobre una estructura filosófica bien afianzada. Un mundo en el que el paso del tiempo, la decadencia y limitaciones que supone, prevalece como idea principal.

Para el autor, *el gran condicionamiento de la existencia es el hombre en el tiempo, y el tiempo es el que lo va formando, moldeando y haciendo. Y, al final, deshaciéndolo*, explicaba en una entrevista cuando recibió el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. Brines, el poeta del tiempo, busca con la poesía un nuevo conocimiento sólo accesible a través de la escritura, que es capaz de mostrar el sentido profundo de experiencias vitales concretas. Su poesía lo es de conocimiento, y también de salvación, al intentar la ilusión de revivir esa experiencia, esa vivencia, y *hacer que el instante transcurra sin pasar, efímero y eterno a la vez*, cuenta en «La certidumbre de la poesía».

Consciente de nuestro destino mortal, así como de las *sucesivas pérdidas en que consiste vivir*, considera el conjunto de su obra una extensa elegía en la que, según el poeta Luis Antonio de Villena, su amigo, *Brines afirma hoy el amor a la vida, sabiendo despedirse de ella*. Nos encontramos ante un poeta elegíaco, metafísico y moral que nos comparte un proceso liberador, que rescata de las ataduras impuestas, y cuyo resultado es aprender a vivir mejor.

Y así, la palabra, que es la propia materia de la que está hecha la poesía, *nos hace poseedores del mundo*, según Brines, convencido de que un poema *puede servir más a un lector que al mismo poeta*, y de que educa, además, en la sensibilidad y en la tolerancia, al producirse en quien está leyendo una identificación emotiva con versos cuyo contenido puede ser extraño frente a sus convicciones, porque *el lector en la poesía no se busca a sí mismo, sino que busca la verdad del otro*.

En los tiempos que vivimos, bajo el azote de la crisis provocada por la pandemia COVID-19, hemos de considerar la enorme relevancia de valores como la sensibilidad y la tolerancia, que la Universidad de Alcalá reivindica, al igual que Brines, para superar esta grave situación sin precedentes en nues-

tra historia reciente, y avanzar cuanto antes hacia un desarrollo en el que prevalezcan los derechos humanos, la igualdad, la equidad, la libertad, la justicia y la paz.

Es por ello un honor presentar la exposición y el catálogo bajo el título *Francisco Brines: la certidumbre de la poesía*, con la esperanza de que contribuyan al conocimiento de uno de nuestros más grandes creadores literarios de la segunda mitad del siglo XX, cuya obra ha sido ampliamente reconocida desde que en 1959 ganara el Premio Adonais con su primer libro, *Las brasas*, al que siguió en 1966 el Premio Nacional de la Crítica, por *Palabras en la oscuridad* (1966); en 1987 el Premio Nacional de Literatura por *El otoño de las rosas*; en 1998 el Premio Fastenrath por *La última costa*; en 1999 el Premio Nacional de las Letras Españolas por el conjunto de su obra poética, y en 2010 el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. Dos lustros después ha sido reconocido con el Premio Cervantes 2020.

Paco Brines ocupa el sillón X en la Real Academia de la Lengua Española, y ha compaginado su inquietud y producción poética con su actividad universitaria como estudiante (es licenciado en Derecho, Filosofía y Letras e Historia) y docente, ya que fue profesor de literatura española en la Universidad de Cambridge y profesor de español en la Universidad de Oxford. En 2001 fue investido Doctor Honoris Causa por la Universidad Politécnica de Valencia. En este acto, precisamente, recordaba el escritor Jaime Siles en su *laudatio* a Brines que, a los numerosos reconocimientos a su talento, se une la probada admiración por parte de generaciones de escritores que le anteceden, de su propia generación, y de las venideras, para las que *la figura de Paco trasciende la literatura, es un padre, un amigo, un cómplice y, desde luego, un poeta maestro*, declaraba en 2013, en una entrevista, el poeta Carlos Marzal, que le dedica un texto crítico en este catálogo, al igual que Vicente Gallego, Fernando Delgado y el catedrático de literatura de nuestra Universidad, Antonio Fernández Ferrer.

Ángels Gregori, directora de la Fundación Brines y comisaria de esta exposición, presenta una exhaustiva crono-bibliografía, y el acercamiento a la vida y obra de Brines se completa en esta muestra, y su catálogo, con imáge-

nes tomadas por el fotógrafo Jesús Ciscar; cuadros de Carmen Calvo, quien profundizó con Brines en un proyecto sobre las relaciones entre pintura y poesía, así como otros materiales traídos desde Oliva (Valencia), la tierra en la que el autor aprendió *a vivir y a sentir*, que *ha llegado a simbolizar el espacio del mundo* para él, donde se emplaza su finca familiar de Elca y actual sede de la Fundación Francisco Brines. *Aquí, en este lugar, supo mi infancia/que era eterna la vida, y el engaño/da a mis ojos amor. Hoy miro el mundo/como el amante sabe, abandonado,/que quien le desdeñó le merecía.*

En nombre de la Universidad de Alcalá quiero agradecer el apoyo y los materiales aportados por distintos organismos públicos y privados; la profesionalidad de los equipos de la universidad y, en especial, la generosidad de Francisco Brines y los distintos autores y artistas que han colaborado para hacer realidad la muestra y la presente publicación.

---

## Francisco Brines: la certidumbre de la poesía

**Àngels Gregori Parra**

*Directora de la Fundación Francisco Brines*

**U**na eterna elegía. Así podría resumirse la tarea poética de Francisco Brines, que durante más de medio siglo de escritura ha dejado testimonio en algunas de las más memorables páginas escritas en lengua castellana. Este trabajo lo llevó, ya desde la publicación de su primera obra, a encontrar en las palabras no sólo la forma más precisa para comprenderse, sino el instrumento más útil para enfrentarse a los secretos de la vida e ir acercándose a las complejidades y a las incertidumbres de su tiempo y de su cuerpo.

Brines conformó una ética del paseante y convirtió el territorio en paisaje. Desde la contemplación y la reflexión puso rostro preciso a las experiencias vitales, cantando un mundo tan gastado que, como afirmará, la búsqueda de originalidad hubiera podido fácilmente traicionarlo. De *Las brasas* iniciales que ardían en su juventud hasta *La última costa* que golpeaba con un ímpetu oceánico, indomable como la muerte, a través de la poesía pudo y supo construir una moral propia, establecer una forma de tolerancia que le permitiría abrazar lo ajeno y hasta asentir a los opuestos.

Recogió su poesía bajo el título de *Ensayo de una despedida*, un largo ejercicio de adiós a la vida desde el dolor por las pérdidas y desde la firme gratitud a la posibilidad de haber sido y estado en el mundo. La belleza de la vida y los interrogantes de las edades se juntan y conviven en un mismo sitio, fiel desde el inicio hasta el final: L'Elca, la casa familiar donde tuvieron lugar los mejores momentos de su infancia, donde amó y fue amado, el espacio de la emoción aún contenida al contemplar la intensidad de la naturaleza y los modos de la luz, el lugar desde donde recibió la noticia de haber sido distinguido con el más alto reconocimiento de las letras castellanas, el Premio Cervantes.

En 2019 se creó, por deseo del poeta, la Fundación Francisco Brines de la Comunitat Valenciana, que con el apoyo de la Generalitat Valenciana y del Ayuntamiento de Oliva, tiene entre sus objetivos mantener el legado de Brines, apoyar a los creadores mediante la convocatoria de unos premios literarios y asegurar L'Elca como espacio para la difusión de la poesía.

L'Elca, espacio ya mítico para sus lectores, ha tenido en el poeta el más leal y delicado de sus observadores. La palabra, el tiempo y el cuerpo se funden y se confunden aquí en un mismo destino, el lugar de la fidelidad, del respeto y del buscado e inevitable retorno.

# El Brines de *Las brasas*

Fernando Delgado

## **Fernando Delgado**

(Santa Cruz de Tenerife, 1947)

Es escritor y periodista. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense, fue jefe de programas generales de Radio Exterior de España, primer director de Radio 3, dos veces director de Radio Nacional de España, consejero de Administración de RTVE por elección parlamentaria y director general de Tele Expo en la Exposición Universal de Sevilla de 1992.

Con *Tachero*, la primera de sus novelas logró el Premio Benito Pérez Armas y el Pérez Galdós por *Exterminio en Lastenia*. En 1995 ganó el Planeta por *La mirada del otro*, en 2015 el Azorín por *Sus ojos en mí* y su última novela es *El huído que leyó su esquila*. Los ocho libros de su obra poética recibieron los premios Julio Tovar y Antonio de Viana. De 1993 a 1996 presentó y coordinó los telediarios del fin de semana de TVE y, más tarde, presentó el programa *A vivir que son dos días* en la Cadena SER. Colaboró en *Pueblo, Informaciones* y en los diarios *Prensa Ibérica* y *El País*. Recibió también el Premio Europa en Salerno, el Ondas Nacional de Televisión, el Antena de Oro de la Asociación de Radio y Televisión y el Villa de Madrid de periodismo Mesonero Romanos. En 2017 apareció *Mirador de Velintonia. De un exilio a otros (1970- 1982)*, escenario de la vida de Vicente Aleixandre. Los bibliotecarios de la Comunidad Valenciana, donde vive y escribe, lo distinguieron como bibliotecario de honor.

---

## El Brines de *Las brasas*

Fernando Delgado

**A** costumbrados a los estereotipos de los poetas sociales que entonces frecuentábamos, Francisco Brines nos pareció de pronto —a mí y a los que conmigo andaban: alevines de poetas, meritorios del periodismo, pintores de incipiente mancha— un ave rara en el desaliño frecuente del mundo literario del momento. Ni su figura ni sus modos sugerían distancia y, por el contrario, su pronta atención al chico de provincias que se le acercaba curioso permitía reconocer en él a un nuevo amigo.

Yo ya había leído *Las brasas* y en la sensualidad de sus luces me reconocía con la íntima emoción que la poesía verdadera procura al convertirte en sujeto del poema, al fundirte en la experiencia del creador y vivirla como propia. Se ampliaría esa experiencia con el regalo que me hizo entonces: un ejemplar dedicado de *Palabras a la oscuridad*.

En el último poema de *Las brasas* aparece un extranjero vagando por «el camino incierto/de un extraño país». Y el simbolismo del viajero nos introduce en la omnipresencia del tiempo y el espacio en la obra de Brines. Y no sólo a eso: a otros dos símbolos complementarios y fundamentales en su obra: la pérdida y la búsqueda del paraíso.

Así que en este viaje, que le permite pasar del paisaje originario de Elca a otros paisajes del mundo —Oxford, Delfos, Salzburgo o Ferrara, por ejemplo— no sólo la meditación se acrecienta en su descubrimiento del mundo sino que en su indagación sobre el sentido de estar vivo, insistiendo en nuestra fragilidad, en las derrotas, en la muerte y en la soledad se impone el descubrimiento del amor como salvación.

Pero un amor y un erotismo en los que aparecen el sufrimiento, el conocimiento o gozo de la carne, sus separaciones, sus engaños, todo eso que da lugar a lo que Carlos Bousoño vió, con agudeza, celebrando esa lucidez. Lo que vio Carlos Bousoño, comentando sus poemas de amor, es que la honda soledad del poeta es la que determina la voz cavernosa que hay en Brines.

Bien es cierto que, con mayor o menor aplicación y provecho, la vida me ha concedido el privilegio de asistir a esa puesta en sazón de la obra de Brines. Y aunque es obvio que todo poeta, por excelente que sea, y Brines lo es en alto grado, o vive un proceso de maduración o no alcanza esa excelencia, para hablar de maduración, en el sentido puro de poner en su debido punto con la meditación una idea, un proyecto o un designio, habría que referirse a lo que en verdad es la obra de Brines para mí, al cabo del tiempo cerca de él y de su poesía: un solo libro. Lo que es para mí y al parecer para él, pues no en vano ha declarado nuestro poeta en más de una entrevista que él diría que siempre está escribiendo el mismo libro. Acaso es lo que constituye la obra de todo poeta que verdaderamente lo sea: un solo libro. Y ese libro, aunque inacabado por el momento, y a la espera de un último conjunto de poemas, que el perezoso Brines se mostró cada vez menos rezagado a entregar, tiene ya un título impuesto por su autor en lo que supone el enunciado del estricto resumen de su poética”.

Brines ha sido siempre muy cuidadoso con los títulos, que a veces constituyen una síntesis de su obra y otras hasta un modo de completar el poema, hasta el extremo de haber llegado a teorizar sobre eso con la misma brillantez y la exactitud con que ha abordado siempre el ensayo. Pero casi todos sus títulos podrían sintetizar su poética. Pasa con *Insistencias en Luzbel*, que viene a ser además de un prodigio de madurez en su obra, quizá el arranque de un

importante nuevo tramo de maduración, un título que la define casi tanto como *Ensayo de una despedida*. O con *El otoño de las rosas* (título sobre el que anduvo entre los amigos dando tantas vueltas antes de hacerlo definitivo) o *La última costa*, donde la vida ha ido confirmando los presagios. Y de esta confirmación se nutre el último libro de su autor.

*Casa del Carmen, Faura, Valencia, marzo 2021*



# **Insistencias en Francisco Brines**

**Carlos Marzal**

## **Carlos Marzal**

(Valencia, 1961)

Estudia Filología Hispánica en la Universidad de Valencia. Ha sido co-director, durante los diez años de su existencia, de *Qüites*, revista de literatura y toros.

Publicó su primer libro, *El último de la fiesta*, en 1987, y cuatro años más tarde, *La vida de frontera* (1991).

Luego vendrían los poemarios *Los países nocturnos* y *Metales pesados*, por el que recibió el Premio Nacional de la Crítica y el Premio Nacional de Literatura en 2002. En 2004 recibe el Premio Loewe por *Fuera de mí*. Esos cinco libros están agrupados en *El corazón perplejo. Poesía reunida (1987-2004)*.

Carlos Marzal se ha revelado también como un novelista fuera de lo común con *Los reinos de la casualidad*, saludada por la crítica como una novela excepcional y elegida novela del año por algunos suplementos literarios.

Marzal ha reunido sus escritos teóricos en el volumen *Poesía a contratiempo* (2002), sus aforismos en *Electrones* (2007), y sus apuntes sobre arte en *El cuaderno del polizón* (2007).

Además, ha traducido del catalán *Andén de cercanías*, de Enric Sòria, *La vida en plural*, de Pere Rovira y *Antología poética*, de Miquel de Palol.

---

## Insistencias en Francisco Brines

Carlos Marzal

### Insistencia primera: Una manera de ser clásico

Francisco Brines es, sin lugar a dudas, uno de los miembros más destacados de la más destacada generación de clásicos vivos de la poesía española contemporánea: la llamada promoción del 50, a la que pertenecen, entre otros, Jaime Gil de Biedma, Claudio Rodríguez, José Ángel Valente, Ángel González, José Agustín Goytisolo, Fernando Quiñones, César Simón.

En el caso de Brines, la denominación de *clásico vivo* no significa una hipótesis bienintencionada, un socorrido tópico o una vaga modalidad del eufemismo, sino la más estricta definición.

Su obra es clásica, en primer lugar, por insistir con voz propia en los temas eternos de la poesía de cualquier época: la fugacidad de la existencia, la belleza del mundo material, el paso destructor del tiempo, la violencia redentora del amor, la imposible redención de la condición humana. Es clásica, además, porque aspira, antes que a la originalidad (ese pasajero valor de segunda categoría), a permanecer inscrita en la tradición de la más alta poesía moral.

Y son clásicos también los procedimientos verbales mediante los que se construyen sus poemas: en Brines hay un firme aborrecimiento de la retórica, del palabristo, y una no menos firme vocación de sobria elegancia reflexiva. Muy pocas veces en la poesía española del siglo XX se han sumado, con tanta eficacia, la emoción, la lucidez y la transparencia (aun de las más oscuras cuestiones metafísicas).

Sin embargo, nada de todo esto sería demasiado importante si la poesía de Brines no estuviese viva. Nos hallamos ante un poeta al que hay que considerar vivo, no sólo porque haya alcanzado el unánime reconocimiento de la crítica y de los especialistas, sino especialmente porque despierta el entusiasmo de las más jóvenes generaciones, que son quienes miden la verdad de la temperatura de un escritor en activo. La vitalidad, en él, significa que es capaz de acrecentar la intensidad de nuestra existencia de lectores, de hacernos amar los breves instantes de plenitud y obligarnos a sentirnos en deuda espiritual con él.

### **Insistencia segunda: La casa de la infancia. Francisco Brines y Elca**

Algunas cosas conviene decir las de manera ambigua, porque tienen mucho que decir, tienen mucho que insinuar y contarnos. Si las dijésemos sin más, como requiere la lógica del discurso, algo dirían, desde luego; pero dirían mucho menos de lo que pretenden, mucho menos de lo que saben decir. A menudo, para escribir tal y como las cosas se merecen, en su abundancia natural, debemos escribirlas no del todo bien, y así adquieren el eco que persiguen desde que las pensamos.

En uno de los mejores poemas de Fernando Pessoa, «Callos a la manera de Oporto», además de que el narrador pida el amor como unos callos y de que se los traigan fríos, (aunque es un plato que no se puede comer frío, y que se lo sirvieron frío), asistimos a una revelación importante: la de que en la infancia de cada uno de nosotros existió sin duda un jardín, propio, o público, o del vecino, un jardín que es la infancia misma, y que en dicha infancia jugamos alguna vez entre las flores y los arriates de un jardín.

Algo parecido se me ocurre que deberíamos tener presente cuando hablamos de la casa de la infancia. En primer lugar, es preciso que atendamos a la idea de que la infancia, nuestra niñez, es la casa original, la patria verdadera, el ámbito primigenio en donde hemos sido felices (si lo hemos sido de verdad), y de una forma además en que no podremos volver a serlo nunca, aunque nos quede el consuelo de que haya existido, y exista en el recuerdo, la infancia como casa.

Pero además estoy convencido de que todos hemos tenido una casa de infancia, una casa física cuyos pasillos y cuartos fueron el escenario de nuestros juegos, una casa en cuya cocina se establecieron las reglas de nuestro paladar para siempre, una casa en la que sufrimos las inacabables y plúmbeas siestas veraniegas de los adultos, mientras escuchábamos el zumbido de los moscardones y contábamos los minutos que quedaban para que nos dejaran correr y alborotar; una casa propia, o del vecino, una casa en la que despertamos al mundo y su sensualidad, en la que engendramos nuestros primeros terrores reales e imaginarios, una casa en la que transcurrió nuestra infancia y en la que aprendimos (aunque entonces no lo supiésemos) que la infancia iba a ser nuestra casa durante el resto de la vida.

Para Francisco Brines, esa casa de infancia, como saben todos sus lectores, se llama Elca, un espacio real y al mismo tiempo mitológico, que aparece en muchos de sus mejores poemas, una casa que constituye el núcleo sentimental en el que ha adquirido buena parte de su manera de ver el mundo, y desde el que ha irradiado bastante de su energía literaria.

La partida de Elca es un valle que se encuentra cerca del pueblo de Oliva, a unos ochenta kilómetros de Valencia. Se trata de una hondonada envuelta por suaves laderas que descienden camino del mar, y que permiten ver a lo lejos la joroba sagrada del Montgó y la sierra que se dirige hacia Alicante. Allí compró a comienzos del siglo XX el padre de Francisco Brines una finca de secano que albergaba olivos sobre todo, y la transformó en un huerto de regadío para naranjales y limonares. En esa finca hay una masía espléndida de planta cuadrada, con dos pisos, y un enorme desván transformado hoy en una biblioteca diáfana.

En Elca, sobre todo en los veranos, Francisco Brines educó su sensibilidad literaria, pero también su actitud ante la naturaleza y su particular entendimiento de la temporalidad.

Muchas veces nos ha referido Paco a los amigos cómo pasaba el día entero leyendo en un cenador de la pinada, durante los veranos de su juventud. En el colegio de los Jesuitas de Valencia había descubierto la conmoción de la lectura, y en las vacaciones estivales alimentaba ese descubrimiento que se iba a convertir en su destino.

Elca ha sido, pues, desde el primer momento, no sólo el territorio de la felicidad infantil, sino también el laboratorio de la plenitud intelectual y sensitiva del artista. Muchos de los poemas de Brines se han escrito en Elca, porque ese paisaje ha sido siempre el ámbito propicio para la creación.

Brines ha sido siempre un lector sistemático y un poeta desordenado y ocasional (más ocasional y desordenado incluso de lo que suelen serlo los poetas, que jamás pueden programar la llegada de un poema; que, por más que se sienten por voluntad propia ante el papel en blanco, nunca logran forzar el inexplicable acontecimiento de la inspiración).

El método de Brines para la escritura de un poema (si es que podemos llamar método a esa forma de escribir) ha consistido siempre en imponerse a sí mismo la absoluta necesidad del texto: esperar la llegada de la idea, llevarla consigo mismo el tiempo que haga falta —para que salga con uno por las noches, para que coma con los amigos, para que pasee por las calles, para que se aburra y se divierta con nosotros—, hasta que llegue el momento en que no quede más remedio que sentarse e intentar organizar las palabras, hasta llegar a un lugar que el autor intuía, pero del que no estará seguro hasta la conclusión del poema, porque cada nueva composición siempre posee algo de sorpresa, de descubrimiento.

De ahí que muchos poemas «urbanos» de Brines, imaginados durante los inviernos madrileños del poeta, hayan terminado por cobrar forma en los veranos de Elca, en su ámbito oportuno.

Con el paso del tiempo, libro a libro, Elca se ha convertido para los lecto-

res de la obra de Brines en un territorio mitológico, como he dicho antes, en la quintaesencia, real y simbólica a la vez, del paisaje mediterráneo, que es sin duda para el poeta el paisaje por excelencia, no porque sea más hermoso que los demás, sino porque es el paisaje en el que sus sentidos despertaron a la naturaleza y a su observación gozosa.

Elca está en los poemas de Brines para que el Mediterráneo esté en su poesía, un Mediterráneo que no consiste en un mar tan sólo, sino en una forma de sentir el universo, un Mediterráneo que significa la mediterraneidad. (Por eso Elca es a veces también Bassai y el descubrimiento del capitel de acantos —o de rosas, como dice Brines en un poema memorable—, o es también Asilah, bajo cuyo sol de plomo asistir a la contemplación de un oasis en medio de un palmeral rodeado de olivos verdes, en el momento en que una bandada de palomas blancas alza el vuelo y pasan, desapercibidos de sí mismos, unos muchachos con túnicas celestes.)

Lo mediterráneo en Brines constituye una vocación física, espiritual y cultural. Son los pinos romanos que flanquean el camino de entrada a Elca, y las glicinas del jardín, y los cipreses que rodean la casa, y los pájaros que cantan cada día; pero también representa una manera morosa de permanecer en el tiempo, degustándolo con la conciencia de su fugacidad, con la terrible certidumbre de su mella en nosotros; y significa además una tradición poética aprendida en sus dos maestros preferidos, dos sensualistas a su manera, Juan Ramón y Cernuda. (No en balde la *Segunda Antología poética* de Juan Ramón Jiménez fue el libro que moldeó durante la adolescencia de Brines, en repetidas lecturas llevadas a cabo en Elca, su mirada literaria hacia la realidad.)

En su primer libro de poemas, *Las brasas*, publicado en 1960 —cuando el poeta tenía veintiocho años, pero escrito con algunos menos—, el personaje que nos habla se inviste de una ancianidad ficticia, y desde ella, en una casa que es Elca y que es a la vez cualquier casa en la que asistir al sorprendente acontecimiento del mundo, medita sobre la naturaleza que lo envuelve, sobre el sentido de su vida y, en especial, sobre el extraño devenir del tiempo, que hace posibles su vida, la naturaleza y la meditación.

Bastantes libros después, bastantes años más tarde —con su obra ya cristalizada— Francisco Brines decidió cerrar el círculo de su aventura vital, fijando su residencia en su casa de veraneo. El joven que se soñaba anciano en su primer libro, y que rememoraba su vida con una suerte de estoico agradecimiento, desde una Elca que no aparecía nombrada en los poemas, acababa viviendo, ya cerca de la vejez, en su casa de infancia, en la casa verdadera, en la casa única que Francisco Brines ha deseado considerar su única casa.

A finales de los noventa del pasado siglo, Paco acometió una reforma profunda de la masía, que apenas se había acondicionado desde más de cien años atrás. Cambió la cubierta y la viguería —dejando durante meses la casa desnuda, a plena luz, a la intemperie—, impermeabilizó los muros de piedra, preparó su refugio para hacerse fuerte en él. Decidió dejar la casa en donde su familia había vivido siempre en la calle Jorge Juan de Valencia, y apenas visitar la de María Auxiliadora, en Madrid.

Sus amigos comprendimos que una decisión de ese género significaba muchas cosas, pero sobre todo el cumplimiento de un destino. A veces, cuando alguien se decide a recoger sus pasos y regresar al lugar desde donde comenzó el viaje, no lo hace con voluntad de despedida, sino para apurar el tiempo que le queda en plenitud. Creo que la voluntad de establecerse en Elca para siempre fue tan solo la consecuencia física de una decisión sentimental tomada cincuenta o sesenta años antes, durante la infancia, cuando se toman algunas de las decisiones más importantes de nuestra vida, sin la necesidad de saber que las estamos tomando: cuando lo hacemos mediante las afinidades del corazón, gracias al juicio infalible de nuestra energía intacta.

En Brines no ha habido nunca ninguna diferencia entre la literatura y el mundo, entre la poesía y su vida. Es uno de los casos más radicales que conozco de vocación artística (pero una radicalidad sin estridencias, sin declaraciones altisonantes ni aspavientos biográficos). Paco ha vivido para leer y escribir, y ha escrito y ha leído para vivir mejor, con mayor hondura, con la conciencia clara de la unidad que existe entre todos los hechos. Le ha entregado a la poesía sus horas mejores, su mayor fuerza espiritual, porque sabía

que la poesía se lo devolvería con creces en sus mejores horas, cuando su cuerpo reclamase a la vida más vida por vivir.

Brines está en Elca con todos los sentidos. (Es necesario que regresemos a la ambigüedad que sabe decir más cosas de las que dice). Vive allí con los sentidos corporales del vitalista que ama el mundo con desmesura: tanto que ha tenido que lamentar muchas veces la obligación de abandonarlo alguna vez. Elca es ya para el resto de sus días el lugar de la vista deseada, del tacto soñado, del olfato más profundo, del oído alerta, del gusto conforme con lo que recibe.

Pero además vive allí para que su aventura en el tiempo adquiriera su sentido completo, todos los sentidos necesarios, para que el personaje de *Las brasas* y la persona que las avivó se fundan en una misma figura vital y literaria.

Los lectores de Brines estamos en Elca acompañados por él y acompañándolo, porque hemos hecho de su casa de infancia la casa de todos, como sólo puede suceder cuando las cosas existen al mismo tiempo en su realidad y en su leyenda.

### **Insistencia tercera: Un retrato hecho a los setenta y un años**

Un retratista literario con apetitos lorquianos habría dicho en estos días que Francisco Brines tiene la tez *morena de verde oliva*. Dejando al margen los desahogos metafóricos de estirpe andaluza, lo cierto es que Francisco Brines, a los setenta y un años de su edad, luce un bronceado de rico y ocioso esquiador alpino. Sin embargo, ese moreno no proviene de los nevados eternos de Cortina D'Ampezzo, sino de los paseos al sol de Elca, su casa familiar en la vega de Oliva, desde donde se divisan, sagrados, el mar —el Mar Nuestro—, y la mole plomiza del Montgó. Para nosotros, sus lectores, Elca posee caracteres mitológicos. Supone el paraíso del autor, la verdadera patria del hombre, porque ha sido el hogar del niño y del adolescente. Quien tuvo la fortuna de poseer una casa de familia durante los veranos sabe de qué quiero hablar. Esas casas constituyen, antes que un incidente de la arquitectura, antes

que un accidente de la geografía, todo un universo del espíritu. En Elca Francisco Brines ha pasado todos los veranos y allí despertó a los sentidos, y a su vocación literaria. Allí se fraguó su amor al mundo y a la vida. Por eso sus lectores, que compartimos con él una porción del paraíso, estamos en deuda agradecida con ese paisaje concreto.

He dicho que Brines luce hoy un saludable bronceado de ocioso. Pero de ocioso creador, de trabajador complacido, de criatura estiva. El arte, por regla general, necesita tomarse su tiempo, abandonarse a sí mismo, gustarse en su propia pereza. La poesía de Brines, tan solar, tan de su canícula, tan afirmadora de la vida, incluso en lo que la vida tiene de terrible —o por ello, más bien, porque mezcla en su gloria lo trágico y lo excelso—, el canto de Brines, su responso, nacen de esa molicie diligente y esmerada.

Por lo común, nada de lo mejor requiere prisa. No hay atajos para llegar a lo más alto. Brines ha esculpido, con la fidelidad y el esmero que sólo prodigan los enamorados de la poesía, una obra escueta y suficiente que lo convierten en un clásico vivo, y en uno de los autores necesarios en la lírica española de cualquier época. Su morosidad industriosa nos ha regalado en los últimos tiempos media docena de inéditos. Tengo la suerte de haberlos escuchado, en distintas ocasiones, por boca de su autor. Son el producto de una rara magia, la condensación de una vida, el destilado de una gran sabiduría del arte y del mundo. Unos breves poemas descalzos, transparentes, escritos con la delicadeza y la rocosidad que sólo poseen los diamantes. Para desposeerse de esa manera, para aligerarse con tanta emoción y pureza se requiere la plenitud.

En esa plenitud de Elca es como vislumbro a Brines. Sentado en la terraza, con un libro en la mano, mientras escucha en el atardecer el canto de los pájaros con el entrevero de los últimos ecos de un poema recién leído. Los naranjos de alrededor ya están en sombra. Sopla una brisa tenue que sugiere el olor del salitre y el rumor de las olas. A lo lejos, las luces del pueblo, voluptuosas, convidan a mezclarse con la realidad. Todo mueve a un hondo agradecimiento de existir.

De esa misma sustancia agradecida está hecha también la devoción que le profesamos sus lectores, porque en sus páginas hemos aprendido a gustar un poco más de nuestra misma vida. Sabemos que la suerte de coincidir con él —y que en el futuro nos envidiarán tantos— ha contribuido a convertir nuestro paso por el tiempo en una aventura de alegría.

### **Insistencia cuarta: Encrucijada de Francisco Brines**

Todo poeta auténtico, todo poeta de voz verdadera, alimenta una serie de fidelidades que acaban por constituir un mundo propio, un mundo que representa, en definitiva, una manera de mirar el mundo. Porque, entre las muchas definiciones que se podrían dar de la poesía, no juzgo la menos acertada aquella que la considera como la traslación verbal de una experiencia íntima del universo.

Las lenguas constituyen formas de inmiscuirse en lo real; y la poesía, una intromisión elevada al cuadrado: el modo de inmiscuirnos en las entrañas de aquello que se inmiscuye en lo real, para desentrañarlo, para desentrañarnos. De ahí que la trama de palabras que dan vida al poema, la urdimbre de prosodias y ritmos, de músicas y silencios que erigen el sentido, también aludan a la vida, al mismo tiempo que apuntan a la propia tradición de las palabras. Es decir, que el poema se dice a su secreto y nos dice, se canta para sus adentros y nos explica en su canción, se cuenta en su cautela y nos relata.

El arte en general aparece como un puente tendido entre esos dos extremos que lo equilibran y desequilibran: su naturaleza independiente, *su fondo sólo suyo*, y su dependencia con respecto a la realidad de la que forma parte, *su fondo también otro*. La emoción poética —que es común a todas las artes— surge así, tal vez, al calor de dos tradiciones: la tradición del género y la tradición de la especie. El género de arte que se cultive —poesía, pintura— y la especie humana. La poesía se funda, pues, en el dilema que conduce, por el camino de las palabras, hasta los hombres, y, desde los hombres, al lugar de acogida que las palabras constituyen, y donde se alzan de nuevo, en un círculo de claridad y sencillez, como la casa del hombre.

Desde este promontorio del siglo XXI, disponemos de la suficiente perspectiva para considerar la Generación del 50, sin miedo al error, como la de nuestros más recientes clásicos, y a Francisco Brines, como a un clásico vivo dentro de su memorable generación. Ese concepto —el de *clásico vivo*, o el de clásico a secas, sin adjetivación— posee definiciones distintas que nunca son excluyentes entre sí. Jorge Luis Borges llamaba clásico a aquel autor a quien las generaciones regresaban de manera incesante en el correr del tiempo. En los asedios múltiples que Italo Calvino dispensó a esta materia, gustaba de ver en un clásico la facultad de convertirse en un mundo independiente. A esas ilustres conclusiones, me gustaría añadir una certidumbre propia.

Un clásico vivo, según mi parecer, es aquel artista que mantiene viva la mejor llama de su tradición, aquel que es capaz de custodiar en su obra los caracteres de la herencia que el gran arte ha puesto en sus manos. En el supuesto de que una catástrofe borrara del mundo las huellas de toda la tradición precedente, un clásico nos informaría de la grandeza alcanzada por el arte desaparecido. No se trata de que ese clásico atesore en sí toda la tradición, sino de que el tesoro que nos lega está a la altura de la excelencia alcanzada por dicha tradición. Un clásico vivo es, en fin, aquel autor en quien respira con naturalidad y orgullo el legado de los siglos, porque sus predecesores lo ennoblecen y él ennoblece a sus predecesores.

La poesía de Francisco Brines pertenece a ese clasicismo vivo por donde fluye uno de los más hondos cauces de la poesía española de todos los tiempos, esa agua pura de resplandor meditativo y sensualidad que nos regresa a Manrique y Fray Luis, a cierto Quevedo, a Juan Ramón, a Azorín —ese poeta en prosa—, a Luis Cernuda, eslabones todos ellos a su vez de una larga cadena literaria sin principio ni fin.

Son muy variadas las fidelidades de Brines que configuran el mundo poético con que nos habla del mundo. En la generalización —tan cierta como inexacta— que divide a los artistas, y aun a los hombres, en hímnicos o elegíacos (en quienes celebran la vida o en quienes lloran su continua pérdida), tal vez sería más justo situar a Brines entre los elegíacos, aunque sólo fuera

por una simple cuestión de estadística literaria aplicada a su obra. Sin embargo, como ocurre siempre con la gran poesía, el carácter elegíaco de los poemas de Brines tiene la virtud de infundirnos el gozo de vivir, porque su reflexión pesadosa, su convencimiento trágico, están formulados desde el más profundo amor a la existencia, desde la más tajante aceptación de la realidad y sus leyes. De la misma manera que sus himnos, sus poemas celebratorios, instilan en sus lectores —gracias al envés de la misma paradoja— gotas de acre melancolía, por el vislumbre de lo que nos habrá de abandonar.

Esas fidelidades de varia ascendencia, a las que acabo de aludir, nos pertenecen a sus adeptos, y están repartidas a lo largo de una obra concisa y suficiente, extrema y depurada. Los argumentos de la poesía de Brines se inscriben, por derecho propio, entre los grandes temas que ha tratado el arte desde que el mundo es mundo. La fugacidad temporal de la que estamos hechos, el engaño de todo lo que vive, el fervor con que asistimos a ese engaño que nos hace vivir, la belleza perecedera como único refugio frente a la adversidad, la emoción del arte como consuelo para vagabundos, la carne como destino en donde arder, el afecto a los seres amados, al paisaje, a los límites del propio cuerpo; la orfandad de una especie sin más dioses que los que ha creado su imaginación en un templo vacío, la infancia como verdadera patria de los desterrados, el misterio y el hermetismo de cuanto nos circunda, como el enigma de un ángel cuyo gesto no sabemos interpretar.

De entre sus lealtades temáticas, Brines ha sido más leal a algunos motivos en concreto. Recordemos la reaparición, a lo largo de todos sus títulos, de los procedimientos que nos transmiten la esencia del paisaje mediterráneo, el elogio del placer físico y la presencia de una figura poética inconcreta, solitaria y reflexiva, ese sigiloso ladrón de las palabras, ese anciano que habita en la casa de su primer libro, el expulsado, el negador de todo tiempo, el ciego de las manos tendidas al ardor del mundo, el oscuro que oye cantar la luz.

En primer lugar, esa vaga voz de sobrenombres misteriosos es la que nos transmite en las composiciones la sabiduría acumulada del autor, su mirada sobre la realidad, que está hecha por igual de conmoción y desasosiego, de

desencanto y gozo. Desde su debut literario en *Las brasas*, nunca ha abandonado al poeta esa actitud pensativa que trata de comprender el mundo, en su horror y su portento, gracias a una disposición que mezcla la curiosidad, la misericordia y el sencillo gusto por los asuntos de la vida, con sus júbilos mayores y sus placeres menores.

Una fuente primordial de esos placeres y júbilos, y una sostenida recompensa frente al tedio de las horas, residen en las exaltaciones de la carne y en el placer del cuerpo. Como los grandes sensualistas, Brines nos enseña que si existe algo capaz de aparentar la detención del tiempo, capaz de devolvernos a la incandescente juventud, es el amor físico, aun a pesar de que sus vicisitudes puedan teñirse en ocasiones con matices funerales.

Por último, uno de los apegos sin retractación de la poesía de Francisco Brines consiste —como ya hemos dicho más arriba— en lo que para él supone el paisaje de paisajes: el Mediterráneo. entendido como un todo, emblemático y palpable, de campo, mar y montaña, con sus aguas maternas, sus estoicos cipreses, sus pinos sofocados por la luz, y sus naranjales ebrios de fragancia embriagadora. Un Mediterráneo muchas veces ligado al espacio mitológico de Elca, la casa familiar del poeta, su Aleph sentimental, su escenario en donde despertaron antaño, y siguen despertando hoy, los sentidos, el asombro sensual ante la naturaleza, y el agradecimiento a la hermosura del mundo. Un Mediterráneo que alcanza en muchos de sus poemas la condición de un símbolo en donde se reúnen la infancia y la vejez, el júbilo de la permanencia en el existir y el dolor de la partida.

Recordemos que en más de una ocasión ha señalado Brines que el verso final del poema *Desde Bassai y el mar de Oliva*, constituye un resumen de su obra y también un epitafio de su aventura humana: *Yo sé que olí un jazmín en la infancia una tarde, y no existió la tarde*. Y recordemos también que es mediterránea la costa última desde donde se emprende —en el poema final que cierra *La última costa*— esa travesía definitiva, *en el viaje aquel de todos a la nada*.

¿Dónde se encuentra ahora este sensualista meditativo, este senequista del esplendor? ¿En qué momento de su vida y su obra lo hallamos sus lectores

devotos? Quiero decir: ¿qué podemos esperar de su universo unitario, de su visión clausurada del mundo, de su voz tan propia? *La última costa*, que fue un libro de vejez argumental, constituyó una prueba más de magisterio y ahondamiento en su manera de cantar la vida, un testimonio de que la voz lograda de un poeta no vive en la edad, no habita en la duración, sino en una suerte de temporalidad detenida. Por eso las grandes obras de juventud parece que nos hablan desde una madurez prestada, desde una sabiduría ancestral que no se corresponde con los pormenores biográficos del autor. Por eso las obras magistrales de vejez —pensemos, como caso extremo, en el Juan Ramón último— se nos imponen con un aliento renovado, con una frescura que no proviene propiamente de las circunstancias concretas de quien las ha escrito.

Con todo esto pretendo afirmar que hay, en los grandes poetas, a veces, un desasimiento de los avatares personales, una indiferencia —digamos— hacia las vicisitudes del mundo material, para refugiarse en el sustento de su misma voz, ese lugar donde hallan y prodigan consuelo. Hay algunas veces en que los grandes poetas llegan a su voz más pura al final de su voz; es decir, a la depuración de sí mismos en su voz conseguida, a su refinada propiedad en la antigua propiedad de su oficio.

He leído y escuchado los poemas inéditos del libro en marcha que Francisco Brines tienen entre sus manos, y le he escuchado hablar de la poesía y del mundo desde la altura de su edad y de su conocimiento, y creo que se encuentra en uno de esos instantes de absoluta posesión de sí mismo, en uno de esos raros momentos en que un gran poeta nos sorprende dándonos un registro de su obra que es el de siempre y es nuevo, que se ajusta a lo que esperábamos, y que desajusta nuestra expectativa en lo que nos sorprende. No sé cómo habría que llamar a esas etapas de plenitud: tal vez sabiduría poética, quizá exuberancia artística. En cualquier caso, seguro que plétora vital.

Entiéndanme: no quiero adular al amigo, ni halagar al maestro con la exageración de que se encuentra en una segunda juventud de su vida, sino con la intuición lectora de que se halla en la encrucijada de su transparencia, en un momento del camino de su obra —de vuelta ya de su propio estilo, de

vuelta ya de sus temas y de sus obsesiones—, en donde ha adquirido esa desnudez mágica que alumbró la poesía con el concurso de apenas nada. Los símiles, esos fraternales recursos para comprender en imágenes lo que nos dicta la intuición, me indican que trato de aludir a una de esas suspensiones de la temporalidad a las que me he referido más arriba, y que nos recuerdan fenómenos que rebosan de sencillez y sentido al mismo tiempo, como el curso del agua clara, como el canto de los pájaros, como el silbo de la brisa, tan en su enigma y a la vez tan palmarios, tan suyos y de nadie, y a la vez tan nuestros.

En uno de esos últimos poemas inéditos, Francisco Brines nos recuerda la necesidad de depositar las palabras de la propia vida, las palabras del alma, en el fondo del vaso que el poema construye, humilde e inocente, para que canten de nosotros, para que canten por nosotros. No hacía ninguna falta que nos lo recordara, porque durante toda su vida Brines no se ha dedicado a otra tarea: brindarnos un vaso de agua fresca, un sorbo cantor que apaga nuestra sed en las noches áridas.

### **Insistencia última: Siete Razones y media para querer a Paco Brines**

#### **La media razón**

Empezaré por la media, que, sin ser una razón por entero, no tiene por qué ser menos que una entera razón, como una media verónica no es menos, en asuntos taurinos, que una verónica completa. A veces suele ser más una buena mitad, como en este caso, que todo un todo. A veces las mitades son la exactitud, la redondez, la justa medida de las cosas.

Si he calificado a esta razón de media, no ha sido por ser menos que ninguna. En realidad es más que todas las otras juntas. Las que vienen a continuación no significan más que notas a pie de página de esta razón fuera de orden, de esta razón de la sinrazón que a mi razón acoge. Mejor habría sido llamarla cervantinamente así: razón de sinrazón, porque de eso se trata, de una razón que no necesita de ninguna en especial, de una razón que se basta tan a sí misma que no requiere decir su nombre, al menos por completo, y de ahí que se muestre como la mitad de una razón.

Esta entera mitad de una razón constituye la verdad por entero. Las verdades del corazón, las verdades del cariño, esas que la razón no tiene por qué entender, no tienen medida, y por lo común se muestran fuera de ella: son su propia desmesura.

Esta entera mitad de una razón corrige las restantes, al decir que, en realidad, no necesitamos de ninguna para querer a Paco. O mejor dicho, quererlo se constituye en la única y verdadera razón de que estemos aquí. Y como las razones del corazón son aquellas que la razón no acaba de comprender, prefiero llamar *media* a esta razón del cariño completo.

Queremos a Paco porque sí, por ser él, por haber tenido el privilegio de haber coincidido, en ese laberinto de la duración, con su persona, por habernos regalado sin motivo su amistad, su sabiduría, su paciencia y su talento. Queremos a Paco por permitirnos que se haga realidad el mayor de los premios que puede encontrar un lector de poesía: que nos entusiasme la obra de alguien a quien queremos mucho, y que queramos mucho a alguien cuya obra nos parece admirable.

Todo este cúmulo de vueltas y revueltas a la noria del cariño, y que se resume en el cariño mismo, que no necesita de más razonamiento, es lo que he denominado una media razón. Como ven es una falsa razón, pero no una razón falsa. Se trata de la más verdadera. La que no necesita de nada, la que no necesita ni de su condición razonadora, la que resplandece cuando las demás se han apagado, la de la sola y completa amistad. La que por no ser ninguna en concreto las engloba a todas, porque para querer a Paco nos sobran las razones. Así que, miren por dónde, esta media razón supone una razón y media.

### **La primera razón: La gran escuela de la poesía**

Queremos tanto a Paco por habernos enseñado, a todos los que alguna vez nos hemos acercado a él, que un poeta debe amar, por encima de cualquier otra cosa, la poesía misma. Esto no es ni una obviedad ni una empresa fácil de cumplir. Hace falta demostrarlo con hechos, y no traicionar

esa idea fundacional que nace en la infancia y en la adolescencia, y que nos hace ver la poesía como la esencia del arte y de la vida. Arte que intensifica la vida, y vida que hace más poderoso el arte, que lo hace más profundo. Vida y arte en su indivisible unidad verdadera.

Paco nos ha enseñado que quien ama la poesía trata de favorecerla allí donde la encuentra. Como la respeta más que a ninguna otra cosa, ha escrito la propia en soledad, con parsimonia y con hondura, y se ha interesado por la de todos aquellos, jóvenes o adultos, que le han mostrado la suya. Como nos ha enseñado que la poesía está por encima de todos nosotros, cada vez que ha recibido un premio o se le ha dispensado un homenaje, ha tratado de aclarar que, si los recibía y los aceptaba, lo hacía en nombre de la poesía misma, que era la homenajeadada y premiada, como un sencillo servidor de la Poesía con mayúscula. Esa manera de concebirla constituye algo más que una concepción del arte: se trata de una forma de vida. Cualquiera que conozca a Paco sabe que vive desde, para, en, según la poesía, y que para él se ha convertido en un sistema de respiración. La poesía es, pues, una escuela de vida, y nos imparte una lección ética que debe otorgarnos tolerancia – la del lector sin prejuicios. Paco mismo se ha formado en esa gran escuela, con otros maestros, como Vicente Aleixandre, como Juan Gil-Albert, como Gastón Baquero, que también hicieron de la poesía su razón de ser y de estar, y de ese modo, manteniendo encendida la llama de su alta escuela, nos lega el fuego de la tradición.

### **La segunda razón: la condición consoladora de su obra**

Queremos tanto a Paco porque su obra, hecha desde un profundo y radical amor a la existencia, nos contagia el amor radical y profundo hacia el hecho de existir. No estoy hablando por hablar. Lo digo con la modesta autoridad de quien lo ha experimentado en carne propia. Tengo muchas razones para estar agradecido a la poesía de Paco, y no es la menor el hecho de que, en representación de la Poesía toda, me devolvió el gusto por volver a leer, que era el gusto por regresar a la vida, en un momento de tormento per-

sonal para el cuerpo y el espíritu. El recuerdo de sus versos, de la manera dolorosa y placentera con que nombraba el placer y el dolor de estar vivo en la tierra, me regresó al interés por los libros y me recondujo, junto con los prodigios de la farmacopea y los designios del azar, hacia el hogar de la salud. La alta poesía nos redime, nos consuela, nos salva, nos cura.

### **La tercera razón: el curioso impenitente**

Queremos tanto a Paco porque ha hecho de la curiosidad una variación de su aprecio hacia las cosas del mundo. En su deseo de saber, de saber más, de saber de todos, nos hace sentir a todos importantes. Siempre he admirado el interés sincero de Paco por las vidas de sus interlocutores, que refleja, en definitiva, su interés por la vida al completo. Paco es de los que sabe escuchar, pero, al mismo tiempo, de los que sabe preguntar para escuchar después, de quienes sabe hacer hablar de ellos mismos a los demás, y sabe hacer sentirse importantes a todos, dignos de relatar nuestras vidas y dignos de que alguien las escuche con atención y cariño. Como he podido comprobar cuando he viajado con él por muchas ciudades distintas, siempre tiene despierta la curiosidad y alerta el interés, ya sea por las iglesias locales, por los pintores remotos o por la fauna nacional.

### **La cuarta razón: el muro de fábrica**

Queremos tanto a Paco, porque paseando por Elca, su casa familiar —pero también, como ya hemos dicho, su epicentro sentimental, su territorio mitológico en la vida y en la obra— es capaz de detenerse ante un muro curvo de piedra que delimita un bancal y hacer el elogio de su fábrica, el canto de una labor manual perteneciente a otra época, la celebración del trabajo bien hecho que se sostiene contra la destrucción y el tiempo. En ese gusto por algo tan sencillo como un muro de piedra, creo que se halla también la metáfora del gusto por la mejor parte del mundo, por la parte bien hecha, por lo que honra la vida del hombre gracias al solo hecho de ser eficaz y estar bien concebido, por el simple acto de servir con destreza y

estar bien realizado. Porque ambos, un muro y un poema, en el entendimiento más alto de las cosas, forman parte de la Cultura, es decir, de esa amalgama formidable de arte y vida.

### **La quinta razón: bostezos en el coso**

Queremos tanto a Paco, porque nos hace mucho más llevaderas las malas tardes taurinas, cuando el toro se tumba en la arena, cansado de su engorde artificial, o se viene abajo, harto de que le peguen pases al tuntún y nostálgico de la dehesa, atestada de sus vacas novias. Entonces, cuando las corridas se convierten en la travesía de un largo desierto sin emoción ninguna, Paco las salva hablando sin rumbo de lo divino y lo humano, haciendo un repaso de sus últimas lecturas, refiriendo viejas anécdotas o comentando la actualidad, siempre digna de asombro. Sin dejar de mirar de reojo lo que sucede en el ruedo, Paco habla, pregunta y escucha, y más tarde, después de que el público, no los buenos aficionados, pidan orejas por aclamación, porque creen que van incluidas en el precio de su entrada, se levanta impertérrito y le dice al presidente, agitando el dedo índice muy derecho: ¡No, señor! ¡Fuera! ¡Fuera!

Y es que Paco, a pesar de ser un educado caballero de maneras exquisitas, cumple en las plazas con el deber de ser un aficionado crítico, entre cuyas labores está también la de mostrarse indignado por completo y hecho una furia con la autoridad competente que da muestras de incompetencia.

### **La sexta razón: la luz rota**

Queremos tanto a Paco, porque la tarde en que homenajeamos a César Simón, en Villar del Arzobispo, después de su muerte, nos acercamos un grupo de amigos a la casa que César tenía en mitad del bosque, junto a una peña desde donde se divisaba toda la vega, el mundo *de allá abajo*, como él solía decir en sus diarios. Nos guiaba un fotógrafo del pueblo, que nos relató cómo César solía pasar las mañanas, desde el amanecer, asomado a

---

ese peñascal, con su cuaderno de notas y algún libro en las manos, dedicado a lo que más le gustaba hacer, que era no hacer nada, esa manera de sentir el todo, de amoldarse al flujo de la existencia, de percibir la inminencia de algo que parece estar a punto de advenir y que no adviene nunca, como sucede tantas veces en sus poemas. El fotógrafo nos comentó que había oído más de una vez el elogio de la luz recién amanecida de labios de César. Entonces Paco, en los últimos momentos del crepúsculo, como si hablase para sí, como si recitase una oración, una plegaria por César, por todos nosotros, por la luz, dijo:

— *Claro, nada tiene que ver la luz del amanecer, para quien se levanta a descubrirla que para quien la contempla ya de vuelta a casa. La luz del que madruga es la luz nueva, la luz recién lavada, la luz limpia del despertar del mundo. En cambio, la luz del que ya va de recogida es la luz rota. He visto muchas veces esa luz. Yo he visto muchas veces la luz rota.*

### **La séptima razón: setenta veces siete**

Queremos tanto a Paco, como han podido comprobar ustedes, no por darnos siete razones para quererlo, sino por permitirnos encontrar setenta veces siete razones para saber y sentir que lo queremos tanto, que es como decir lo dicho en el comienzo, con mi media razón de la razón y media. Creo que sus amigos coincidimos en entender que el cariño que le profesamos es uno más de los regalos que él nos concede.

A veces, cuando en el mundo de la Cultura, cuando en el mundo, uno se tropieza con tanto botarate, con tanto fantasmón, se consuela de los mundos todos pensando en la diferencia que hay entre esos figurones y su amigo Paco Brines. Y entonces parece que su bondad, su generosidad, su inteligencia y su modestia también lo alcanzan a uno. Porque eso tiene el orgullo de la amistad, que también nos hace mejores cuando nos reflejamos en ella y tratamos de ser dignos de su virtud. Porque eso tiene la satisfacción de la amistad: el hecho de no cansarnos nunca de decir que queremos tanto a Paco.



**Paco, ¿tú crees en Dios?**

**Vicente Gallego**

**Vicente Gallego**

(Valencia, 1963)

Ha publicado los libros de poemas titulados *Santa deriva* –Premio Fundación Loewe y Premio Nacional de la Crítica–, *Cantar de ciego*, *Si temierais morir*, *Cuaderno de brotes*, *Saber de grillos*, *Ser el canto*, *A pájaros y migas* y *Un gramo menos (haikus)*. Recientemente, sus libros de poemas, depurados y corregidos, se han publicado en la antología titulada *Cantó un pájaro*. Como ensayista se ha dado a conocer con tres libros acerca de la naturaleza original de la realidad: *Contra toda creencia*, *Vivir el cuerpo de la realidad* y *Para caer en sí*. Desde hace veinte años, trabaja en la EMTRE como pesador de camiones de residuos urbanos.

---

## Paco, ¿tú crees en Dios?

Vicente Gallego

Quisiera comenzar este modesto homenaje compartiendo con el lector una serie de anécdotas entresacadas de la vida de Francisco Brines, pues creo que será una manera entretenida de mostrarle algo de su calidad humana. No encontraremos a la persona que carezca de contrastes, a veces muy notorios, y es la capacidad de acogerlos a todos en buena armonía lo que puede hacer de ella una singularidad entre singularidades. En Paco los contrastes quedan equilibrados admirablemente, pues todos ellos se manifiestan al amparo de una sabiduría vital que no se compra, ni siquiera se aprende, sino que le viene concedida por una virtud todavía superior: la bonhomía, que a su vez hace gala del más fino sentido del humor, ese que le permite reírse a gusto de sí mismo cuando la ocasión viene pintada. Pocos saben que Paco, el agnóstico de pro, el racionalista puro, el hombre partidario del *ver para creer*, no sólo ha tenido trato con los muertos, sino que es capaz de sanar dolores —ya sean de cabeza, óseos o musculares— mediante la imposición de manos.

En cuanto a la capacidad curativa de las palmas de sus manos, no hay en ello broma ninguna, se trata de una potestad suya demostrada en diversas ocasiones. No es que Paco haya abierto nunca consulta de curandero, pero sí son muchos los amigos que, estando con él y habiéndole comentado que se encontraban molestos por un repentino dolor de cabeza, podrían testificar la instantánea mejoría experimentada tras el tratamiento mencionado. Esto no resulta tan sorprendente para el que ha tomado alguna vez sus palmas entre las suyas, pues se desprende de ellas algo más que tibieza: una especie, cómo decirlo, de energía bullente, cálida, irradiadora. El corazón de Paco es así, un corazón abierto, humano en ese grado en que lo humano cobra universalidad, y estoy convencido de que, si sus consejos, dados siempre desde ahí, resultan iluminadores y reconfortantes, ese don suyo para aliviarnos los huesos parte desde el mismo lugar. Y el poeta lleva su santidad con la soltura del santo, que no podría serlo si se diera importancia personal al repartir lo que le fue dado por la vida para compartirlo. Paco te cura la rodilla o te saca de encima la migraña como el que no hace nada. Te cuenta que fue un afromado vidente el que descubrió ese poder en su persona y continúa tan feliz disertando sobre la poesía española de posguerra. Y no es que Paco crea en los videntes, sino que atesora pruebas concretas, pues cuenta ciertos episodios experimentados con Diego de Araciel que no pueden explicarse de manera racional. Sabemos por Luis García Montero —al menos el que esto escribe— que Ángel González declaró haber visto un día a Dios, y que, tras el encuentro, siguió empeñado en no creer en él, como buen ateo que era. A Paco le ocurre algo muy similar: testifica honradamente lo que le aconteció con aquel vidente, pero continúa sin creer más que a título de excepción y al modo prevenido de santo Tomás, habiendo metido los dedos en la llaga. Menos radical que Ángel, si Paco un día viera a Dios, creería en él, pues por su paradero ha estado preguntándose de mil maneras a lo largo y ancho de su obra poética. Pero parece que el Ser supremo no ha tenido la amabilidad de presentársele, de modo que el poeta ha debido entregar enteramente su corazón a lo divino y lo sagrado —lo carnal y lo telúrico—, hallando ahí otro modo de religiosidad no menos auténtica.

Paco ha tenido el privilegio de hablar a menudo con los muertos, y no sólo a través del teléfono negro de uno de sus poemas más sobrecogedores, sino mediante ese ingenio del espiritismo decimonónico conocido como «la güüja», a pesar de lo cual se declara escéptico —y creemos que hace bien— con respecto a la existencia de lo ultramundano. En aquellas reuniones de amigos metidos a médiums y hechiceros, en las que podían estar sentados a la mesa camilla Carlos Bousoño —siempre pletórico de su entusiasmo—, José Olivio Jiménez —cubano de bien y no menos dado al júbilo—, Luis Antonio de Villena —devoto de todo lo excéntrico y lujoso— y Fernando Delgado —que según Paco tenía un poder telequinético de duende—, vivió también nuestro querido poeta algunas experiencias inexplicables. Pudo hablar Paco con un tío abuelo suyo, el cual justificó su veracidad poniendo sobre el tapete unas fechas referentes a su vida que ninguno en aquella habitación podía conocer, ni siquiera Paco, quien las confirmó luego hablando con sus padres. En el orden de lo emotivo apareció por allí también el espíritu de Luis Felipe Vivanco agradeciéndoles, a Brines y a Bousoño, la visita que le hicieron cuando se hallaba de cuerpo presente en los sótanos de la morgue. En el orden casi de lo humorístico no podía faltar el espíritu de Juan Ramón —tan venerado por nuestro poeta—, que se presentó con una larga serie de quejas y reproches acerca de la recepción crítica que había ido teniendo su obra tras su deceso. Quién hubiera tenido la oportunidad de sentarse allí, alrededor de la mesa camilla, con tan divertida e ilustre tropa, a empujar el vaso por obra de la mente y a partirse de la risa, que es lo que ellos buscaban entre sorpresas y escalofríos de ultratumba.

Cuenta Paco también que una noche tuvo un sueño peculiar: soñó que se hallaba entre los deudos de don José Ortega y Gasset, haciendo cola para expresarle sus condolencias, puesto que en aquella lógica onírica el difunto tenía la prerrogativa de resucitar durante una hora de reloj para recibir así el pésame en primera persona. Paco no lo había conocido, pero como los sueños son tan suyos, allí estaba él guardando turno para despedirse del filósofo con toda naturalidad. Ahora bien, lo que siempre destaca el poeta al narrar con muy vivo humor los detalles de aquel lance, es que delante de él iba un señor

cargado con los dos tomos interminables de sus obras completas, dispuesto a pedirle opinión al personaje insigne. Y dice Paco que don José, puesto de levita negra y circunspecto, tomó ceremonioso aquellos libros, agradeciendo mucho el gesto estrafalario. Una hora da poco para leer, y menos si uno está ocupado despidiéndose de la familia, pero aquello no desanimó al vanidoso impenitente, ni fue capaz de descabalar la exquisita educación del prócer. Sí, parece un chiste, pero fue un sueño al que le falta la guinda. Y la guinda es la consecuencia que Paco saca de él, pues concluida su exposición —la hemos escuchado en repetidas y siempre jocosas ocasiones—, el maestro añade: «yo me he preguntado a veces qué haría en un caso así, si supiera que la muerte me espera en una hora, y siempre llego a idéntica conclusión, seguiría siendo el que soy y haciendo tranquilamente las cosas que siempre hice». Esta es la sabiduría perfectamente natural con la que ha vivido, pues su talante estoico viene atenuado por el epicúreo, su vena escéptica corregida por la platónica, al menos en lo que Platón tiene de amante incondicional de la belleza creada y, en fin, podríamos decir que en su modo cabal y espontáneo de vivir se da cita lo mejor de las tradiciones filosóficas helenísticas. Si a esto le añadimos una filiación mediterránea de pura cepa, estaremos saboreando unas gotas de su licor cordial, de su alegría vivaracha, de su pan blanco.

Por fin, en cuanto al capítulo de lo anecdótico —que cobra valor como vívida muestra de un espíritu y un carácter—, me gustaría terminar rescatando una pequeña historia que Paco me ha contado en diversas ocasiones, y que siempre me ha parecido muy reveladora de su forma de ser y estar en la vida y en la poesía. Siendo él un adolescente —mala edad para sutilezas—, se plantó un día diciéndole a su madre que no la acompañaba más a oír misa. El rebelde que todos llevamos dentro esperando su ocasión hizo acto de presencia, pues su negativa venía acompañada de malos modos en el tono de la respuesta. Su padre, que estaba muy cerca de él, le propinó una sonora bofetada, lo llamó a capítulo y, ya más relajado, lo embarcó en el siguiente diálogo: «Paco, ¿tú crees en Dios?». «Yo no», contestó el jovencito. «¿Quieres a tu madre?», le preguntó después. «¡Claro que la quiero, papá!», respondió sin pensárselo de nuevo. Su padre, como el que resuelve el más obvio silo-

gismo, concluyó: «Si no crees en Dios, pero quieres a tu madre, ¿qué te cuesta perder una hora para hacerla feliz!». Paco recuerda que aquello le abrió de inmediato los ojos del corazón, dio la lúcida bofetada por bien empleada y no volvió a negarle nada a su madre, a la que, con el fatal correr del tiempo, le escribió una de las más intensas elegías publicadas en nuestro idioma. Y es que es sobre todo ahí, en ese temblor, en la temperatura emocionada de la palabra donde su poesía ha rayado más alto, pues la poesía que carece de emoción debe renunciar a serlo. Donde Carlos Marzal habla de él como de «un clásico vivo», sin terminar de explicarse, ya que es imposible, a qué se debe esa sensación de nitidez que nos inoculara cuando lo leemos, yo subrayaría—sin pretender tampoco agotar el misterio— esa profundidad siempre hiriente en que nos sumen sus poemas, pues no hay casi uno de ellos desde donde no dispare un arquero taimado.

Allá por su adolescencia tenemos, pues, a un muchachito instalado en un temprano agnosticismo que, volcándose con los años sobre un más árido nihilismo, troquelará la pesquisa metafísica que encontramos en muchos de sus poemas más desgarrados. Con todo, según nos hace ver la anécdota arriba referida, tenemos al mismo jovencito haciendo profesión de fe en el amor, el que le lleva a anteponer la alegría de su madre a sus ínfulas revolucionarias, a su natural deseo de autoafirmación y a su previsible aburrimiento hecho de reclinatorios y misales. Su concepción de la poesía como educación idónea para fomentar el uso de la tolerancia—de la que tanto ha hablado en público y en privado— proviene sin duda de esa experiencia troncal. Paco es creyente, pues, como ha repetido Ramón Gaya, sin creer no se puede crear, y él es uno de los creadores de lenguaje más acendrados que hemos leído. Paco cree en la evidencia soleada y pasmosa de la vida, y siente que la vida debe ser amada generosamente, aceptándole las pérdidas como le aceptamos las ganancias, ya que, aunque no fuera por tantas otras cosas, todos fuimos niños un día, es decir, dioses, seres que habitan en su paraíso de inocencia, ajenos a la muerte. Todos hemos sido amados, así fuese una vez, y aunque fuera por ese pájaro que canta sólo para nosotros en un atardecer de primavera. En el sentir de Paco, esto es suficiente, aunque no sea nunca bastante, y merece ser cantado.

La crítica ha etiquetado a Paco como poeta del tiempo, perpetrador de emocionadas elegías, y es cierto que encontramos en su obra esas *presentes sucesiones de difunto* tan quevedianas, sus meditaciones más conceptistas y exigentes en torno al sentido y la mudanza. Sin embargo, en su poesía, a mi modo de ver, todo queda impregnado por el sentimiento amoroso, pues Paco es un poeta del amor, un enamorado del amor y de la vida, que en su decir se hacen uno esplendorosamente, con ese esplendor negro de lo inextricable, de lo que es a la vez manifiesto y recóndito, palpable e intangible. Sólo en algún trance de absoluta indefensión sentiremos al poeta desasistido, cantando en mitad de la sequedad más conceptual, arañando con las uñas la pizarra estéril del conocimiento, preguntándose con desesperación por el anhelado salvador y negándolo con sereno abatimiento. Sin embargo, lo habitual en él, el tono que lo caracteriza al cantar lo perdido es *el dulce lamentar de dos pastores*, el *dolorido sentir* de su amado Garcilaso, pues como telón de fondo de sus desdichas escuchamos siempre el canto de unas aves, contemplamos el fuego de los astros, nos rapta el aroma del jazmín... Paco, como todo ser amoroso, es también un sensitivo de primer orden. «Ama la tierra el hombre / con gran fuerza, / por una ciega ley del corazón», ha escrito, y ese amor por lo telúrico, que descubre muy pronto en lo más íntimo de sí al contemplar el mar límpido de Oliva, sus naranjales incendiados por el sol, la mole hierática del Montgó en el horizonte azul clarísimo, se educa después en la lectura de dos maestros en el arte de hacer del paisaje un alma propia, arrebatada y compartible: Juan Ramón y Antonio Machado, compañeros con los que tanto ha querido.

Dentro del marco universal de su amor por lo creado, que dulcifica su voz y la hace portadora de luz incluso cuando canta desde la tiniebla de una creciente desposesión, Paco ha ido investigando, en su aventura afortunada, los más diversos registros poéticos, aunque lo haya hecho sin perder nunca eso que hace del poeta lo que es, su autenticidad, su rumor de fondo. Hay en él un bardo metafísico de la estirpe de Quevedo, reconcentrado y marmóreo en su decir reflexivo. Encontraremos también a un cantor de la carne al modo pindárico, pero que no desdeña internarse por los andurriales menos heroicos

de un Catulo. Los epigramáticos latinos lo hubieran saludado como a uno de los suyos de haber podido leer la segunda parte de su libro *Aún no*. Cernuda le aporta el tono confesional y cierto atrevimiento en el orden de lo erótico, ya que en nuestro poeta el erotismo, más aún, la sensualidad desatada en todo su alcance, forma parte de la columna vertebral de su poesía, que se pasma por igual ante La Piedad de Buonarroti y el escorzo de un hermoso cuerpo desnudo. Hay en Paco un poeta que lamenta la fuga del tiempo y un bebedor extasiado del presente, de la presencia del mundo aquí y ahora, un poeta, así, de lo efímero y lo eterno. Todas sus elegías son odas en alguna medida, pues no saben renunciar al canto de lo que fue vivido, aunque el tiempo se lo lleve, como don y maravilla gratuita de la vida. Y hay en él, desde luego, un poeta del lenguaje, puesto que el poeta no es otra cosa que una floración espontánea suya. En el caso de Paco, la conciencia lingüística, la precisión de su palabra, su musicalidad, su elegancia, constituyen el seguro de vida desde el que toma todos los riesgos de su periplo. En él hemos aprendido a saborear el cuerpo, la carne de la letra, a pulsarle melodías que sólo la sutileza conoce y, sobre todo, hemos comprobado que la poesía tiene voz propia, su verdad sólo suya, y que hay que aprender a escuchar esa voz desde el sumo respeto, ya que el poeta no es nadie cuando se ve abandonado por la diosa. «A los poetas se los juzga por sus remontes, no por sus caídas», ha repetido con generosidad, para añadir: «Lo que el lector no cata no lo hecha de menos, pero puede sentir de sobra algo de lo que el poeta incluye descuidadamente. Conviene no caer en la autocomplacencia». Sus consejos son así, tan sencillos como provechosos.

Paco, sin proponérselo, ha sabido crear, descubrir el espacio mítico del que ya somos felices inquilinos sus lectores, Elca, la finca en la que nació y donde todavía sigue pasmándose ante la magnificencia de lo contemplado: el horizonte marino, los cielos brujos de la noche mediterránea, el alba en la que canta el gallo, siempre desvelado. Elca es su *locus amoenus*, su *beatius ille*, el lugar desde el que contempla este mundo a la distancia justa, desde la perplejidad interminable. Elca es ese cántaro en el que vuelca el agua de sus amores, donde resuenan los ecos de una vida cumplida, donde el silencio y la

soledad han hallado su musicalidad secreta, donde el ciprés sigue en pie, codicioso del fuego celeste, y la presencia de los padres es una profundidad desvalida del alma, que abre la puerta de los cuartos y se santigua en mitad de la penumbra ardiente de las ausencias. Elca es el corazón de la niñez, que sigue palpitando entre altos muros de cal y se desnuda junto a la alberca. Los que nos hemos sentido acogidos en esa casa, sabemos bien que no es el lugar en el que Paco vive, sino la vida misma suya puesta a disposición de todos los vivientes, de aquellos que encuentran oídos con que escuchar su madrigal sostenido, su canto de gratitud a la redonda. «Paco, ¿tú crees en Dios?», y el poeta podría responder hoy lleno de certidumbre: «No, pero he creído en el amor, en la belleza y la justicia». ¿Qué más hace falta para salvarse?

No tenemos ya mucho espacio, y no agotaríamos las vertientes por las que se ha derramado el caudal de su poesía ni disponiendo de carta blanca. Paco, cuya generosidad ha inundado de bien, no sólo a sus amigos cercanos, sino a gentes que iban a él en busca de su consejo literario, o con la devoción de conocer a la persona que trasparece a través de sus versos, ha vivido una vida llena de amor, pues es la mirada la que crea el mundo en que vive cada cual, y su mirada ha sido siempre amorosa para con ese mundo mago y a la vez ladrón, pero ladrón de guante blanco. El amor pasión, que lo visitó muy brevemente en su juventud, aunque con desusada intensidad, ha dejado en su obra espinas, melancolía, pero también un clavel rojo. El afecto de los padres y los amigos, que Paco ha vivido en plenitud, constituye la razón luminosa de su sentimiento de pertenencia, de su reverencia por lo humano. Su idilio con el arte y la belleza ha hecho de él un gozador de finísima catadura, pero es quizás su querencia por la tierra, por el terruño que lo vio nacer en su finca de Elca, la que más alta expresión ha encontrado en sus versos. La delicadeza con que Paco ha cantado el mar, los pinos y naranjos, las palomas visitadoras de palmeras, el firmamento abrasado por los astros fríos, el aroma sin fondo del jazmín y ese clima sonámbulo, la hermosura natural de noches y días, se alza como una de las cumbres de nuestra lírica. Entre las yemas de sus dedos, todo alcanza la temperatura de lo revelado. Y allí sigue militando, en su Elca de su alma, escuchando el murmullo de la fuente en su patio trasero, dando

de comer a sus peces de colores y a sus pájaros de fuego, conversando con el perro que aúlla de soledad, quebrándose con el vaso quebrado, oliendo ese blanco jazmín que él sabe bien que nunca existió, pero que es más verdadero que Dios mismo, porque un niño lo olió una tarde en su infancia, y todavía no existía esa rosa negra del morir. Y allí mismo, sin poder expresar cuánto le debemos, cuánto más lo amamos, lo quisiéramos dejar a sus anchas, *donde muere la muerte*, donde seguirá cantando el mirlo blanco de la página.



# **El secreto del azahar**

**Antonio Fernández Ferrer**

### **Antonio Fernández Ferrer**

(Valencia, 1951)

Catedrático del Departamento de Filología, Comunicación y Documentación de la Universidad de Alcalá. Investigador y profesor (literaturas hispánicas, teoría literaria, crítica textual, relaciones inter-artísticas y cine). Organizador de exposiciones y actividades. Selección de publicaciones: *La inexistencia de la literatura hispanoamericana y otros desvelos* (Renacimiento), *Ficciones de Borges. En las galerías del laberinto* (Cátedra); versiones de *Ejercicios de estilo* de Raymond Queneau (Cátedra) y de *Buñuel despierta* de Jean-Claude Carrière (Oportet Editores); ediciones de obras de Alejo Carpentier (*Concierto barroco*, Akal), Eliseo Diego (*La sed de lo perdido*, Siruela; *Flechas en vuelo*, Verbum), Antonio Machado (*Juan de Mairena*, Cátedra; *Más de uno. Antología poética*, Renacimiento) y Manuel Machado (*Poesías completas*, Renacimiento); estudios sobre: Alberti, Buñuel, Lydia Cabrera, Cortázar, Gastón Baquero, Gómez de la Serna, OuLiPo, Octavio Paz, Gonzalo Rojas, Carlos Saura, Virgilio Piñera...; antologías: *“La lumbrá” y otros textos* de Salarrué (AECID); *La mano de la hormiga. Los cuentos más breves del mundo* (Fugaz); *Borges A/Z* (Siruela); *La isla infinita de Fernando Ortiz* (I. de Cultura “Juan Gil-Albert”).

---

## El secreto del azahar

Antonio Fernández Ferrer

Sostienen quienes estudian los intrincados laberintos y avatares de las palabras de la tribu, que los vocablos *azar* y *azahar* son hijos remotos de una misma madre. Así, el *azahar*, flor y aroma del naranjo, se vincula con el *destino*, a partir del mismo término árabe: *zabr* o *zabár* (“flor, flores” y también el “dado” propio de los juegos de azar porque llevaba una flor pintada en una de sus caras). Sólo una letra insonora y una repetida vocal diferencian una palabra de otra, *azar* y *azahar*; pero, sin duda, su significado actual no suele asociarlas, salvo en ámbitos tales como los de la excepcional poética de Francisco Brines.

La conjunción entre “luz”, “azahar” y “azar” no responde, por lo tanto, a un mero capricho asociativo, pues *zabr* (“flor” en general) se derivaría de la raíz *z-b-r* (“lucir, ser hermoso, florecer”). Vale la pena que nos detengamos por un instante en las cábalas del siempre ameno *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611):

**Azahar.** La flor del naranjo o limón; unos dicen que vale tanto como Venus, otros que vale flor. Diego de Urrea dize que este nombre comprehende todo género de flores que salen por la primavera, y en su arábica terminación es *zebrum*, del verbo *zebere*, que vale resplandecer. Concertando lo que está dicho, puede llamarse la estrella de Venus *zabar* por ser tan resplandeciente, y las flores de la primavera por su hermosura; pero yo tengo por cierto ser nombre hebreo, compuesto de *naba*, que vale flor, y *zabar*, que vale resplandeciente, y quitando la nun, o na, de la primera dición defectiva de este nombre, quedará *ba*, y con el *zabar*, se formará el nombre *hazabar*, y *azabar*, flor resplandeciente.

Desde la evocación de su infancia en la ciudad natal (“El rostro de Oliva”, 1985), al lamentar las transformaciones causadas por implacables reformas urbanísticas, aflora en Brines, trazando su destino poético, el aroma del azahar identificado con los primeros recuerdos:

La aparición del motor de explosión, que es ya vieja novedad a la que me quiero referir, ha ocasionado unas transformaciones decisivas en el rostro de Oliva, de la misma dimensión que las huellas de la viruela podría ocasionar en un rostro humano. Por lo pronto, ha dejado en desuso aquella deliciosa nana que a todos nos cantaron, en la que a los niños de Oliva se les designaba como reyes de los territorios más hermosos de la libertad: cada uno de nosotros era, ascendido por el canto materno, “el rei del corral i del carrer”.

En esta reminiscencia de su añorada niñez, Brines invoca una canción de cuna tradicional valenciana que, con múltiples variaciones (cambiando el género gramatical, según corresponda), dice así:

El meu xiquet es l'amo  
del corral i del carrer,  
de la figuera i la parra  
i la flor del taronger.

Con la misma canción Vicent Andrés Estellés abre el volumen inicial (*Recomane tenebres*) de la primera edición (1972) de su *Obra completa* incluyéndola

en la tremenda composición (“Cançó de bressol”, 1953) que une esa nana tradicional a la muerte de su hija, bebé de cuatro meses. Y en otro poema posterior (“La flor del taronger”, *Ram diürn*, 1986), el mismo Estellés llega a identificar tanto su poética como su propio cuerpo con el olor del azahar:

El meu cant ol a flor de taronger,  
com el meu cos, tota la meua vida.

Brines, por su parte, en el prólogo a su antología de 1984 (*Selección propia*) titulado “La certidumbre de la poesía”, rememora el surgimiento de su conciencia poética, una “epifanía” de adolescencia en la que, al conjuro del azahar, brotaron los primeros poemas escritos desde “el asombro y la inocencia”:

...el muchacho está asomado a una ventana viendo cómo la naturaleza se enciende, después de una tormenta repentina y primaveral, con un sol de resurrección. Han quedado con un nuevo color aparecido las palmeras, más vivos y cercanos los estáticos rosales del paseo, y desde tanto mojado silencio está tornando poco a poco el aroma del azahar de todos los naranjos, parece que la vida fuese sólo ese debilitado olor. Cuando aquella tarde definitivamente caía, el poema estaba acabado, y ante mi asombro era en él donde yo descubría la única realidad acontecida. El muchacho había sido el mágico creador de la tarde, y por ello la sentía como la más hermosa de su vida. No importa ahora que aquel poema fuera definitivamente malo y, con probabilidad, vergonzosamente juanramoniano, es decir, de otro. Yo carecía por entonces de una mínima voz propia.

Nada tiene de extraño que la presencia del azahar sea una constante poética en autores valencianos, pero para nuestro propósito destaca la singular y relevante significación que en la poesía de Brines cobra ese aroma. “Fragancia es destino” (“azahar es azar”) podría sentenciar otra imaginaria variación del conocido fragmento de Heráclito favorito de Cernuda: “carácter es destino”. Inseparable de la casa natal y familiar de Elca en Oliva, la presencia del naranjo y de su fragante flor jalona toda la obra de Brines, comenzando por su primer libro publicado (*Las brasas*, 1960), hasta el poema “Reencuentro”, in-

superable en su lírica hondura espectral; composición esta ya anticipada hace años como “perteneciente a un libro inédito” y que principia ahora también la más reciente de sus antologías (*Desde Elca*, 2020):

### Reencuentro

He bajado del coche  
y el olor de azahar, que tenía olvidado,  
me invade suave, denso.  
He regresado a Elca  
y corro,  
    no sé en qué año estoy  
y han salido mis padres de la casa  
con los brazos abiertos,  
me besan,  
les sonrío,  
me miran  
    –y están muertos–,  
y de nuevo les beso.

No me demoraré, entre otras razones por cortesía hacia el lector, inventariando versos en los que se menciona el azahar, pero deseo señalar cómo en ninguna de las páginas de Brines su presencia se reduce a un simple motivo de decoración paisajística.

Tan sólo citaré algunos versos, ciertos fragmentos escogidos, como no podía ser menos, casi al azar. Por ejemplo, la estremecedora evocación, a la luz de la luna, de “La espera” (*Aún no*, 1971):

### I

El campo, oscuro; lejos, al mar,  
las luces. Y un pájaro nocturno.  
  
Sentado está mi padre,  
con olor de naranjo entre sus dedos

y el rostro plateado. Espera.  
Y en un paseo largo,  
de rezo y vigilancia del jazmín,  
mi madre está esperando.

Vaharadas de tiempo  
suben hasta el balcón, en donde miro  
su soledad, sus sombras. En esta casa todos  
estamos esperando a quien nos niega.

## II

El campo, oscuro; lejos, al mar,  
las luces. Y un pájaro nocturno.

Con rostro plateado, y hondo olor  
de naranjo, espera un hombre.  
Y una mujer espera, vigilando  
el jazmín. Son dos extraños.

Miré desde el balcón,  
y en el balcón no había nadie.

Para Brines, la memoria tiene aroma de azahar. Así, en “Mis dos realidades” (*Insistencias en Luzbel*, 1977), la conjunción de la evocación infantil, el mar, el cuerpo, el azul celeste, la luz y el azahar forman una totalidad sensitiva:

Era un pequeño dios: nací inmortal.

Un emisario de oro

dejó eternas y vivas las aguas de la mar,  
y quise recluir el cuerpo en su frescura;  
pobló de un sol de abejas los huertos de naranjos,  
y en torno a tantos frutos se volcaba el azahar.  
Descendía, vasto y suave, el azul  
a las ramas más altas de los pinos,  
y el aire, no visible, las movía.  
El silencio era luz.

Incluso una composición del libro *El otoño de las rosas* (1986) se titula expresamente “Un olor de azahar”, poema de amor carnal, líricamente transcendido o transfigurado en “dicha oscura”, cuyos últimos versos rezan:

Cuando llegue el olvido, la memoria  
rastreará esta dicha para nada.  
Y, acaso, si hay fortuna, algo recobre:  
este cálido olor bajo la luna,  
la primavera del naranjo blanco.

A partir del azahar, se entreteje un sutil pero significativo encadenado que vincula las aportaciones de tres poetas fundamentales (Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda y Juan Gil-Albert) con la poesía de Brines, sin que dejemos de advertir aquellos elementos distintivos que construyen singularizándolos otros tantos universos líricos particulares.

Dejando a un lado tantas huellas del magisterio poético que para Brines supuso la obra de Juan Ramón Jiménez, puede servirnos perfectamente observar apenas un par de detalles de Cernuda y Gil-Albert.

El mundo lírico de Cernuda resulta tan aparentemente cercano a Brines que incluso (algo nada extraño en un poeta sevillano) encontramos una respuesta similar a una misma fragancia, pero, de inmediato, la sensibilidad del lector puede percibir las diferencias de tono y matización. Un ejemplo seleccionado de entre los poemas de *Desolación de la Quimera* (1956-1962): “Luna llena en Semana Santa”, en el que Cernuda trasciende un tópico paisajístico como la conjunción en la Sevilla primaveral del incienso y el azahar:

Denso, suave, el aire  
orea tantas callejas,  
plazuelas, cuya alma  
es la flor del naranjo.  
[...]  
Azahar, luna, música.

Entrelazados, bañan  
la ciudad toda. Y breve  
tu mente la contiene  
en sí, como una mano  
amorosa. ¿Nostalgias?  
No. Lo que así recreas  
es el tiempo sin tiempo  
del niño, los instintos  
aprendiendo la vida  
dichosamente, como  
la planta nueva aprende  
en suelo amigo. Eco  
que, a la doble distancia,  
generoso hoy te vuelve,  
en leyenda, a tu origen.  
*Et in Arcadia ego.*

Años después, Cernuda, fiel a su implacable mirada retrospectiva, tan ajena al sentimiento de piedad que dulcifica la poética de Brines, en el poema titulado, con evidente resonancia de Quevedo, “Lo más frágil es lo que dura” (*Con las horas contadas*, 1974), concluirá inmisericorde:

¿Tu mocedad? No es más  
que un olor de azahar.  
[...]  
Un olor de azahar,  
aire. ¿Hubo algo más?

También en otra poética afín, la de Juan Gil-Albert, supone tarea sencilla constatar tanto afinidades como diferencias. Así, cuando Brines analiza el sentido ético y estético del lujo en Gil-Albert, comenta, coincidiendo con él, el riesgo de convertir el naranjo en tópico paisajístico. Lugar común que en una mirada puramente comercial podría llegar a malograr, trivializándolo, el

aroma de azahar y reducir finalmente el valor de su fruto a simple mercancía; lo cual exige el rescate de la belleza a partir de la vivencia de un “renovado asombro, en la profunda individualidad de la experiencia”:

Para los más es un valor de trueque: la flor, que llega en ráfagas intensas y cálidas a la penumbra de las alcobas, o se posa densa en la quietud de los desvanes, y que tan aguda y melancólicamente inicia en el deseo a los adolescentes, es también valiosa por su resultado frutal, que para algunos valdrá, al igual que cualquier montón de cualquier cosa, cuanto pese en arrobas.

Más allá de tales confluencias temáticas, afloran en otros aspectos claras diferencias. Y para corroborarlo, puede ayudar el ejemplo siguiente. Desde su exilio americano, Gil-Albert había evocado, en el poemario titulado *Las ilusiones* (Buenos Aires, 1944), su tierra natal asociada, como en el caso de Brines, al recuerdo viviente de una infancia paradisiaca en cuya rememoración el paisaje constituye elemento esencial (“se recuerda el país que al abrirse nuestros ojos / se nos mostró de niño”). Y en ese panorama de la nostalgia, el azahar hechiza el recuerdo, como podemos percibir en el poema titulado “Los naranjos”. Cito los versos concretos en los que Gil-Albert describe, entre los gozosos detalles de los demás sentidos, el embriagador perfume de la flor:

Nada invocan del cielo suspendido  
como una tierna colcha iridiscente  
sobre el vergel, nunca a sus rostros claros  
se asoma la ansiedad y entre los verdes  
de sus íntimos huertos se respiran  
pesadas brisas dulces que refrescan  
aquel férvido lecho. Soñadores  
de sus vivos umbráculos los cuidan  
con una deleitosa complacencia  
y rigen allí dentro como dioses  
de la fertilidad. Y llega el tiempo  
que una nube de olor se esparce henchida

hasta largas distancias y a su paso  
las jóvenes enferman en el seno  
de sus blancas alcobas y el tañido  
de viejos instrumentos musicales  
se deja oír.

En estos arabescos cincelados con vocación retórica de exquisitos alcances clasicistas, la atención del lector puede advertir de inmediato las diferencias que caracterizan las pinceladas descriptivas propias del estilo y cadencias líricas de Gil-Albert con respecto al tono y a los matices de los poemas de Brines referidos a idénticos elementos de un mismo paisaje.

A lo largo de las décadas más recientes, una significativa bibliografía ha propiciado estudios de sumo interés sobre la relevancia de los cinco sentidos –y, en particular, del olfato– en la literatura y las artes desde múltiples perspectivas analíticas (históricas, sociológicas, psicoanalíticas, fisiológicas, etc.) y, desde luego, no cabe duda ninguna de que sería sumamente provechoso considerar atentamente las principales fragancias omnipresentes (azahar, jazmín, rosas) en la poética de Brines desde cualquiera de las variopintas orientaciones interpretativas.

De cualquier manera, lo que a la postre importaría más es lo señalado por el arquitecto finlandés Juhani Pallasmaa en su ensayo *Los ojos de la piel* (*The Eyes of the Skin. Architecture and the Senses*), cuando reivindica el olfato como sentido crucial, frente a su relegación a causa de la absoluta y exclusiva predominancia de lo visual en la mentalidad arquitectónica al uso:

A menudo, el recuerdo más persistente de cualquier espacio es su olor. [...] Sin duda, las imágenes retinianas de la arquitectura contemporánea parecen estériles y sin vida cuando se las compara con el poder emocional y asociativo de la imaginación olfativa del poeta. El poeta libera la fragancia y el sabor ocultos en las palabras (“Espacios del olfato”).

En beneficio de la brevedad, me limitaré a subrayar una palabra clave con la que podemos adjetivar no sólo la constelación sensorial aportada por los versos

de Brines, sino que también puede ser utilizada como emblema de todo el conjunto de su poética; una cualidad con la que el mismo Brines ha elogiado a poetas tan de su dilección como Gastón Baquero: la *delicadeza*. Con tal cualificación es posible precisar los matices que diferencian intensamente, incluso en un mismo rasgo concreto como la fragancia del azahar, la poesía de Brines con respecto a la de otros poetas considerados modélicos para su inspiración.

A partir de esa *delicadeza* que lo singulariza, el poeta de *Ensayo de una despedida* se ofrece como irremplazable testigo de una sensibilidad hoy en proceso de extinción. ¿Adjudicaríamos entonces al poeta de Oliva el marbete que Cioran dedicó a Borges (“le dernier des délicats”)? En todo caso, a diferencia de Rimbaud, Brines no ha perdido su vida “par délicatesse”, sino, muy al contrario, el azahar de un destino nos lega su fraternal generosidad insustituible. En consecuencia, esa fragancia no anula todas las demás percepciones, tal y como describe, entre tantos otros escritores, el príncipe de Lampedusa en *Il Gattopardo* al referirse al olor avasalladoramente abrumador de la *zagara* siciliana (“...l’aroma nuziale delle zagare annullava ogni cosa come il plenilunio annulla un paesaggio”). Muy de otro modo, en Brines el azahar supone no un anonadamiento, sino un estímulo de la memoria, de la sensibilidad poética que quizás sólo podría encontrar una analogía suficientemente esclarecedora en esa intraducible expresión japonesa (“Mono no aware”) habitualmente aludida en las versiones occidentales como piadoso “sentimiento de las cosas”; percepción motivada por la conciencia de lo no permanente, la belleza de la percepción lírica de la fugacidad.

No resulta extraño, por lo tanto, que para hallar un correlato a la sensibilidad del autor de *El otoño de las rosas* habría que buscar versos como los de Emily Dickinson. Pero bastaría con un solo ejemplo: “Yo reposo en la luz” (confróntese con el título de la antología *Yo descanso en la luz*, 2010), verso que podemos relacionar con el de aquel poema en el que la sublime asceta de Amherst evoca el vuelo danzarín de dos mariposas que finalmente “descansan en un rayo de luz” (*And rested on a Beam*).

Brines quintaesencia para nosotros, con la fragancia del azahar como fundamento, todo un jardín exquisito, matizadísimo ofrecimiento que sólo con

palabras como *delicadeza* podemos presentir y adjetivar. Y al perfume del azahar se unirán el jazmín (“ruiseñor de los olores”, lo llamó Antonio Machado) y, desde luego, las rosas.

Esbozo estas líneas como un agradecido saludo al poeta de Oliva en días en que las voces de los clásicos vivientes y tantos otros testimonios recuerdan la perenne y fugitiva fragilidad de todo presente. Inolvidables resuenan las admoniciones con las que Lucrecio, al finalizar su implacable canto, nos describe los estragos de la peste ateniense, y para mostrar su terrible actualidad seleccionaré sólo un par de sus versos; por ejemplo: *Nec requies erat ulla mali: defessa iacebant / corpora; mussabat tacito medicina timore* (“No había alivio a su mal: agotados yacían / los cuerpos. Indecisa balbuceaba la medicina con callado temor”). También los aromas del jardín poético de Brines, en estos tiempos de penuria, acuden en fraternal ayuda, como un don necesario de estoica y generosa serenidad.

Convendría recordar, por último, que el secreto mayor del azahar no sería distinto de aquel arcano de la rosa enunciado para siempre por el teólogo, poeta, médico y franciscano alemán Johann Scheffler (alias Angelus Silesius), autor del *Peregrino querubínico* (*Cherubinischer Wandersmann*, 1657) tan apreciado por Borges: “la rosa es sin porqué; florece porque florece” (“Die Rose ist ohne warum; sie blühet, weil sie blühet”).

Al fin y al cabo, tampoco resulta baladí la advertencia de Keats contra la vanidad científicista y su obsesión explicativa capaz de “cortar las alas de un Ángel” o de intentar “destejer un arco iris” (“clip an Angel’s wings” [...] “Unweave a rainbow”) aniquilando, en aras de un pretendido pragmatismo, los misterios y hechizos de la vida. Como en la mejor poesía, los versos de Brines también deparan la delicada claridad sin porqué de aquella flor. Llegan sin necesidad de complicadas explicaciones. Sería absurda la pretensión de buscar fórmulas simplificadoras para desentrañar hasta el agotamiento todo su fragante sentido; empresa tan vana como intentar destejer o desbriznar su aroma. Desde Elca, real y soñada a la par, un claro azahar indefinible convida a su imprescindible jardín.

Rocafort, abril de 2021.



**Elca**

**Poemas de Francisco Brines  
Fotografías de Jesús Císcar**

## Reencuentro

He bajado del coche  
y el olor de azahar, que tenía olvidado,  
me invade suave, denso.  
He regresado a Elca  
y corro,  
    no sé en qué año estoy  
y han salido mis padres de la casa  
con los brazos abiertos,  
me besan,  
les sonrío,  
me miran  
    –y están muertos–,  
y de nuevo les beso.

*(Inédito)*



## El niño perdido y hallado (En Elca)

¿Por qué soy azotado con estrellas  
en la desnuda noche iluminada?  
Un ciego aroma viene y me embriaga  
para que vuelva el niño, y ser el que era  
al ver temblar, tan puras, las estrellas  
mi inocencia. Cegado por las lágrimas  
un dios sentía en mí que me habitaba.  
Por no querer que el olor se me fuera  
he apretado los ojos con tal fuerza  
que el párpado se ha herido. Y ahora exhala  
su pérdida el jazmín, quien me habitara  
me deja desvalido, y se aleja  
en la desnuda noche ya apagada  
el niño aquel que fui,  
y ya no fuera.

*(La última costa, 1995)*



## De geografía

Un muro rosa, y un geranio mece,  
bajo el azul, su roja flor sedienta,  
y trepa una morada buganvilia.  
Un vuelo abierto de palomas blancas  
llevan la luz del aire a las palmeras.  
Si estoy en Marrakech, me sueño en Elca.  
Si en Denia estoy, me alejo hasta Essauira.

*(El otoño de las rosas, 1986)*



## Último encuentro de los tres

La casa, envuelta en sol, deslumbra blanca,  
y caen del tejado las palomas  
a la terraza de ella. Los jazmines  
huelen a otra mañana, y aquel lecho  
de dos en la penumbra suena. Mirlos  
en el laurel, moradas buganvillas  
se asoman en el huerto, y el jardín  
rompe luz y silencio con el agua.  
Las puertas de la casa están abiertas,  
y escondido en la clara galería,  
el único habitante que ahora soy  
oye sus pasos ya, cerca sus voces,  
porque los dos regresan para siempre  
de donde hubieran ido, y les espero  
antes de que me vaya yo también.

*(Insistencias en Luzbel, 1977)*



## Elca

*A Juan Bautista Bertrán*

Ya todo es flor: las rosas  
aroman el camino.  
Y allí pasea el aire,  
se estaciona la luz,  
y roza mi mirada  
la luz, la flor, el aire.

Porque todo va al mar:  
y larga sombra cae  
de los montes de plata,  
pisa los breves huertos,  
ciega los pozos, llega  
con su frío hasta el mar.

Ya todo es paz: la yedra  
desborda en el tejado  
con rumor de jardín:  
jazmines, alas. Suben,  
por el azul del cielo,  
las ramas del ciprés.

Porque todo va al mar:  
y el oscuro naranjo  
ha enviudado su flor  
para volar al viento,  
cruzar hondas alcobas,  
ir adentro del mar.

Ya todo es feliz vida:  
y ante el verdor del pino,  
los geranios. La casa,  
la blanca y silenciosa,  
tiene abiertos balcones.  
Dentro, vivimos todos.  
Porque todo va al mar:  
El hombre mira el cielo  
que oscurece, la tierra  
que su amor reconoce,  
y siente su corazón  
latir. Camina al mar,  
porque todo va al mar.

*(Palabras a la oscuridad, 1966)*



## Los ocios ganados

En este día de septiembre en Elca  
nada ha pasado, salvo el tiempo de oro  
que fallece apacible con la tarde.  
Poblado con las sombras más queridas  
he ocupado mis sueños frente al mar,  
y era un olor de rosas, y un tumulto,  
los negros aposentos de mis ojos.  
Con tanta levedad, como es su olor,  
cayeron dulcemente los jazmines.  
Y en este día de septiembre lento  
todo es ganado, salvo que he perdido  
un día de mi vida para siempre.

Algo ocurrió de extraño, al mediodía:  
un estruendo de alas, y un silencio.  
A un tiempo seis palomas, las seis blancas,  
hirieron de belleza una palmera.  
Sólo queda esperar a que la noche  
más bella la haga aún, herida los astros.

*(El otoño de las rosas, 1986)*



## Desde Bassai y el mar de Oliva

*A José Manuel Blecua*

Era en aquel viaje por las tierras dormidas de la Arcadia,  
para encontrar el templo en donde floreciera la primera  
sonrisa del capitel de acantos (o de rosas),  
allí donde la ausencia adusta del cestillo era un canto de fuego  
y de cigarra.

Las columnas de piedra sostenían el pájaro y el cielo.

Los pájaros azules, el cielo derribado.

El féretro estival del tiempo destruido. Y todo se perdía y era  
eterno.

Yo miraba en tus ojos el mundo que era estable y muy viejo, y  
tú sonabas sólo como la juventud.

Y antes vi el mar, en esas horas solas de la siesta,  
cuando el sol enloquece su extensa superficie, y brilla en aire  
de oro suspendido  
esa frescura eterna que hace dioses muy niños los ojos del que  
mira,

cuando llegan veloces y pausadas las velas lejanísimas,  
y sólo existe el mar, el cuerpo de una gloria azul e inacabable,  
y aquel que lo contempla con ojos escondidos, y la mirada  
ardiente:

el muchacho, con un secreto amor también inacabable de sí  
mismo,  
porque el mundo y la vida se hospedan sólo en él.

Y nadie aún existía que a él le desplazara, ni tu humana  
hermosura.

Sigue aún el mar, pero no la mirada, ni las velas,  
y el templo, con las puertas cerradas, es triste, y es católico.  
Alguien me dio un abrazo de adiós definitivo en un andén  
muy agrio

y en los espejos busco, y araño, y no lo encuentro  
a ese que fui, y se murió de mí, y es ya mi inexistencia.  
Lo siento más extraño que a mí mismo,  
cuando tienda a saberme desde mi ceguedad y todo sea el hueco,  
y esto es así porque percibo un resto muy breve de su luz todavía.

Yo sé que olí un jazmín en la infancia una tarde, y no existió  
la tarde.

*(El otoño de las rosas, 1986)*





## Días de invierno en la casa de verano

*A Vicente Gallego*

En esta soledad de los días de invierno,  
con altos rojos áloes  
en el jardín, la casa está sin nadie  
y yo la habito.

Y hay pájaros. Y hay luz del sur  
en el día indeciso.

Llega la noche con los ojos tapados  
y ciega cae fuera de los muros,  
tan fría, tan extensa.

Vivo en la intimidad de la casa vacía,  
y en las habitaciones despobladas  
puedo escuchar el sonido apagado de la vida,  
tocar un tiempo helado,  
gustar en los espejos un insulso sabor,  
el tedio de una imagen sin juventud.  
Y hay, con todo, un calor de vida ya gastada,  
un secreto entusiasmo de haber sido.

Se iba ajando la luz,  
y aquel sosiego rosa en los cristales  
era el calor del día que acababa,  
y el cuerpo del muchacho,  
en el cuarto de baño de septiembre,  
se quitaba las ropas:  
en el momento último del canto de los pájaros.  
Era el rito muy lento, y muy secreto,  
con el vigor del agua, y la presencia joven  
de la carne desnuda.  
El tiempo se perdía, y aquel cuarto  
era una claridad disminuida  
al fondo del espejo.  
La reclusión del campo, las memorias  
recientes del verano junto al mar,

abrían un espacio de misterio,  
y era una turbación muy delicada  
aquel encuentro con la propia carne.  
La intimidad del mundo, y el placer  
que aprendía, me hacían como un dios,  
y ya falsario del amor, bien supe  
que aquel acto abatido y demorado  
era el mejor remedio a quien estaba  
perdiendo ya la vida.

Con el balcón abierto a los jazmines,  
y el cuerpo descansado, fresca el alma,  
la luz daba en el libro, diligente,  
y un doliente poeta me decía  
mágicos versos.

Olorosa la noche,  
llena de estrellas bajas y de fuego,  
era el espejo ardiente de mis ojos.  
En el tiempo feliz no había muerte,  
y juntos la pureza y el pecado  
descubrieron el mundo más dichoso.

No había aún vergüenza de los años,  
ahora que ya conozco que la muerte  
existe, y nada sabe.  
Con todo, en este invierno tan lejano,  
hay un calor de vida ya gastada,  
la seca aceptación del mal o la alegría,  
un secreto entusiasmo de haber sido.

*(El otoño de las rosas, 1986)*

## La tarde imaginada

*A Ramón Gaya*

Si ahora pudiera ver las desnudas montañas de Oliva,  
la exangüe luz cayendo entre sus piedras,  
a sus pies los naranjos sombríos,  
el aire azul en torno de la casa  
y al frente el mar, muy pálido.  
Estar mi cuerpo allí, sabiéndome aún vivo  
y, por ello, feliz  
o esperanza de serlo.

Escribo en esta tarde, con la luz de Madrid que cae en las  
terrazas,  
la tarde en que imagino que estoy allí, en la piedad de Elca,  
o escribo para siempre desde la noche inmensa e impura  
en que no me sé vivo.  
Y desde ahí, tan árido,  
porque mi mano, en el espectro del papel, enciende  
vagamente palabras espectrales,  
dar testimonio inútil  
de que estuve en la vida afortunada  
y tuve la experiencia de la felicidad.

Sólo porque en mis ojos las tardes, sucesivas, se acogieron,  
como en las ramas paran los sucesivos pájaros,  
puedo desde este hueco seco  
hacer mover el aire en una tarde incierta,  
ni siquiera extinguida, pues que fue imaginada,  
y así resume todas las tardes de mi vida.

¿Y a mí, quien podría salvarme?  
¿Tus ojos, que ahora crean mi tarde inexistente?  
Lector, esfuérzate, y enciéndela:  
está donde un olor de rosas te llega del camino.  
Si existo es porque existes.

Tú repites mi vida, y no la reconozco.

*(La última costa, 1995)*



### **Jesús Císcar March**

(Paiporta, 1952)

Es fotógrafo de prensa. Tras colaborar con diversos medios, como *Diario de Valencia* o *El Temps*, desde 1982 hasta 2011 ha formado parte del equipo de *El País*, periódico donde ha desempeñado diversos cargos, entre ellos, jefe de Fotografía de las ediciones catalana y valenciana. También ha sido reportero internacional para el suplemento dominical del diario nacional y se ha desplazado, como enviado especial, a Calcuta, Colombia, Sahara, Nueva York, París, Berlín, Móstar, Praga, Golfo Pérsico... Además de su trabajo como reportero gráfico, ha participado en diversas exposiciones colectivas como *Fotógrafos valencianos en Japón* y *Fotógrafos españoles en Roma*, entre otras, e individuales, como su muestra sobre Haití en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. También ha comisariado, junto al escritor Martí Domínguez, dos exposiciones sobre artistas valencianos en 2014 y en 2018, producidas por Bancaja.

En 1992 publicó el libro *Imagen de Valencia*, junto al periodista Miguel Ángel Villena. Ha recibido numerosos premios, entre ellos, Primer premio Cultura i Societat *Foto Press* 1985; Segundo premio Política i Societat *Foto Press* 1990; Primer premio Voluntarios en Calcuta 1990, de Reporteros sin Fronteras; Primer premio Ministerio de Asuntos Sociales en 1991; Primer premio Política i Societat *Foto Press* 1991 y *Bronze Award*, en su 15ª edición, por un reportaje sobre Dubrovnik publicado en *El País Semanal* en 1993.

Actualmente colabora en el suplemento *Postdata* del periódico *Levante-EMV* y en *eldiario.es*, medios en los que realiza entrevistas y reportajes culturales y sociales.

# *Carmen Calvo versus Francisco Brines*

**Poemas de Francisco Brines  
Pinturas de Carmen Calvo**

## Versos hostiles

Llegan, con sus melenas, de otros barrios,  
su juventud azota, nunca ríen,  
viven de la mentira, y obedecen  
si sabes engañar. Sólo hay destellos  
de una presencia fría; si seducen  
sabes que en eso no hay merecimiento.

No quisiera ser nunca como ellos,  
menos aún haberlo sido. Crees  
que pueden ser mejores, cuando pierdan  
su edad tan desdichada; mas entonces  
no serán vistos. Mírales, dañan;  
no son capaces de gozar, ni sufren.

Has cogido un espejo: no te ves.  
Te miras en el cielo, y está negro.  
Te has sentido tan dentro de la noche  
que oyes tan sólo respirar tu pecho.  
Y es muy grata la ausencia de la vida.

*El otoño de las rosas (1986)*



Versos hostiles, 2003

## Balcón en sombra

*(Fragmento)*

Pudo ser un repentino brillo de los ojos,  
el casi imperceptible movimiento de una mano,  
o el dulce quiebro de la voz, advirtiéndome  
que ha llegado a los labios nuevo fuego,  
o también la sorpresa de una clara sonrisa  
que, tímida, naciera por nosotros,  
sin creerse observada.

Mas salgo ahora al balcón para mirar el campo  
debajo de la tarde agonizante,  
y es lo mismo que aquello,  
porque se ven hogueras, sin crepitar, lejanas.

Es el verano, y una música viene  
Que otros oídos escucharon,  
y en la que los descritos gestos obtuvieron respuesta  
en juveniles pechos de la corte de Médicis,  
ya para siempre muertos,  
adolescentes que sintieron por vez única  
sus corazones oprimidos,  
ya muertos para siempre  
por el puñal, la soledad o el tiempo.

Pero la vida es la que ahora llega  
en las palabras que me escribes,  
la vida ya vivida.  
Y aquel lugar, y el tiempo ya enterrado, vuelven a mí  
y el milagro sucede: los miro a la distancia, para siempre,  
no como los viviera, los miro ya con tu verdad secreta  
que a mí se refería.  
Y he salido al balcón  
y he visto las hogueras, sin crepitar, lejana,  
cubriendo todo el campo.

*Palabras a la oscuridad (1966)*



*Balcón en sombra, 2003*

## Existencia en Trafaut

(Fragmento)

Cierras los ojos para nada oír, y así rasgar la oscuridad  
que ahora has creado,  
en busca de tu tiempo o del vacío,  
tentando las palabras,  
y hallas una visión hecha de cosas muertas,  
aires que abrasan, desolados y súbitos aromas.  
Brotan una realidad que es voluntaria y ciega.  
Retornan las murallas, y ahora su sombra espesa trae otra vez  
la noche,  
y un hálito que viene de los huertos de olivos en torno a  
Tarudant,  
y, con quien vas, te besa aún los párpados:  
mira, con ojos que no son, la claridad del cielo que no existe,  
con todas las estrellas que ahora estás contemplando en tu  
niñez de Elca,  
cuánto amaste la vida,  
y sólo te perdura ese tacto de una mano en la tuya  
buscando, retornando, el encuentro nocturno con la ciudad  
que duerme dentro de las murallas.

Después de la ascensión desde el valle salvaje  
(qué seca que es la vida, y cuánto fuego entrega),  
descansas en la tarde del Tinmal,  
en la abierta mezquita destruida,  
con quien iras caer la tarde en las columnas,  
posarse las palomas en los arcos.  
¿Y cuándo llegaremos a Trafaut,  
buscando en los oasis el rumor de las aguas,  
el canto del pastor,  
las rotas mariposas del almendro en el suelo,  
las casas del ardor y del enigma,  
la dicha del estar con quien te mira a tientas?

*El otoño de las rosas (1986)*



*Existencia en Trafaut, 2003*

## Ceniza en Oxford

Os miro,  
y veo despojados vuestros jóvenes cuerpos,  
y apenas reconozco vuestras antiguas diferencias.  
Sólo algún diente de metal, porque aquellas sonrisas  
se han transformado en el horror de un bostezo profundo.  
Tampoco reconozco la distinción de vuestra raza,  
hecha de timidez y de rapiña,  
mientras mi voz os suena funeral, en la distancia breve  
que va de un esqueleto a otro esqueleto.

Porque os hablo de un muerto,  
de alguien que está alojado en la humedad perpetua,  
y no es verdad que esté más vivo que nosotros,  
como pretendo aseguraros.  
Cae ceniza detrás de las ventanas,  
muertas hojas sin savia, y el espectro del cielo  
sin color.

(Tan sólo un poderoso cadáver que soñara  
nos pudiera crear de esta manera).

*Palabras a la oscuridad (1966)*



*Ceniza en Oxford, 2003*

## Espejo en Elca

Cuánto he tardado en llegar  
al sosiego de esta casa.  
Y el espejo ahora refleja  
el instante que me extraña.

Ese extraño al que yo miro  
sólo parece que ve:  
simula al simulador  
que le mira y nada ve.

*La última costa (1995)*



*Espejo en Elca, 2003*

## La última costa

Había una barcaza, con personajes torvos,  
en la orilla dispuesta. La noche de la tierra,  
sepultada.

Y más allá aquel barco, de luces mortecinas,  
en donde se apiñaba, con fervor, aunque triste,  
un gentío enlutado.

Enfrente, aquella bruma  
cerrada bajo un cielo sin firmamento ya.  
Y una barca esperando, y otras varadas.

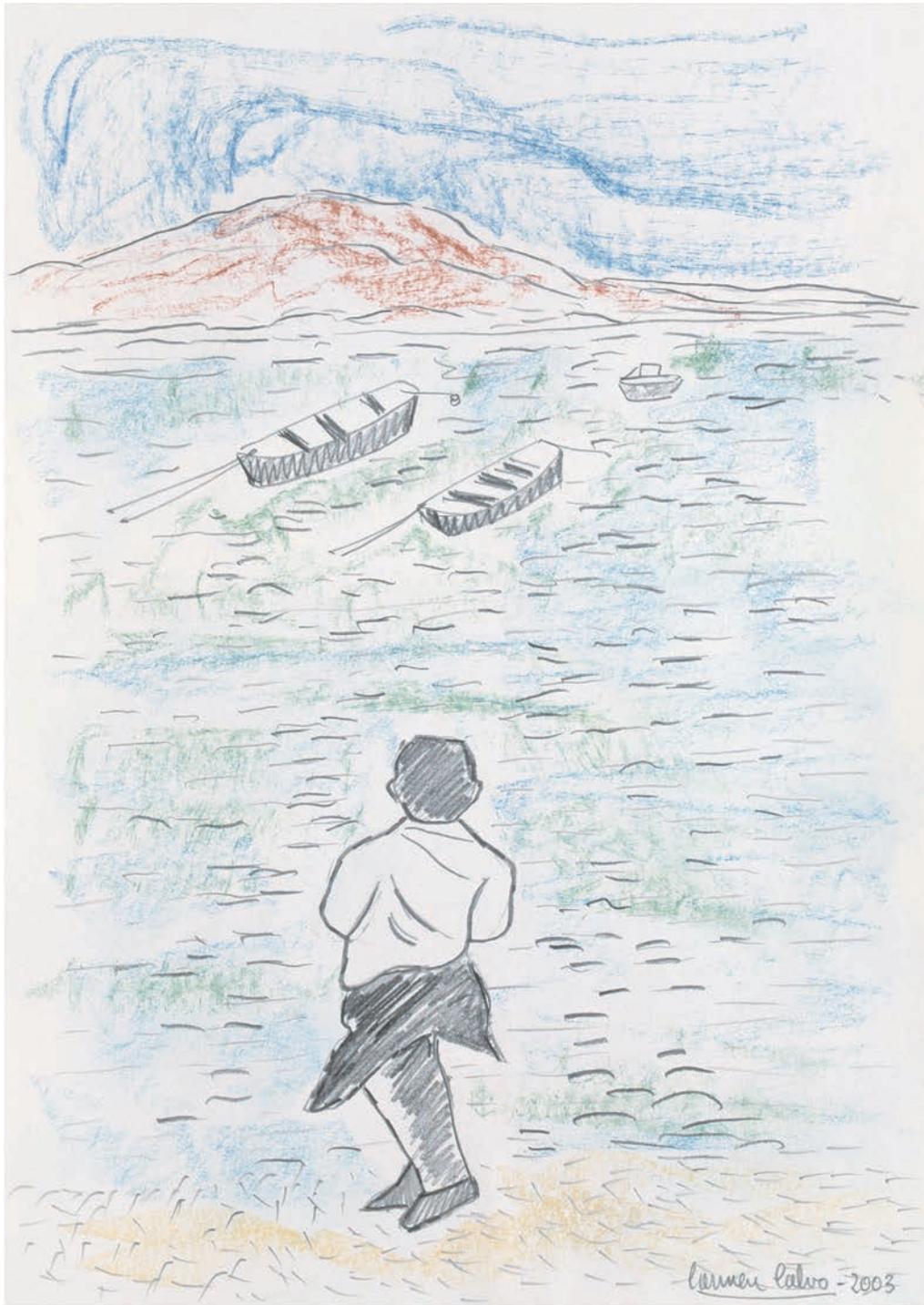
Llegábamos exhaustos, con la carne tirante, algo seca.  
Un aire inmóvil, con flecos de humedad,  
flotaba en el lugar.

Todo estaba dispuesto.

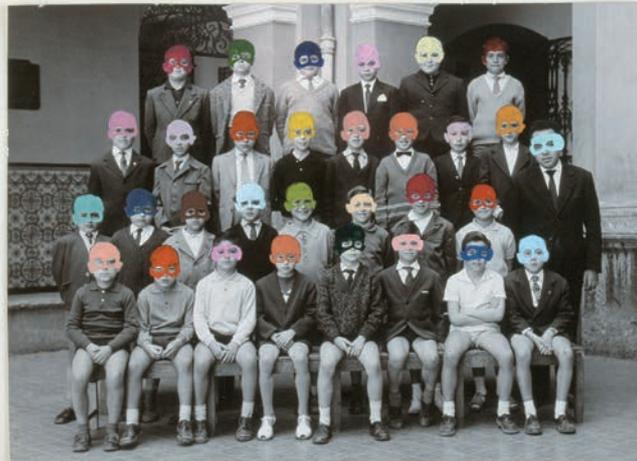
La niebla, aún más cerrada,  
exigía partir. Yo tenía los ojos velados por las lágrimas.  
Dispusimos los remos desgastados  
y como esclavos, mudos,  
empujamos aquellas aguas negras.

Mi madre me miraba, muy fija, desde el barco  
en el viaje aquel de todos a la niebla.

*La última costa* (1995)



*La última costa, 2003*



Luisa Palvo - 2003

*El santo inocente, 2003*

## El santo inocente

*(Fragmento)*

Mirad: es anónimo el niño,  
pero su cuerpo es verdadero.  
El muñeco de barro reclina en tela roja  
una cabeza de carbón,  
la posición correcta de los miembros.  
No tuvo luz su vida,  
ni una sola mirada para el mundo;  
pasó sin merecer dolor,  
pues no tuvo conciencia,  
ni encontró la alegría,  
que es el hierro más duro para el hombre  
cuando, pronto, la pierde.  
Un infante que muere no es de ninguna tierra,  
pues no respiró el mundo  
con amor o con odio.  
Por ello pudo ser este niño de un extraño país,  
traído a estas comarcas por la piedad de un rey,  
la generosa donación de un prelado.  
Hijo de esta ciudad, o de otros campos,  
el niño es inocente,  
y esta verdad es cierta.  
Su destino en la muerte, por un azar  
que es voluntad de un hombre,  
fue superior a tantos que vivieron  
todo el ciclo confuso de la vida.  
Su cuerpo, que ninguna pasión despertó en vida,  
despertaba la fe, la fuerza  
que hace al hombre sobrevivir dichoso;  
su espíritu, que no llegó a existir,  
fue suma de los dones superiores del alma:  
inocencia y pureza,  
que el hombre va perdiendo con el tiempo  
o le arrancan los hombres.

El destino del hombre es esa llama  
que, unida con las otras en la hoguera,  
no sabemos si ha muerto.  
Los despojos que vemos en la urna  
ya sin nimbo reposan,  
son los despojos de nuestra triste condición.

El hombre es esto:  
alguien que, sin amor a un niño,  
lo eleva a los altares  
para crear la fe;  
y luego, arrodillado, gime.  
El hombre es esta carne marchita y negra,  
una débil razón  
y un sentimiento frágil.  
Si existe Dios asumiré el fracaso.

*Materia narrativa inexacta* (1965)

## **Carmen Calvo**

(Valencia, 1950)

Tras estudiar Publicidad, ingresa en la Escuela de Artes y Oficios y, posteriormente, en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos. Años después viaja a Madrid y París, donde desarrolla parte de su carrera artística, hasta que en 1992 se instala de manera definitiva en Valencia. Es una de las artistas españolas conceptuales más representativas del panorama artístico actual. Su formación clásica aparece incluso en sus composiciones más vanguardistas y rompedoras. Obras arraigadas en parte en la cultura popular en las que quiere denunciar la violencia de la sociedad y reflexionar sobre los retos que supone la globalización. Sus trabajos adquieren reconocimiento internacional sobre todo a partir de 1997, cuando representa a España en la Bienal de Venecia junto a Joan Brossa. En 2003, el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía le dedica una exposición sobre su obra. En 2006 realiza la exposición Carmen Calvo versus Francisco Brines que visita Damasco, Beirut, Fez, Tetuán Tánger y Casablanca. En 2013 es galardonada con el Premio Nacional de Artes Plásticas. En 2020 recibe el Premio Internacional Julio González que otorga el IVAM de Valencia.

Más información: [www.carmencalvo.es](http://www.carmencalvo.es)

### **Relación de obra**

*Versos hostiles.* 2003.

Collage, fotografía y color 45,5 x 29,5 cm.

*Balcón en sombra.* 2003.

Dibujo, sobre papel 45,5 x 29,5 cm.

*Existencia en Trafaut.* 2003.

Dibujo y acuarela, papel 45,5 x 29,5 cm.

*Ceniza en Oxford.* 2003.

Collage, fotografía, color 45,5 x 29,5 cm.

*Espejo en Elca.* 2003.

Collage, fotografía y color. 45.5 x 29.5 cm.

*La última costa.* 2003.

Dibujo y color sobre papel. 45,5 x 29,5 cm.

*El santo inocente.* 2003.

Collage, fotografía y color. 45,5 x 29,5 cm.

Las fotografías de las obras han sido realizadas por Juan García Rosell.



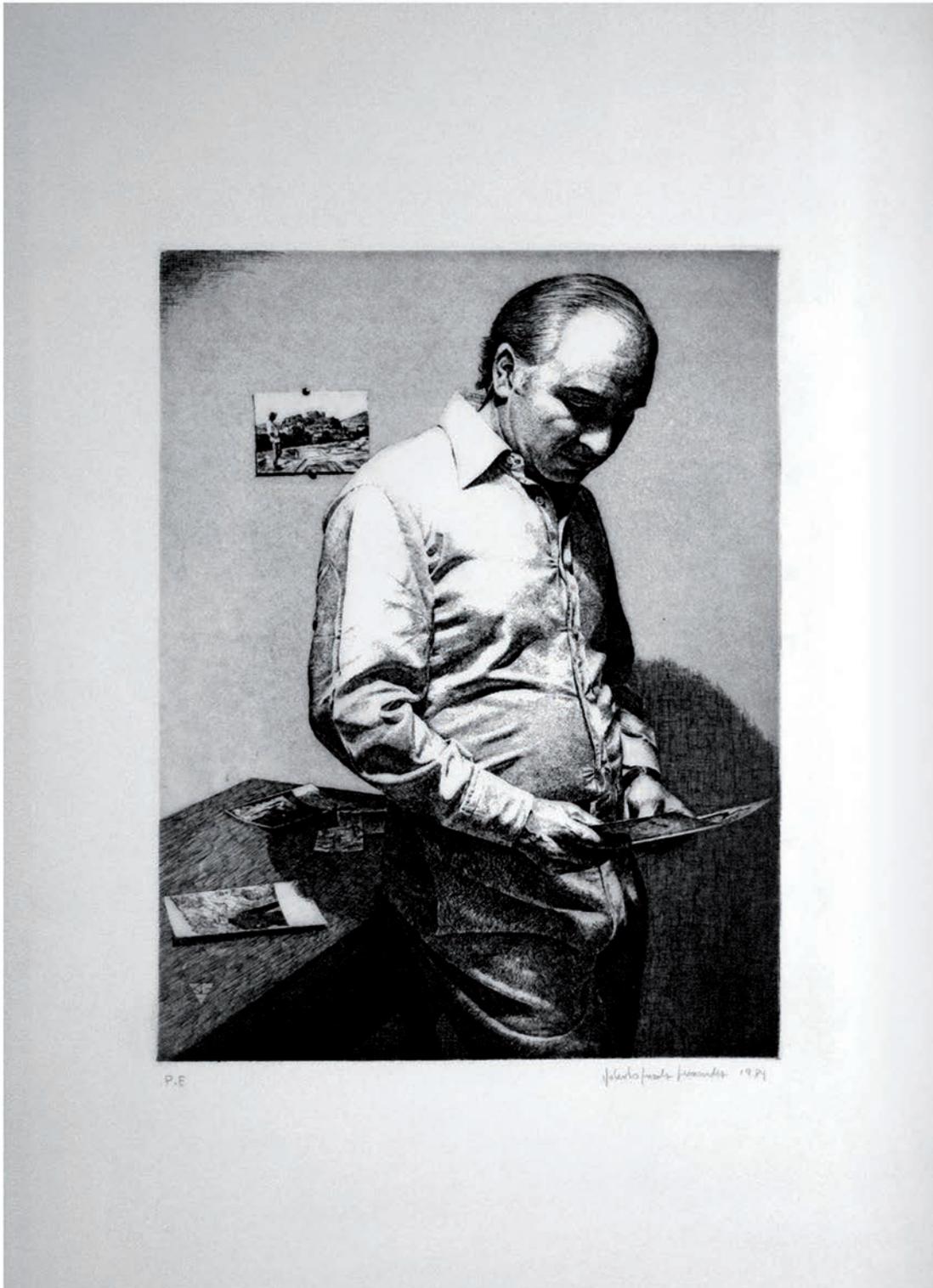
**Francisco Brines**  
**visto por...**



*Elca*, acuarela de Álvaro Marzal



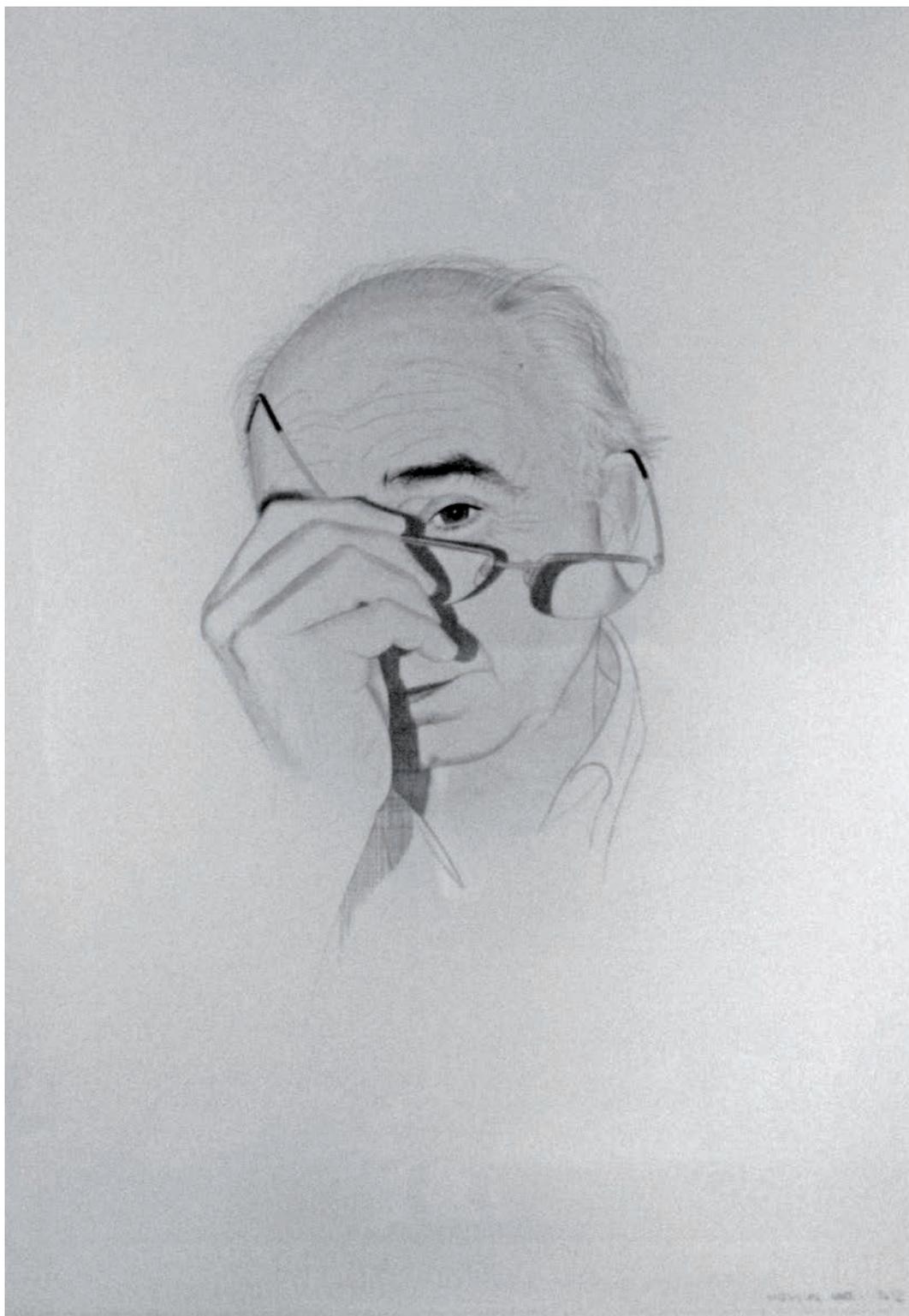
Carloandrés López de Rey



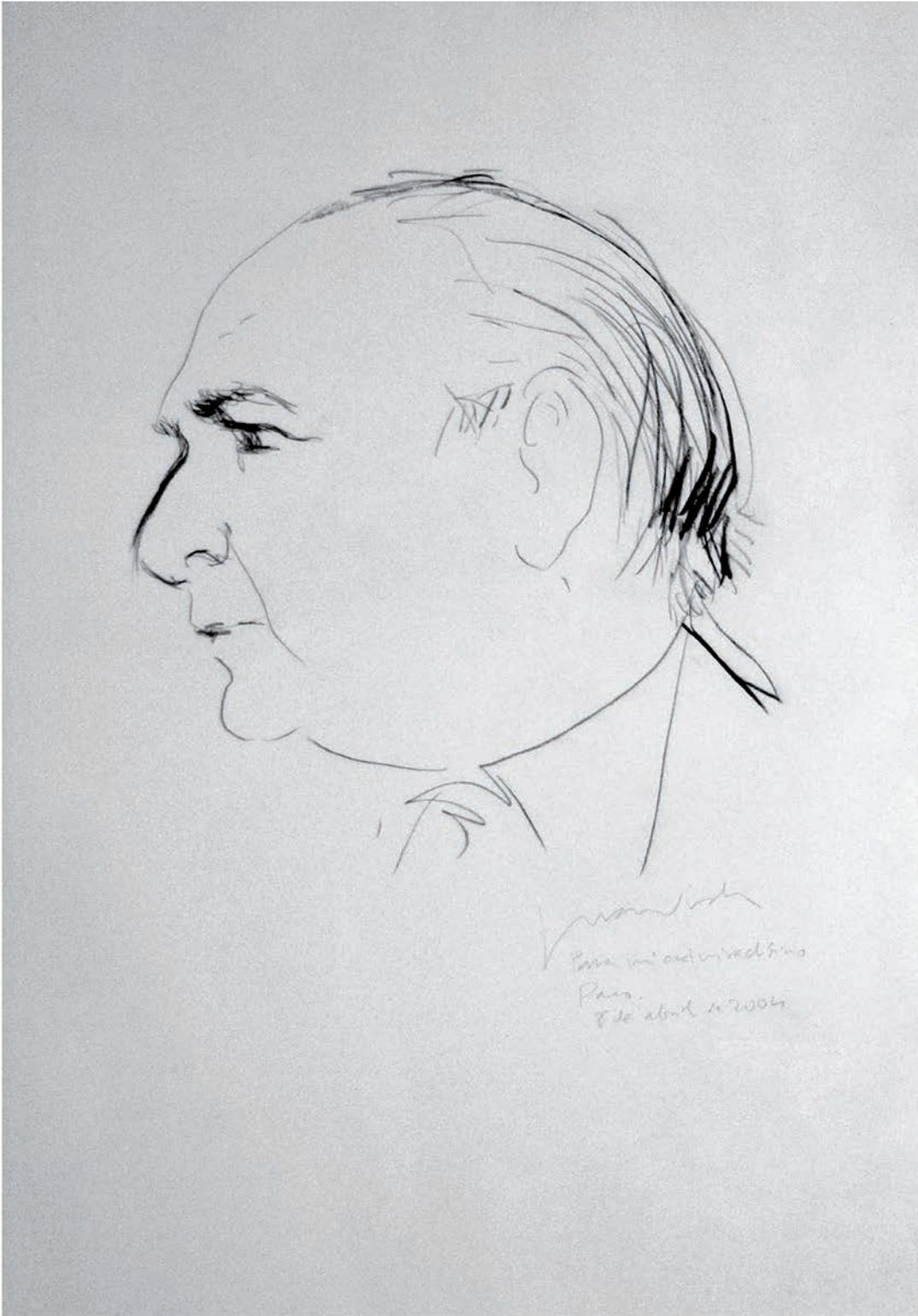
Roberto González Fernández



Joan Millet



Manuel Sáez



Juan Vida



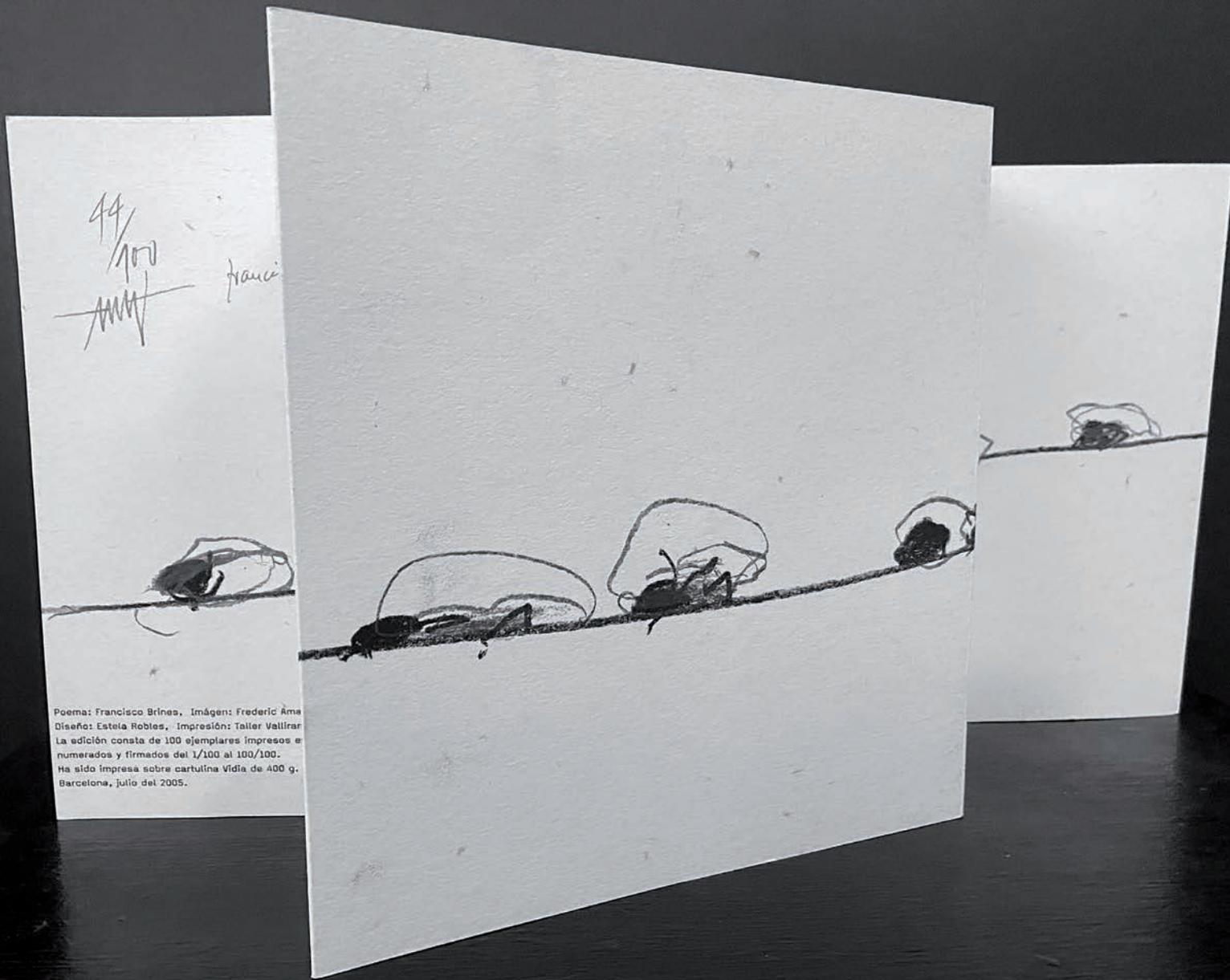
Miguel Vicens



Rafa Andrés



Vicente Vela

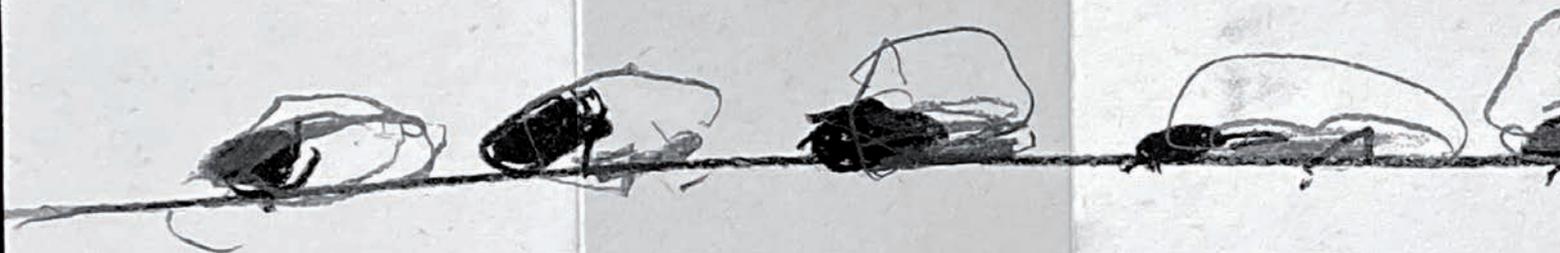


Poema: Francisco Brines, Imagen: Frederic Amat  
Diseño: Estela Robles, Impresión: Taller Vallfarrar  
La edición consta de 100 ejemplares impresos e  
numerados y firmados del 1/100 al 100/100.  
Ha sido impresa sobre cartulina Vidia de 400 g.  
Barcelona, julio del 2005.

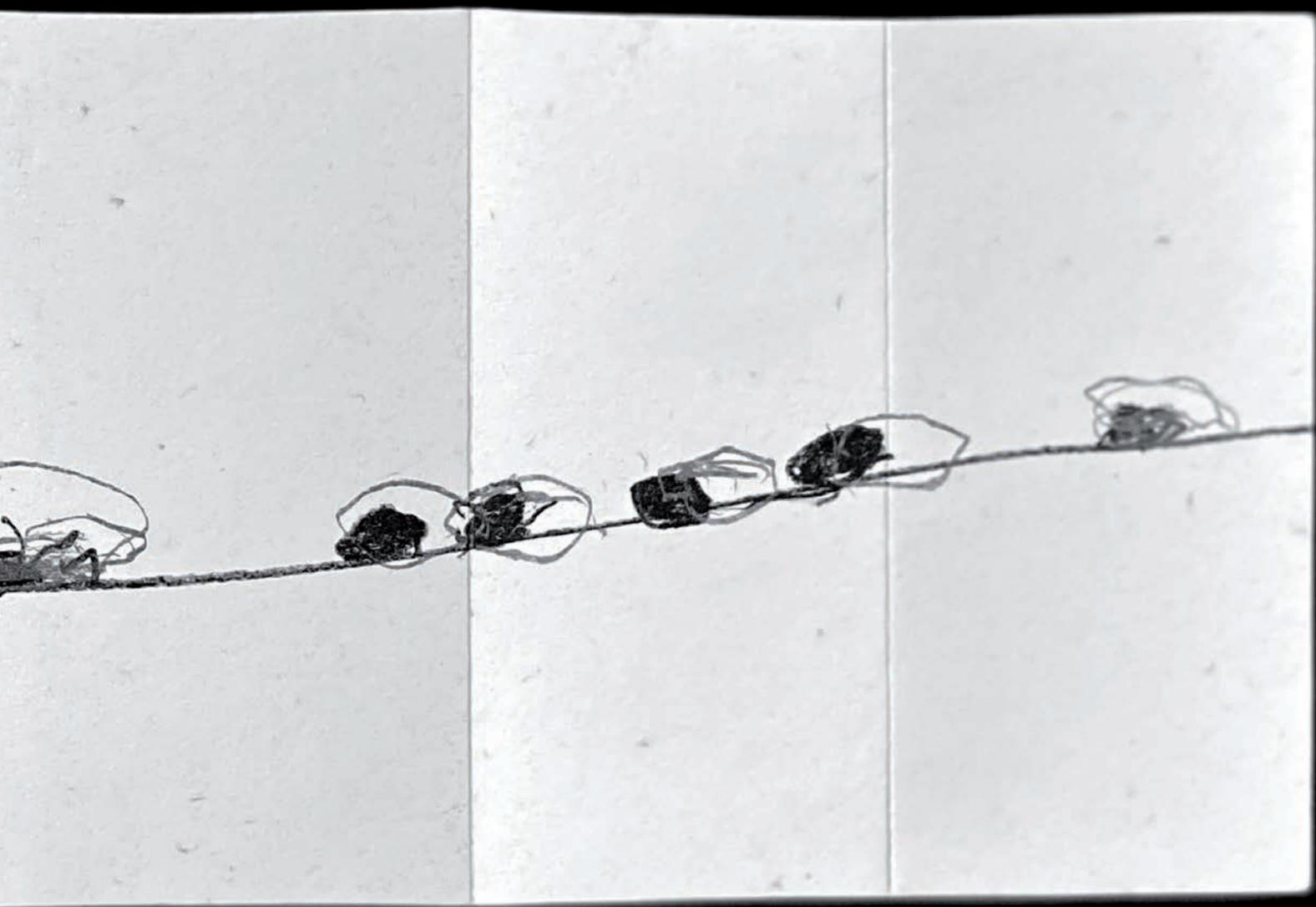
Frederic Amat

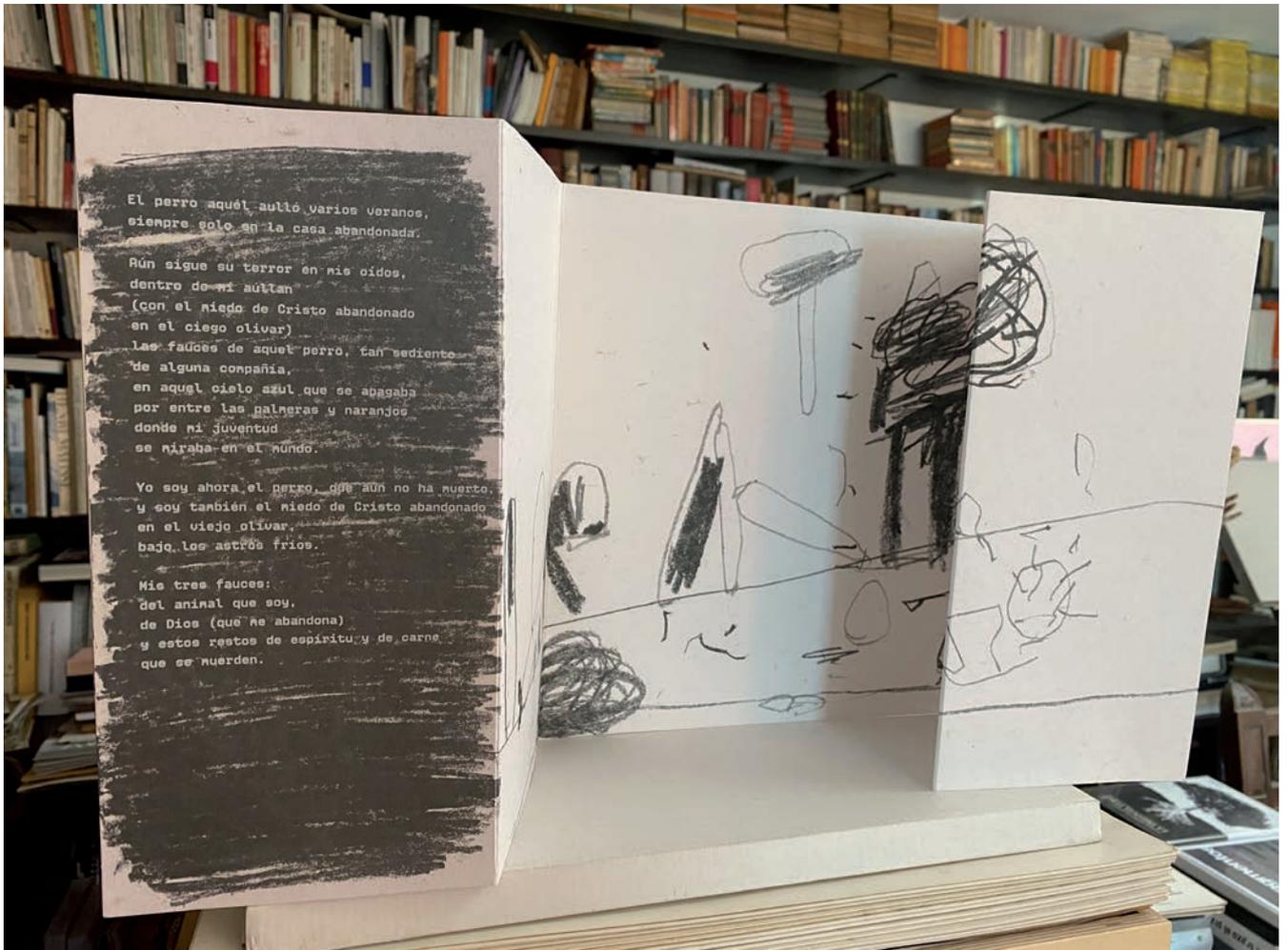
44/  
100  
~~MM~~

Francisco Brines



Poema: Francisco Brines. Imagen: Frederic Amat  
Diseño: Estela Robles. Impresión: Taller Vallirana  
La edición consta de 100 ejemplares impresos en serigrafía,  
numerados y firmados del 1/100 al 100/100.  
Ha sido impresa sobre cartulina Vidia de 400 g.  
Barcelona, Julio del 2005.





El perro aquél aulló varios veranos,  
siempre solo en la casa abandonada.

Aún sigue su terror en mis oídos,  
dentro de mi aullar  
(con el miedo de Cristo abandonado  
en el ciego olivar)  
Las fauces de aquel perro, tan sediento  
de alguna compañía,  
en aquel cielo azul que se apagaba  
por entre las palmeras y naranjos  
donde mi juventud  
se miraba en el mundo.

Yo soy ahora el perro, que aún no ha muerto,  
y soy también el miedo de Cristo abandonado  
en el viejo olivar  
bajo los astros fríos.

Mis tres fauces:  
del animal que soy,  
de Dios (que me abandona)  
y estos restos de espíritu y de carne  
que se muerden.



# Cronología

Àngels Gregori Parra



Oliva, calle de les Moreres. A la derecha la casa natal del poeta con balcones labrados en piedra

---

## Cronología\*

### Àngels Gregori Parra

Francisco Brines nace en Oliva (Valencia), en la casa de sus abuelos maternos, el 22 de enero de 1932. Por un error al renovar su carnet de identidad, el nacimiento fue datado un mes después, y así quedó, dado que la quema de archivos hizo imposible comprobar datos. Es el hijo menor de José Brines Benavent y de María Bañó Sendra; dos años lo separan de su hermano José.

Su primera memoria del pueblo es de la calle de les Moreres, donde estaba situada la casa que le vio nacer, en el casco antiguo de la localidad:

Tal recuerdo me otorga unos fabulosos orígenes, concede una profunda dimensión a mi vida infantil, me está determinando ya el primer paraíso perdido. Si aquello es una calle, no se parece a ninguna de las que el niño ha conocido; y si para él aquella calle se identifica con Oliva, el pueblo donde ha nacido, ha de ser único.

Una calle de dos niveles, separados por un muro. El nivel superior ocultaba la acequia, agua que aquí hallaría su espacio antes de ser aprovechada su fuerza por el molino harinero y el ingenio (enginy) de azúcar:

Un pueblo donde las calles se quedan en el filo inestable de un mismo borde, descienden caprichosamente verticales, y luego se ensanchan nuevamente, con apacibilidad, para allí recobrar la segunda hilera de casas, es un pueblo con fantasía. Cada hombre guarda la suya, y para mí no habrá calle con más intimidad que esa calle de les Moreres.

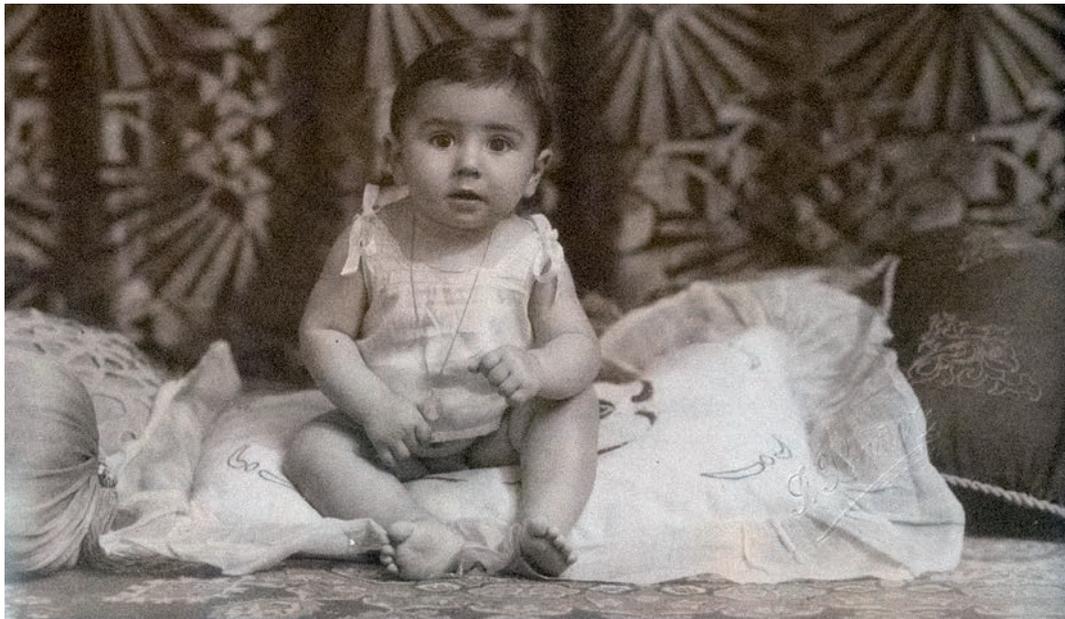
---

Esta cronología se ha realizado a partir de fragmentos de libros, entrevistas y artículos que se han ido publicando a lo largo del tiempo.



Principios de los años 30. Sus padres, José y María, el día de su boda

Su madre era de Oliva. Su padre, vecino de la localidad cercana de Simat de la Valldigna, fue un conocido comerciante dedicado a la exportación de naranjas, tarea que de joven lo había llevado a Brasil y a la Argentina. Un hombre de acción, lo definirá el poeta, al que agradecerá eternamente que, junto con su madre, apoyara desde los inicios su vocación poética: «Ese fue el gran aprendizaje que tuve en mi familia: que respetaran un mundo que desconocían. Nunca se opusieron de ninguna manera. No lo he olvidado.»



1933

Durante el período de la Guerra Civil se desplaza con su familia a Marsella, ciudad en la que se quedan hasta instalarse en San Sebastián, cuando entran que las tropas nacionales. Será en esta ciudad vasca donde cursará el parvulario.

En el año 1939 regresan a Oliva, y poco más tarde adquieren la casa de L'Elca, una gran finca rural que durante la Guerra Civil se había convertido en una colonia escolar (Flor de Mayo). En esta época Brines es internado en el Colegio de San José de los Jesuitas de Valencia, donde empieza a escribir, a los catorce años, sus primeros poemas:



1933. Con su madre

Recuerdo ahora uno de aquellos días: estoy en una pequeña habitación que da a la anchísima huerta, en la Casa de Retiro de los Jesuitas, situada en el campo valenciano de Alacuás. El espíritu se siente atormentado por unos hostiles Ejercicios Espirituales, sofocantes las oscuras meditaciones, y el muchacho está asomado a una ventana viendo cómo la naturaleza se enciende, después de una tormenta repentina y primaveral, con un sol de resurrección. Han quedado con un nuevo color aparecido las palmeras, más vivos y cercanos los estáticos rosales del paseo, y desde tanto mojado silencio está tornando poco a poco el aroma del azahar de todos los naranjos; parece que la vida fuese sólo ese debilitado olor. Cuando aquella tarde definitivamente caía, el poema estaba acabado: y ante mi asombro era en él donde yo descubriría la única realidad acontecida. El muchacho había sido el mágico creador de la tarde, y por ello la sentía como la más hermosa de su vida. No importa ahora que aquel poema fuera definitivamente malo y, con probabilidad, vergonzosamente juanramoniano; es decir, de otro. Yo carecía por entonces de una mínima voz propia. Y, sin embargo, el placer de escribir, la emoción del resultado hallado, nunca fue tan grande como en aquellos lejanísimos años.



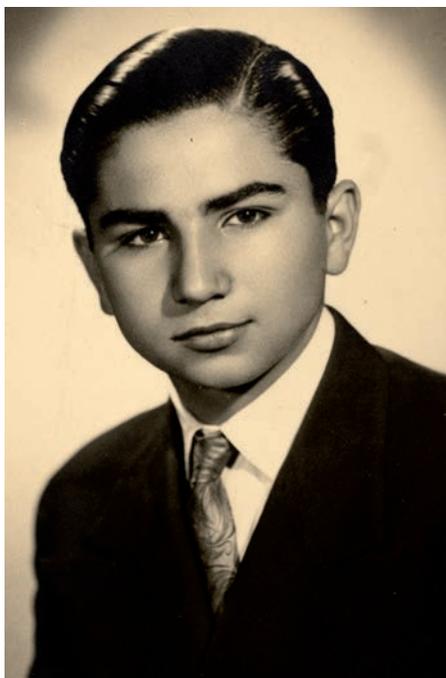
Confesaré que fue un profesor de literatura y poeta, el padre Juan Bautista Bertrán, que tuvo durante esta época en los Jesuitas, el que encauzó su encuentro con las palabras:

Ya finalizado el curso, con un ligero temblor, le di a leer, en un cuadernillo escolar, mis primeros versos. No pude entonces adivinar, espiando su mirada, cuán deplorables eran; pero sí recuerdo que escuché las primeras palabras estimulantes, los primeros generosos consejos. A partir de entonces, y para años venideros, fui incommovible Príncipe de Literatura de la clase; debió pensar, con justa razón, que ese lugar le correspondía al único aprendiz de poeta que por allí empezaba a gemir, y que muy poco estímulo iba a representar esa distinción en un futuro ingeniero naval o en algún futuro exportador de frutos de la región.

Enmudeció el ruiseñor durante un curso, y ya en el último, leído y releído Juan Ramón Jiménez a instancias suyas, mudado el plumaje, puse fatigoso cerco a su paciencia. Los poemas eran devueltos, puntualmente, con breves comentarios, escuetas calificaciones y subrayados (...) El comentario, aquel día, fue rotundo: «El prosaísmo no está superado por el hálito poético». Se me quedó grabada, con fuego, la palabra «hálito»; y puesto a encontrar difícilmente su mágico significado, y hasta que ello ocurriera, pensé que lo mejor, por de pronto, sería huir del prosaísmo. Quizá me hubiera servido de consuelo saber que ese mal era epidémico en el país, pero entonces yo no leía sino a Juan Ramón, poeta que he sabido después que era escasamente apreciado.

En esta época sus padres alquilarán un piso Valencia, en la calle Jorge Juan, donde fijarán una de sus residencias hasta sus muertes. Durante las vacaciones colegiales pasa tiempo en la casa familiar de L'Elca, el lugar en donde transcurrieron los mejores momentos de su infancia y que para el poeta ha llegado a simbolizar el espacio del mundo. Afirmará que es aquí desde donde por primera vez contempló con sosiego y temblor la vida, donde aprendió a reflexionar consigo mismo, a leer sin prisas y a escribir con tiempo:

Allí experimenté, en las pausas de las vacaciones colegiales, la complacencia y el amor de mí mismo, que era también el amor individualizado a los demás, la inquietante y turbia percepción de la inseguridad, o el re-



Hacia 1947

chazo de unos sólidos y falsos valores y, en horas amargas, el desengañado distanciamiento de mi propia persona. En ese lugar he vivido, sobre todo, el sentimiento de la pérdida del mundo.

Establecerá en este momento una intensa relación con las palabras, encontrando en la poesía la más digna de las actividades humanas para proteger la individualidad del ser. Irá descubriendo en la soledad de la escritura un íntimo encuentro consigo mismo, un método para conocerse y comprenderse. «Cuando a mis dieciocho años tuve que sacrificar unas creencias que no sólo no me servían ya, sino que me dañaban profundamente,



Promoción de los jesuitas curso 47-48. Francisco Brines en la segunda fila, el séptimo contando por la izquierda

sustituí las muy hermosas y para mí ya vacías palabras (...) la fórmula del rezo se hizo verso». El adolescente que escribía desde la inocencia y el asombro del mundo, poco a poco se irá alejando de la infancia; empezaba a conocer el mundo y, con él, la herida y el dolor. La poesía irá convirtiéndose así en una fortaleza para él.

De niño fui creyente y sé muy bien el territorio tan plácido que se pisa. Pero me di cuenta que con la creencia había una moral, y que esa moral no me hacía feliz sino infeliz. En ese entonces, lo que tenía era la vida y debía salvarla. Tuve que romper esa moral y eso significó quebrantar una fe, pero pude construir una identidad propia. El hombre tiene una necesidad de existir en la autenticidad; quizá puede equivocarse, pero es su propio error, en todo caso. Y en ese sentido no lo vive como error sino como verdad. Las creencias colectivas en mi entorno no conformaban mi persona, al revés, la torcían. Entonces había una necesidad de empezar como una especie de Robinson, a construir mi existencia. Para eso me ayudó mucho la poesía. Luego me di cuenta de que yo no era la excep-



La casa familiar de Elca, hacia 1950



1950. En Elca con familiares y amigos

ción de la regla y que la realidad estaba llena de excepciones. El hombre necesita la soledad y la compañía, y yo me sentí acompañado. Y como para la existencia no se necesitan multitudes porque más bien estorban, unos pocos me eran suficientes para pensar que valía la pena realizar la vida desde ahí, desde la intemperie. Desde la intemperie se construye la cabaña o la casa y uno se instala en ella; además, recibe a los huéspedes y convive con la felicidad o con el desastre que puede darle la vida.

En esta época el poeta sufre una de sus primeras crisis existenciales. Su relación con lo sagrado se va distanciando, mientras encuentra la verdadera luz en la palabra en toda su libertad. Así, a los veinte años recogió los poemas que fue escribiendo en esta época bajo el título de *Dios hecho viento*, resultado de diez años de escritura secreta antes de la publicación de *Las brasas*. Su primer libro, inédito aún, reflejaba la profunda crisis religiosa que el poeta vivía en ese momento.

Creo que importa notar aquí que cuando Brines habla de su vida, habla de su poesía. El relato de su vida, de sus experiencias vitales, lo que suele denotarse con la palabra «biografía» es en Brines la historia de su poesía, lo que él llama «biografía interior», la única que interesa.

Mi biografía exterior, que es la que suelo hacer pública, no creo que ayude mucho a la comprensión de mi obra poética; tal vez aporte algunos datos, pero no los más significativos. En este sentido, es una trayectoria vital paralela a otras, sin particular relevancia. La otra biografía, la interior, tan valiosa para mí, es la que ha posibilitado la expresión de mi poesía; pero ésta habrá que adivinarla en los versos, pues sólo es interesante para los demás en cuanto encarnada en ellos. Todo el resto es vida significativa para mí, y silencio para los demás.

Mi poesía es el resultado de mi persona, y mi vida es todo lo que me sucede. Estos sucesos, en densa continuidad, originan mis experiencias vitales, conscientes unas veces, inconscientes otras. La poesía parte de esta realidad existente para hallar, como ya hemos dicho, una nueva realidad, la cual no le es conocida, pero que existe en potencia, y que por eso podrá llegar a ser. El resultado final es una nueva y singular experiencia, que podemos denominar experiencia poética.



Años 50

En 1949 termina el bachillerato y poco después accederá a la universidad. Estudia Derecho en Deusto, Valencia y Salamanca, donde se licencia. Es en Salamanca, en el año 1955, donde su amigo José Olivio Jiménez le da a leer su tesis de doctorado, centrada en la poesía cubana. Y allí, por primera vez, escucha el nombre de alguien con quien establecería más tarde una profunda amistad para toda la vida: Gastón Baquero.

En 1952 el poeta se encuentra en Ronda (Málaga) haciendo el servicio militar, concretamente en el campamento de Montejaque.

rimas  
y el intento  
del poema.

El Dios estaba solo.

~~(Era un mundo en la Esencia)~~ NO

era en la pausa eterna de un Dios que se sabía.

Fue antes del espacio cuando todo era todo.

Cuando el canto y el grito luchaban en lo mudo,

Cuando no había pozos para esconder lo oscuro,

ni los mares más vastos esperaban los soles.

Cuando Dios era un ocio sin un viento a la espera,

cuando el hombre era polvo sin que polvo existiera.

~~NO (Regía la Palabra.)~~

Era el mundo sombrío de lo quieto,  
moraba su silencio.

El Dios estaba solo,  
calladamente bello.

Subía tristemente por su reino desierto,

se goraba en las cumbres creyéndolas su sueño,

era un dolor intento cual de valle sediento.

¡qué vacío demente aquel su pecho inmenso  
en la seca amenaza de aquel abismo lento!

Dios sentía cansancio - cansancio de lo eterno -  
¡ buscaba los llanos a descansar el pecho.

Sintió tierno el aliento,

¡qué congoja tan leve sentía entre los dedos!

se le nació el tiempo,

¡ al verte tan sincero

rebajó de sus cumbres un Espacio a lo lejos.



Durante el servicio militar en Ronda, 1952

A finales de los años cincuenta se matricula en Filosofía y Letras en Madrid. Por insistencia de dos compañeros suyos que en aquel momento eran visitantes regulares de la casa de Velintonia, conocerá a Vicente Aleixandre: «A pesar de la mucha admiración que sentía por su obra y la fama de su personal cordialidad, una rareza mía de carácter hacía que me resistiese a la invitación; mejor diría, a su tentación». Después de sucesivas visitas, Brines dirá que a partir de entonces ya entraría en aquella estancia con una incipiente afirmación no sólo de poeta, sino de amigo:

Cuando al final decidí ordenar los poemas del que sería mi primer libro, *Las brasas*, se lo hice llegar con una distribución provisional y le pedí consejo para la inclusión de un determinado poema. Aleixandre se quedó unos días con los textos, y los leyó despacio; seguí, con fácil convencimiento, sus indicaciones respecto a una ordenación perfectamente razonada, que fue la definitiva, y en la exclusión del poema de mis dudas, que eran extrapoéticas. Recuerdo que, por motivaciones de índole personal, me aconsejó retirar un segundo poema, que yo quise defender y él aceptó de buen grado. Siempre, en nuestros encuentros poéticos, su actuación sería la misma: salvaguardar la entera libertad del que escribe,



Años 50

no forzar nunca una decisión tomada estéticamente por el otro, y atender con admirable y razonada minucia a la resolución de las dudas que se le mostraban. Nunca daba importancia a que el consejo pudiera no seguirse; su ejemplar modestia, y el respeto que le merecían los demás, hacía que su conducta siempre se decantase con tan natural elegancia.

En 1959 gana el Premio Adonáis con *Las brasas*, una obra que escribió, como más tarde afirmará, quemándose las manos. Se inicia aquí una relación secreta de su soledad con las palabras, que lo acompañará a lo largo de toda su vida.

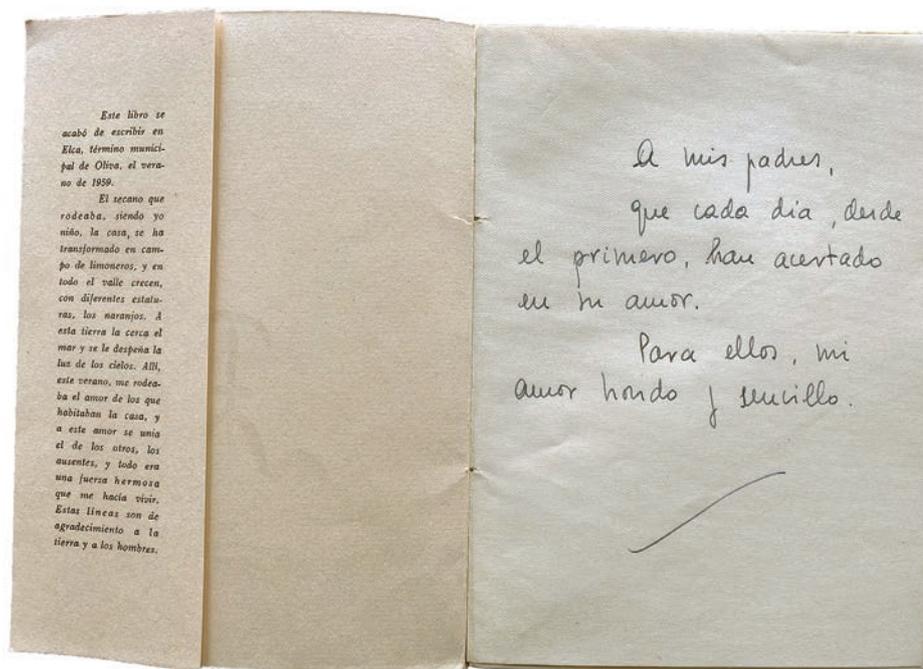
En ocasiones el poeta ha tratado de desvelar alguna porción del misterio de la vida, de arañar el enigma a cambio de hallar el apagado resplandor de una significación. Y aparecen las palabras. Y con ellas el engaño de una aparente claridad, o tan sólo una vislumbre de luz, que para la sed del hombre, y arrastrado por la emoción estética, parece en aquel momento suficiente. ¿Cómo añadir otras palabras, desde la distancia razonadora, falazmente seguras, en apariencia inapelables, para la comprensión de ese emocionado balbuceo que es la creación?

Este mismo año Gastón Baquero llegaría a Madrid, y fue el momento en el que empezarían a estrechar su amistad:

Cuando en aquél mismo año de 1959, me concedieron el premio Adonáis, vino con toda su alegría a celebrarlo y en sus manos me traía de regalo la preciosa primera edición de *Canción*, de Juan Ramón Jiménez

Habrá que cerrar la boca  
y el corazón olvidarlo.  
Dejarlo sin luz, sin aire,  
como un hombre encarcelado,  
y habrá que callarlo todo  
lo que nos pueda hacer daño.  
Cuando se caigan los muros  
tendr  su rostro afilado,  
y una dureza de piedra  
encaden ndole el canto.  
Si respira doler ,  
doler  tocar sus manos  
eternas y solitarias,  
y nadie podrá abrazarlo.  
Que se habrá quedado seco  
como un árbol rayado,  
que será una cordillera  
de espines, de pinchos bravos,  
y no habrá una sola fuente  
que corra por su barranco.  
Su corazón será un cráter  
apagado, que sin llanto,  
que sin llanto.

Mecanuscrito de un poema de *Las brasas*, 1959



Este libro se  
acabó de escribir en  
Elica, término municipal  
de Oliva, el verano  
de 1959.

El terreno que  
rodeaba, siendo yo  
niño, la casa, se ha  
transformado en campo  
de limoneros, y en  
todo el valle crecen,  
con diferentes estatu-  
ras, los matorrales. A  
esta tierra la cerca el  
mar y se le despe a la  
luz de los cielos. All ,  
este verano, me rodea-  
ba el amor de los que  
habitan la casa, y  
a este amor se unia  
el de los otros, los  
ausentes, y todo era  
una fuerza hermosa  
que me hacia vivir.  
Estas líneas son de  
agradecimiento a la  
tierra y a los hombres.

A mis padres,  
que cada día, desde  
el primero, han acertado  
en mi amor.

Para ellos, mi  
amor hondo y sencillo.

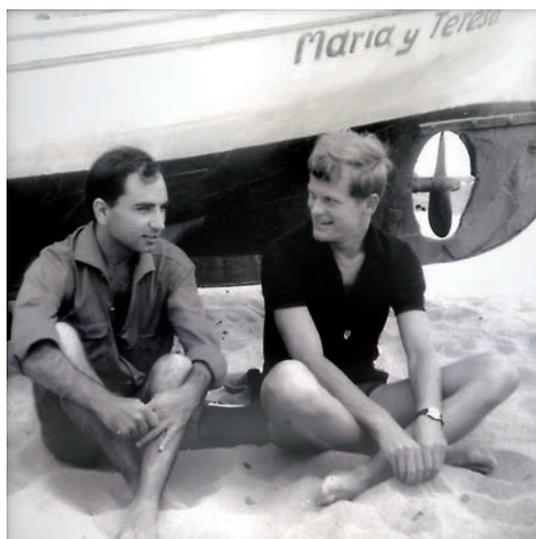
Dedicatoria a sus padres en la primera edición de *Las brasas*, 1960

(«el siempre necesario», como decía en su dedicatoria a un convencido de ello). Le pedí que me apadrinara en la lectura que de aquellos poemas, mi primer libro, haría en el Aula Poética que dirigía Rafael Montesinos. Me sentí fielmente acompañado con su amistad, y estimé como de muy buenos auspicios su presentación del libro.

Poco más tarde, después de asistir a sus clases en la Facultad, Brines iniciaría su amistad con quien sería uno de sus amigos más queridos, Carlos Bousoño, del que en numerosas ocasiones ha reconocido haber aprendido tanto humana y poéticamente: «con él he aprendido no sólo a entender la poesía, sino también la vida». Así recuerda Bousoño su primera memoria de Brines:

Cuando aún no era amigo suyo sólo le conocía de verlo, alguna vez, en el Café Teide (casi siempre aparecía enfrente de mí una figura morena, enigmática: era Francisco Brines); pero pronto se me pidió que hiciera de él una presentación en un acto público junto a otros dos poetas que entonces comenzaban: Soto Vergés y Carlos Sahagún.

*Las brasas* se publica en 1960, un año después de la concesión del premio. Aunque se trata de un primer libro y pese a no haber cumplido los treinta años, se convierte en una obra clave de la poesía española del momento. Y



Con D.K. en Castelldefels, c. 1960

es entonces cuando empieza a mantener correspondencia con algunos de sus grandes maestros, como Luis Cernuda.

Hay muchas maneras de situarse el poeta ante la poesía, y pienso que, en mi caso, mucho tiene que ver la mía con lo que ante ella experimenté en mis años adolescentes. Mis primeros poemas, a pesar de su exagerada mediocridad, me depararon una experiencia mágica. Situado el muchacho ante el papel en blanco, fluía, como un prodigio, el acontecer de las palabras. La emoción que allí se me entregaba como ajena, me pertenecía: yo era a la vez la fuente y el sediento.

Instalado ya en Madrid, vive en diversos domicilios (Alcalá, Elvira, San Bernardo, Bárbara de Braganza, Orense). Finalmente adquirirá un piso en la calle María Auxiliadora, que será su residencia fija durante cuarenta años. En la ciudad frecuentará y reforzará amistad con algunos de los que llegarán a ser sus grandes amigos, como Vicente Aleixandre, Carlos Bousoño, Claudio Rodríguez, José Hierro, Fernando Delgado o José Olivio Jiménez.

Tratará cada vez más a José Hierro, que en 1960 se traslada a la calle Fuenterrabía. El poeta dirá: «De todas las casas de Hierro, es la que más quiero, porque en ella he pasado muchos de los mejores



Con José Olivio Jiménez en Venecia. Comienzos de los años 60



Redacción de *La caña gris*. De pie, Brines y José Luis García Molina. Sentados, José Olivio Jiménez y Jacobo Muñoz

momentos de mi vida. Una de esas pocas casas en la que uno se siente muy querido, y en la que se siente agradecido a la vida porque le es tan fácil querer».

Es también en 1960 cuando conoce a Juan Gil-Albert y se anuda una amistad que, como dirá Brines, no tuvo nunca ni interrupciones ni caídas. Recuerda el poeta sus paseos por el puerto con él, en sus breves estancias

valencianas: «Volvía anocheciendo, con un mayor conocimiento y estima de su persona y de aquellas otras del exilio que tanto admirábamos en la distancia».

Entre 1963 y 1965 es lector de español en la Universidad de Oxford. Es entonces cuando estrecha más su amistad con Claudio Rodríguez, en aquel momento lector de español en Cambridge.

En 1965 sale a la luz *El santo inocente*, obra a la que posteriormente añadiría dos poemas y pasaría a denominarse *Materia narrativa inexacta*. Aunque como libro no existe, permanece incluido en su obra reunida.

No fue a partir de mi relación con Luis Cernuda, ni mucho menos con otros poetas. El trabajo poético es solitario, es ir encontrando la propia voz interior. Mi poesía narrativa tiene dos vertientes: la biográfica y la histórica. El poema que mejor resume la primera manera es «Relato superviviente», en el que la narración se va haciendo sobre algunos hechos de mi vida, rastreando en la memoria. El poema, como ocurre con el recuerdo, se presenta con inconexión, pero el resultado querrá entregarnos el



En compañía de Carlos Bousoño. Principios de los años 70



Festival Alcance 1971. Galvarino Plaza, Fernando Quiñones, Carlos Bousoño, Francisco Brines, J.M. Caballero Bonald y Félix Grande

sentido o el conocimiento de esa vida. Paradójicamente, en la poesía escrita sobre oscuros sucesos históricos, la narración fluye con mayor lógica. Así sucede en los tres poemas de *Materia narrativa inexacta*. Estos poemas me han servido para proyectar, con objetividad y distanciamiento, obsesiones poéticas y personales.

Un año más tarde se publica *Palabras a la oscuridad*, en la editorial Ínsula, y con ella llega la consagración definitiva del poeta. Esta obra le valdrá el Premio Nacional de la Crítica, y rápidamente pasará a ocupar un lugar central entre los poetas de la Generación del 50. Sin olvidar nunca la constante presencia de la naturaleza en su obra, la ciudad empieza a ocupar un mayor espacio en sus versos. Ha vivido ya en diferentes lugares, viaja y va conociendo la experiencia de llegar solo a ciudades ajenas. La estancia en Inglaterra marca, en cierto modo, un cambio respecto a su obra escrita anteriormente, que ahora da lugar a una mayor presencia de la meditación:

Se observa en mi poesía que el entorno urbano ha ido adquiriendo mayor fuerza cada vez, como corresponde a un hombre que habita en la ciudad, pero no por ello ha disminuido la importancia que siempre ha tenido en

mi obra la contemplación de la naturaleza. Hay en aquella un lugar que aparece sin interrupción, aunque pocas veces viene señalado por su nombre: Elca. Es el término del campo de Oliva, el pueblo en donde nació. Se trata de una casa, blanca y grande, situada en un ámbito celeste de purísimo azul, y rodeada de la perenne juventud de los naranjos. Domina desde una ladera, sin altivez, un ancho valle, abierto al mar, y mira la agrupada y densa sucesión de unas desnudas montañas que se hacen de plata antes de llegar al solemne Montgó. Éste, como una vieja divinidad, alarga su cuerpo en perezosa e intemporal siesta.



1987  
Congreso de Escritores de los años 50. De pie: Ángel González, Carlos Barral, J.M. Caballero Bonald. Setandos: Carlos Sahagún, Francisco Brines, José Agustín Goytisolo y Claudio Rodríguez  
(Foto: Antonio Suárez de Arcos. VEGAP)



1994. Homenaje a Bousoño en la Fundación Juan March. De izquierda a derecha: Alejandro Duque, Fernando Delgado, José Hierro, Carlos Bousoño, Francisco Brines y Claudio Rodríguez

En 1971 se publica en la editorial Llibres de Sinera (colección Ocnos) la obra *Aún no y*, en 1974, recoge por primera vez su poesía reunida escrita hasta el momento bajo el título de *Ensayo de una despedida*. En alguna ocasión dirá que el poeta sólo existe cuando escribe, y que él siempre está escribiendo un mismo libro. Una extensa elegía a la vida ensayando la inevitable despedida:

El mundo del poeta se va descubriendo a medida que la obra se realiza. Si hay temas que golpean una y otra vez, no aparecen por voluntad sino por fatalidad. Cuando tuve que reunir mis libros en un volumen, el conjunto lo titulé *Ensayo de una despedida*, buscando en él su significación esencial. Se trata, por un lado, de la despedida de la vida, concepto que se nos hace presente cuando, ya muy pronto, tomamos conciencia de nuestro destino mortal. Por otro, esta despedida es también la conciencia de las sucesivas pérdidas en que consiste el vivir.

En 1977 se publica *Insistencias en Luzbel*.

En 1981 el poeta sufre la muerte de su padre. No se cansará, a lo largo de su vida, de recordar con emoción y gratitud la actitud y la comprensión de sus padres frente a su vocación poética:

Los veranos

¡Fueron largos y atrevidos los veranos  
Estábamos desahogados junto al mar,  
y el mar aún más desahogado. Con los ojos  
en un cuerpo apuro, <sup>lojados</sup> hacíamos  
le nos dividía <sup>la</sup> <sup>memoria</sup> del mundo.

Me enseñaban la voz lucubra de luna,  
y era la vida castita y <sup>lucubra</sup> <sup>delicadamente</sup> <sup>casta</sup>  
Inquieto con el mar <sup>transcurriendo</sup>.  
El ritmo tan oscuro de los días  
era el latir del tiempo en un lugar eterno.  
- un alfiler eterno, y así nos iba el tiempo.  
De bromas lo astor en el <sup>ausencia</sup> <sup>+</sup>  
y con la luz que <sup>luz</sup> <sup>entonces</sup> <sup>reparaba</sup>,  
fueron, delirio e <sup>iniciaba</sup> el amor.

Muy poco me acuerdo que fuéramos felices  
al modo inmenso de los días.  
¡Qué extraño y breve fue la juventud!

El sentido que le he dado a la vida y a la función que la poesía ha ejercido sobre mí lo aprendí aquí, en L'Elca a través del amor que inundaba las estancias de esta casa. Concebir el poema como un instrumento ético nace de la lección de tolerancia que me dieron mis padres al aceptar mi vocación de poeta, porque las madres siempre cobijan las excentricidades de los hijos.

La poesía posee una ética que ayuda al lector a ser un mejor ciudadano porque cultiva una tolerancia personal que le hace ver pertinente lo que el poeta comunica. Un creyente, por ejemplo, puede asentir una manifestación agnóstica y un agnóstico puede emocionarse ante el misticismo de San Juan de la Cruz.

En 1986 sale a la luz *El otoño de las rosas*, una de las obras más celebradas por los lectores de Brines. En el mismo año se publica *Poemas a D.K.* y se estrena en el Festival de Teatro de Mérida la obra *Antígona*, de Salvador Espriu, traducida por el propio poeta. Un año más tarde recibe el Premio Nacional de Literatura y el Premio de las Letras Valencianas.



1994. Homenaje a Bousóño en la Fundación Juan March. José Hierro y Francisco Brines



PARADOR  
NACIONAL  
«VIA DE LA PLATA»

(Badajoz, España) — P./ Queipo de Llano, 3  
MERIDA Telg. PARAL — Telf. (924) 301540-41-42

SECRETARIA DE ESTADO DE TURISMO — Administración Turística Española

143

## ENSAYO DE CÁNTICO EN EL TEMPLO

¡Ay, ¡ qué cansado estoy  
de esta cobardía, vieja, tan falzape tierra,  
¡ cuánto gustanza de alijarme de ella,  
caminando hacia el Norte,  
donde dicen que la gente es limpia  
¡ noble, culta, rica, libre,  
muy despierta ¡ feliz!  
Si en hora, en la confesión, los templos daban  
~~En la confesión, entonces, daban la bienvenida~~  
desaprobando: "Como el pájaro que ha abandonado el nido,  
así es el hombre que deja su lugar",  
mientras que yo, bien lejos ya, me <sup>reina-</sup> turbanza  
de la ley y el antiguo taler  
de este mi <sup>querido</sup> pueblo.  
Pero no he de cumplir jamás mi sueño  
¡ aquí me quedaré, <sup>hasta el fin,</sup> ~~esperando~~ la muerte.  
Que soy también muy cobardo ¡ falzape  
¡ auso, además, en mi dolor desajunto  
a esta mi patria, ¡ mar, ¡ tierra, ¡ desajunto patria.

Inicio de cántico en el templo

76

Decid ahora: "La retama perece,  
y en todo el campo hay un rizo de amapolas".  
Con una nueva hoz comencemos la siega  
de los trigos maduros, y cepemos también las malas hierbas."  
¡Primer labio que os habéis abierto  
tras de la oscuridad, hi imploréis  
cuanto he tardado el alba,  
qué largo es esperar  
que la luz se levante en los horizontes!  
Mirad, heun venido para salvar, para matar, la palabra,  
y qué así recobréis el umbrío de las uvas,  
y que podéis cepir, por el recto camino,  
el acceso al dominio de la tierra.  
Mirad ~~allá~~ allá del lejano desierto,  
y bajamos al fondo del mar que intumescer.  
Secas cisternas se han convertido en acueductos  
que ascienden escalas de horas muy lentas.  
Decid ahora: "Nuestro esudamos  
las uvas de los huertos en la alta mar de espiga".  
Decid ahora: "No mantendremos fieles  
en el servicio, siempre, de este pueblo".

En 1988 adapta la obra *El alcalde de Zalamea*, que se estrenó en noviembre del mismo año por la Compañía Nacional de Teatro Clásico bajo la dirección de José Luis Alonso.

En 1995 se publica *La última costa*, hasta hoy, su último libro. En el mismo año edita *Escritos sobre poesía española*, una serie de trabajos que dedica a diferentes poetas de la Generación del 27 y de la del 50, de Pedro Salinas a Carlos Bousoño. Incluye aquí páginas dedicadas a Gerardo Diego, Juan Gil-Albert, Gastón Baquero, Vicent Andrés Estellés o Vicente Gaos.



Ingreso en la RAE, 21 de mayo de 2006. Acompañado por Álvaro Pombo y Antonio Fernández Alba



En 1998 la RAE lo reconoce con el Premio Fastenrath por su obra *La última costa* y, un año después, se le otorga el Premio Nacional de las Letras Españolas. Este mismo año de 1999 muere la madre del poeta, y poco después abandona el domicilio familiar en Valencia.

Aunque sigue realizando constantes viajes a Madrid, en el año 2000 se instala definitivamente en L'Elca. Así, todo empieza y termina en L'Elca, y esta voluntad de volver está presente desde su juventud: «Ya en mi primer libro, y aun antes, en algunos poemas adolescentes, surge con extraña insistencia la contemplación de mi vejez en ella». De este lugar ha dicho que es el sitio del retorno y de la felicidad, la nostalgia de la encarnación de su mejor naturaleza humana.

Ningún lugar que yo haya visitado ha recibido nunca de mí un adiós definitivo. Y siempre me he alejado con el deseo firme de retornar. Como si mi vida no estuviese emplazada. Allí donde he vivido he gozado del mundo, y si en mi mirada hubo hacia él entusiasmo y extrañeza, la experiencia me ha deportado siempre una conciencia más rica y un renovado amor a la vida.

El 19 de abril de 2001 es nombrado miembro de la Real Academia de la Lengua Española. También en este mismo año es nombrado Hijo Predilecto de Oliva y es investido Doctor Honoris Causa por la Universidad Politécnica de Valencia.

En esta etapa, con la residencia fija en Oliva, mantendrá una vinculación cercana y constante con Valencia, participando en actos y frecuentando amistad con algunos de sus grandes amigos. Es en este período que participa activamente y con regularidad de la vida diaria de su pueblo natal, involucrado cada año en la *Poefesta*, el festival de poesía de Oliva.

El 21 de mayo de 2006 toma posesión en la Real Academia de la Lengua Española, ocupando el sillón X, vacante después de la defunción de Antonio Buero Vallejo. «Unidad y cercanía personal en la poesía de Luis Cernuda» es el título del discurso en su recepción pública.

En 2007 se le concede el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Granada Federico García Lorca, convirtiéndose así en el segundo galardonado de nacionalidad española en la historia del premio. En el año 2010 se le concede

uno de los máximos reconocimientos del género: el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. Un año más tarde más tarde muere su hermano.

A principios de 2019 nace la Fundación Francisco Brines, una ilusión que el poeta perseguía desde hacía tiempo. La Fundación, con sede en L'Elca, tiene como objetivos la preservación del legado del poeta y la difusión de la poesía en general. Por deseo del poeta, la Fundación convoca unos premios literarios que llevan su nombre. Este mismo año se le otorga la Alta Distinción de la Generalitat Valenciana. Poco más tarde el Ayuntamiento de Oliva inaugurará una subse de la Fundación, con una sala que llevará el nombre del poeta, en el edificio de L'Enginy, situado en el casco antiguo de la misma población, a pocos metros de la calle que le vio nacer. El día 16 de noviembre de 2020 se le comunica, estando en L'Elca, la noticia de que acaba de ser distinguido con el Premio Cervantes, el reconocimiento más alto de las letras castellanas.



Entrega del Premio Reina Sofía, 2010



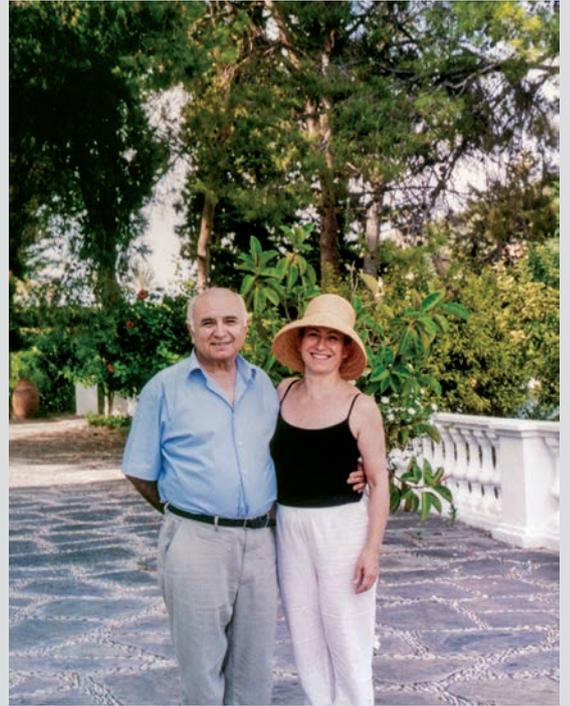
Teatro Campoamor de Oviedo, 28 de mayo de 1987, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún, Luis García Montero y Francisco Brines (Foto: Felicísimo Blanco)



A la izquierda de la mesa: Pedro García Montalvo. Isabel Verdejo. Francisco Brines y Eloy Sánchez Rosillo. Al frente de la mesa: Jose Rubio. A la derecha de la mesa: Silvia Pratdesaba, Ramón Gaya y Manuel Borrás, en un restaurante de Oliva



2010. Vicente Gallego, Brines y José María Álvarez (Foto: Carmen Mari)



Con Carmen Calvo



Con la galerista Mercedes Moreno (Charpa)



Con Àngels Gregori. Barcelona, 2016



Con su sobrina Mariona



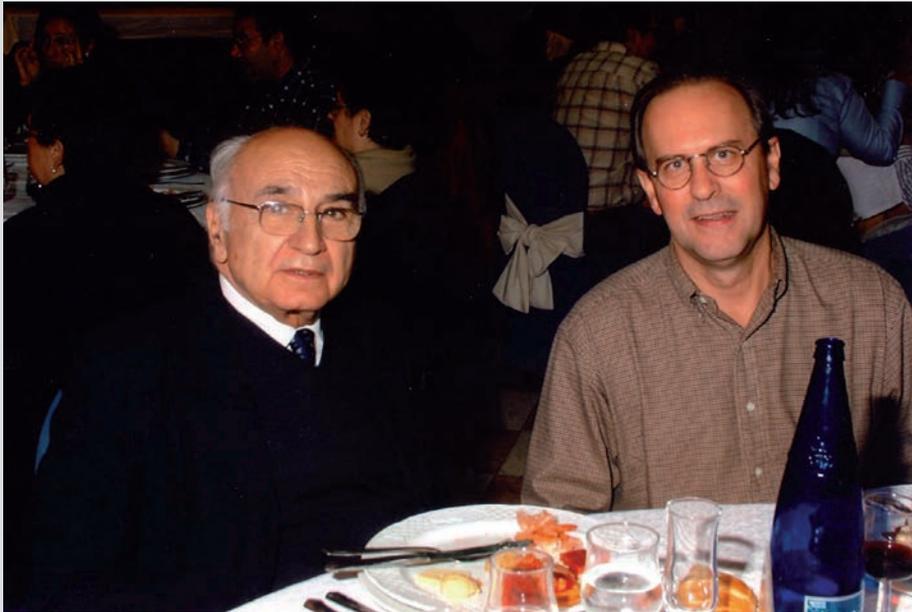
2013. *El Tast Poefesta*. Àngels Gregori, Luis García Montero, Brines y Marta Pesarrodonà (Foto: Joan Andreu)



En Elca, con Tona Català, Enric Morera, Mariela Ferri y Joan Millet



Con Luis García Montero  
y Almudena Grandes



Con Manuel Ramírez



Con Enric Sòria, verano de 2018



Con Fernando Delgado, diciembre de 2019



Con Víctor Alberca



Con Àngels Gregori. Recibiendo a los medios tras conocer la noticia del Premio Cervantes. 17 de noviembre de 2020

El valle entre el sol del estio /rosas.  
se derrumbaba entre claridades tristes y sudo-  
Habia un halito de nardo fragante  
que enardecia el aire.  
Solemnidad recogida del valle  
bajo el pinar susurrante.  
Y de lejos, llegando del oculto ramaje,  
un vals que enamoraba  
y era presagio de horas vacilantes.  
Geranios, naranjos, almendros y olivares;  
rojo, verde y plateado; el laurel,  
el camino con hierbas y los bancos ocultos,  
y a la espalda, imponente y pujante,  
la montaña arrasada y pelada.

Tarde de ayer que parece de lejos;  
Perdices de septiembre  
y cantimploras secadas,  
olores de romero y de tomillo  
aromando con su vida la garganta.

Tardes de alegres fiestas,  
mañanas domingueras campaneadas;  
reloj de sol bajo el nublado  
con su saeta mohosa y acurrucada.

Grandes cañas-largos cayados- ;  
bajo el sol que declina  
una lluvia-entre risas y voces-  
de algarrobas, como dedos de muertos  
carbonizados.

Dias de un ayer de nostalgia  
bajo elz enramado verde de la vid;  
entre hojas brillantes y claras  
la mano alcanzando el racimo mas alto.

Dias de Octubre sereno  
en la almazara; las olivas y el ramo  
y bajo el peso de la piedra grande  
el zumo deshecho dorado.

En la 1ª ed. de la Antología de Diego, junto a los fragmentos que  
del 98 y M. Machado, están los restantes de la p del 25 con las  
adiciones de M.V., Lameo, Villalón. El libro enviado a los  
lectos de la mano de dicho grupo generacional, del reparto  
salido en la revista y la administración y el anti-lujo le  
fueron. M. Villa, por, queda incluido en el grupo.

Dice P. Salinas - Literatura Española siglo XX. Segunda ed. México,  
Autopublicación Robredo, 1949, 227 pgs.

En la copistada "Una antología de la poesía española contemporánea"  
republicada a la de S. Diego en la 2ª ed. dice: "En cambio, si nos  
referimos en el período de 1915 hasta hoy, vivimos en los libros, y des-  
pués de la guerra se publica con importancia, en que abarca con los libros al uso.  
dominaron las antologías y los antologías de los libros. Entre  
los autores poetas como M.V., León Felipe, preludian los nue-  
vos apellidos y cuando, un poco más tarde, F.G.L., R.A., J.C.A.  
firmaron con un libro la existencia de una poesía de la que "Nue-  
vo" (163) es poeta de transición y a un lado de la nueva poesía -  
Fase, por lo tanto, de la p. del 25, según se ve: 1) <sup>hay</sup> la <sup>idea</sup> <sup>de</sup> <sup>la</sup> <sup>metafora</sup>, 2) <sup>actitud</sup> <sup>clarificadora</sup>, 3) <sup>distinción</sup> <sup>propia</sup> <sup>de</sup> <sup>la</sup> <sup>rela-</sup>

ción con los dos anteriores, 4) contacto con el surrealismo - M.V. creo q.  
no pasa por el 2 y el 3, debido a su espíritu alejado de la persecución.  
No sigue líneas, ni en otros <sup>tradicionalistas</sup>; un espíritu claro al  
1 y, más allá, el 4.

En realidad tanto Salinas como Guillén, ni por su edad ni por su espíritu, perte-  
necen a esta generación del 25. Utilizáramos debido a su edad, en la selección se-  
gunda, en L.F. y M.V., como poetas de transición. Pero se le ha considerado como  
que formando parte de la poesía. Resolvidos, y por lo tanto no ir contra una buena  
distinción aceptada, los incluíamos en esta sección tercera, aunque reconociendo  
al lector de las diferencias en los poetas restantes del grupo" (Com. Esp. 193)  
- Este asunto que la voluntad del grupo es muy importante  
y además el hecho cronológico; la coincidencia de sus vidas poéticas se da  
cuando el grupo la poesía, era importante q. después de la guerra el ritmo  
de los otros <sup>de la época</sup> <sup>de la poesía</sup> <sup>que</sup> <sup>se</sup> <sup>produce</sup> <sup>q.</sup> <sup>el</sup> <sup>tiempo</sup> <sup>que</sup> <sup>van</sup> <sup>ya</sup> <sup>q.</sup> <sup>por</sup> <sup>ellos</sup> <sup>Alto</sup>  
de quien se <sup>de</sup> <sup>la</sup> <sup>época</sup> <sup>de</sup> <sup>la</sup> <sup>poesía</sup> <sup>que</sup> <sup>se</sup> <sup>produce</sup> <sup>q.</sup> <sup>el</sup> <sup>tiempo</sup> <sup>que</sup> <sup>van</sup> <sup>ya</sup> <sup>q.</sup> <sup>por</sup> <sup>ellos</sup> <sup>Alto</sup>  
había también C. como común a ellos sus <sup>de</sup> <sup>las</sup> <sup>primeras</sup> <sup>acciones</sup>: de herético  
como del pensamiento poético y un estilo q. tiene como entorno el  
lenguaje escrito; luego, un mayor o menor lentitud, la mayoría de e.  
los escritores había un estilo cada vez más cercano a la poesía  
del lenguaje hablado, siendo la expresión más directa, la más <sup>una</sup>  
clara" (Id. p. 196) - Esto le da a M.V. creo que es -

LAS ROSAS DEL OTOÑO

Vives ya en la estación del tiempo rezagado:  
lo has llamado el otoño de las rosas.  
Aspíralas. El cielo está encendido.  
Y mira, al apagarse, su oscura transparencia.

LAS ROSAS DEL OTOÑO

Vives ya en la estación del tiempo rezagado:  
lo has llamado el otoño de las rosas.  
Aspíralas y enciéndete. Y bebe,  
cuando el cielo se apague, el vino de los astros.

EL OTOÑO DE LAS ROSAS

Vives ya en la estación del tiempo rezagado:  
lo has llamado el otoño de las rosas.  
Aspíralas y enciéndete. Y baje,  
cuando el cielo se apague, el gran sueño a tus ojos. <

LAS ROSAS DEL OTOÑO

Vives ya en la estación del tiempo rezagado:  
lo has llamado el otoño de las rosas.  
Aspíralas y enciéndete. Y mira,  
cuando se apague el cielo, su oscura transparencia.

EL OTOÑO DE LAS ROSAS

Vives ya en la estación del tiempo rezagado:  
lo has llamado el otoño de las rosas.  
Aspíralas y enciéndete. Y ciaga,  
cuando el cielo se apague, los ojos en los astros.

Varias versiones mecanoscritas del poema «El otoño de las rosas»

---

## Bibliografía esencial

### Obras:

- Las brasas*. Madrid: Ediciones Rialp, 1960
- El santo inocente*. Madrid: Poesía para todos, 1965
- Palabras a la oscuridad*. Madrid: Ínsula, 1966
- Aún no*. Barcelona: Llibres de Sinera, 1971
- Insistencias en Luzbel*. Madrid: Visor, 1977
- Poemas excluidos*. Sevilla: Renacimiento, 1985
- Poemas a D. K.* Sevilla: El Mágico Íntimo, 1986
- El otoño de las rosas*. Sevilla: Renacimiento, 1986
- La última costa*. Barcelona: Tusquets Editores, 1995

### Antologías y ediciones:

- Ensayo de una despedida*. (Poesía 1960-1971). Barcelona: Plaza y Janés, 1974
- Selección propia*. Madrid: Cátedra, 1984
- Todos los rostros del pasado*. (Selección y prólogo de Dionisio Cañas). Barcelona: Círculo de Lectores, 2007
- Ensayo de una despedida. Poesía completa (1960-1997)*. Barcelona: Tusquets Editores, 1997
- Yo descanso en la luz*. (Selección y prólogo de Luis García Montero). Madrid: Visor, 2010
- Para quemar la noche*. (Selección y prólogo de Francisco Bautista). Madrid: Patrimonio Nacional, 2010
- Jardín nublado*. (Edición de Juan Carlos Abril). Valencia: Pre-Textos, 2016
- Desde Elca* (Antología). Valencia: Pre-Textos, 2020

**Otras obras:**

*Escritos sobre poesía española.* Valencia: Pre-Textos, 1994

*Unidad y cercanía personal en la poesía de Luis Cernuda.* Discurso de ingreso en la Real Academia Española. Sevilla: Renacimiento, 2006

*Poesía y Collage.* Sevilla: Renacimiento, 2019

# Epistolario

Madrid 23-2-60

Queridísimos papás,

como veis ya está en  
motus el libro. Ya me diréis lo que os parece, y si conti-  
deréis acertada la edición; a mí me gusta. El primer ejem-  
plar que meudo es el vuestro, y lo llevo en sujeción. La  
dedicatoria lo dice todo; habrá que encontrar una fórmula corta  
y sin énfasis alguno para demostraros que vuestro amor ha-  
bría sabido cumplirse en mí. Me adelanto al veintinueve,  
porque todos los días cumplimos años y no hay que retrasar  
las pequeñas alegrías que los portentos conceder.

Felicité a Manueli por su  
tanto. Lo uso que lo mejor es que les entreguéis el libro  
cuando vayáis; si lo veis así lo os lo mandaré dedicado  
para ellos. Decidme que tal llega el libro, para ir enviando  
solo a los demás.

El viaje en avión os será más  
cómico que en tren; los temores son infundados, y no hay  
que esperar ninguna desgracia. Pero que si lo hacéis, repetiréis  
los viajes y os veré alguna vez por aquí. Una hora es  
muy poco tiempo ¿no os parece?

Me alegro mucho que se vi-  
ciera contento don Alvaro, y que lo pasarais bien aquella  
tarde. Cuando vaya a vacaciones heudo de ir a saludar-  
le.

La lectura del sábado tuvo  
mucho éxito, dentro de lo que estos cosas representan. El  
local, espacioso, se llenó. Nos fué presentando Carlos Bousa-

no, y yo fui el primero en leer. Cuando se terminó la lectura se abrió el coloquio y a mí, afortunadamente, me preguntaron poco. Salvador, Rosarito no podíamos estar, pues tenían un compromiso ineludible a la misma hora. Después de la lectura se ofreció unas copas de vino. El introductor estuvo muy generoso con los tres, y sólo tuvo alabanzas; hizo una comparación entre mi poesía y la prosa de Barral, admitiendo todas las diferencias (edad, diferencia de géneros, etc.). Creo que los adjetivos que propuso a mi poesía pueden ser estos: delicadera, sobriedad, limpididad, contención, etc. Me dijo, particularmente, que mi libro era uno de los que más le habían gustado de los publicados estos últimos tiempos. Estas cosas os las digo a vosotros, y por otro lado no se sabe hasta qué punto son del todo ciertas, por eso no hay que repetir las. Hay que esperar de momento, lo que difiere las críticas, porque habrá para todos los gustos.

Supongo que este corta la reunión con alegría, por el pero en que abunda. Me gusta más mirar mis ejemplares que los de la colección. Advertiréis que en la solapa del libro he cambiado la biografía por una especie de parentecio. Sé que el cambio os va a gustar mucho, que para vosotros habrá sido una sorpresa muy agradable. Al fin, al cabo, yo soy un poco como los hermanos de Elca, que cuida el popé.

Oí queere mucho, mucho,

Vas

25 de Mayo de 1.955

Querido amigo Paco: Me figuro que estarás enfadado (siempre igual) porque en tu carta me promías que te contestaría enseguida, y ¡aja! ves chico! No puede ser. Por más que quiero, se pasan los días, que es un contento.

Me figuro que igual que recibiste el telegrama de Figueras, recibirías el de mi segunda actuación aquí. Para que veas que aún me acuerdo de los amigos. Puedes figurarte lo contento, mejor dicho satisfecho, que estoy con mis tres primeras actuaciones, pero esto de los toros está tan embrollado, que es de miedo. Por lo pronto aquí, mientras torca "Chamaco", no hay nada que hacer, y no quieras saber, el revuelo que hay formado entre los aficionados barceloneses, pues no les cabe a nadie, que un torero que ha salido dos actuaciones a hombros, estén tanto día sin repetirlo. Porque ya lo sabes "Chamaco", "Chamaco" y "Chamaco". Pero bueno no hay que preocuparse. Espero que muy pronto, volveré a torrear en ésta. Y además todo esto, por una parte me favorece, pues la gente discute, y así es

como puede crearse un ambiente. ¿No te parece?

Ahora otra cosa, que aunque me figuro que te alegrarás, por otra parte, te sabré mal. Es que (no si si ya estarás contento) el próximo sábado día 28, torca en Valencia, con el siguiente cartel: 16 novillos-toros del Vizconde de Garcí Grande, para Josi M. Clavel, "El Curia" y Chano Rodríguez. ¿Quié dices de esto? Si no me ves en esta ocasión, no te preocupes, pues si Dios quiere habrá suerte of este verano, me figuro que algún día bajarás de Oliva, para ver a los amigos. ¿No es así?

Referente a la fotografía, como no recuerdo perfectamente la que te gustaba, te mandé una, de estas corridas últimas, mejor dicho, es de la faena que realicé al segundo Tello Romero, el día 1. No sé si te gustará más o menos, que la que tú me dices. Si no he acertado, lo siento, y te pido, me digas más concretamente la que te gustaba, para ver si puedo mandártela. ¡Ah, y no me saques muchas faltas!

Bueno chico, me parece que por hoy, esto se acaba. Espero tu respuesta, Dale un abrazo a Mariano y Fernando, y muchos recuerdos a los del hotel, en especial a María. En tu "El Bienes", no te digo nada, recibe un abrazo de tu amigo Josi M.



Miraflores de la Sierra (Madrid)  
20 julio 1962

Querido Paco: No es mala ocasión una carta que he tenido de Pepe Valente, hace ya días, por escrito. El verano come, el tiempo vuela y tú en tu Valencia actual lo sentirás pasar más que dorado fugitivo, si es que el tiempo se siente cuando el estilo es idéntico... y reparador.

Nuestro amigo Valente sigue entusiasmado con la idea de vuestra revista. Yo le conté algo de lo que había y él hombre persiste tanto que está dispuesto a venir a otro si para entonces os habéis reunido y la revista se confirma y organiza. No desante las personas, vale las que os pondrían réplicas

mente de acuerdo. A través de lo  
que él me dice veo que a Nora lo  
propicia, primero por su indepen-  
dencia y luego por su especialización  
en crítica de narrativa: escritor en  
prosa autorizado. Yo veo que definiti-  
vamente ~~o~~ puede ser útil, si  
se le viene propio a escribir con  
cierta continuidad, en prosa (aparte  
sus versos). Dice Valente: Yo no he  
propuesto a Nora ni a Aquilino  
por abeto, sino porque los veo útiles  
como escritores en prosa. Cero que  
tiene razón, aunque él no hace  
un copie' en nombres. Si a los pri-  
mitivos nombres (Tú, Carlos, B. Claudio,  
Pepe Valente, Carlos S. etc.) se añaden  
Nora y Aquilino queda un equipo  
cavetrigado, en su variedad, eficaz y útil.  
Dice Valente que no se puede emprender  
la revista si no hay dos personas  
que estén dispuestas a ocuparse activa-

mente de ella, con plena veracidad y <sup>(2)</sup>  
disposición práctica. "Para esto, dice  
él, no servimos ni yo ni Claudio  
ni Carlos..." Yo añado: ni tú,  
Paco, ni Jomis, en su caso y en la Bar-  
celona... ¿fueron cubanos? "Sí, no  
se cuenta con esas dos personas, aún  
de Pepe, es inútil empezar la revista,  
que no pasaría de un número o  
dos". Tiene razón. Una persona puede  
ser Jacobo, desde luego. Aquí (en Madrid)  
cuando le vi últimamente, se muestra  
muy contento de que contase con él.  
Pero ¿cuál es la otra persona activa,  
perseverante? He aquí la frase in-  
cognita. Si Pepe estuviera en Madrid,  
aunque él lo niegue, esa persona es  
el ~~que~~ podría ser él. Pero en fin...  
¿serviría? ¿Cualitativo? Valiente se alegró de recibir noticias.  
Date cuenta que te escribió (o escribió)  
una carta <sup>con</sup> doble, y no lea las  
dedos ni una palabra, ni aunado recibí

ni respondido a su afán. ¡Nada!  
Y lo mismo ha pasado con Carlos  
a quien <sup>veo</sup> también escribí, aunque  
remitiéndole a la carta tuya. La  
realidad no ~~es~~ <sup>recuerdo</sup> si a Carlos le escribí,  
pero Pepe dice que ni tú ni Carlos  
le habéis dicho nada. Ay, ay, ay.

No te digo que le escribas porque  
el verano no es época para meterte  
en actividades. Valiente un fin de  
ute mes mandarte a parar afuera  
en Vigo con sus padres (su padre sabes  
se halla aparentemente enfermo). Yo he  
escrito a Claudio a ver si al paso  
por Zamora se ~~ve~~ reunen.

Quisiera tú, con Jacobo, hayáis  
ido a Alicante a estar con los  
Carlitos. Pero, no sé por qué, lo  
dudo. Valencia o la playa, quizás  
campo, te apueen quietud, y

en un cierto modo su dile- (3)  
ma, en su doble reducción. El  
causo, su soledad, en parte en-  
uentra a fruto, y allí incluso  
la pluma y el poema. La ciudad,  
su atractivo movimiento, y de  
il el hallazgo feliz, el instante co-  
ronador, en que tú eres tan sabio.

Todo es bueno y todo vale y  
para todo hay tiempo. A cada  
hora su afin. Fue los dioses  
te colmen y te traigas para acá  
bellos recuerdos y más bellos que-  
ras. y nosotros que lo recordamos.

Supongo no faltará mundo  
para que salgas rumbo a Italia  
y su apice: Sicilia. Te veo  
en Taormina, bajo mi sol  
benigno, entre sus ruinas maravillo-  
sas y cuerpos atimulados. Allí

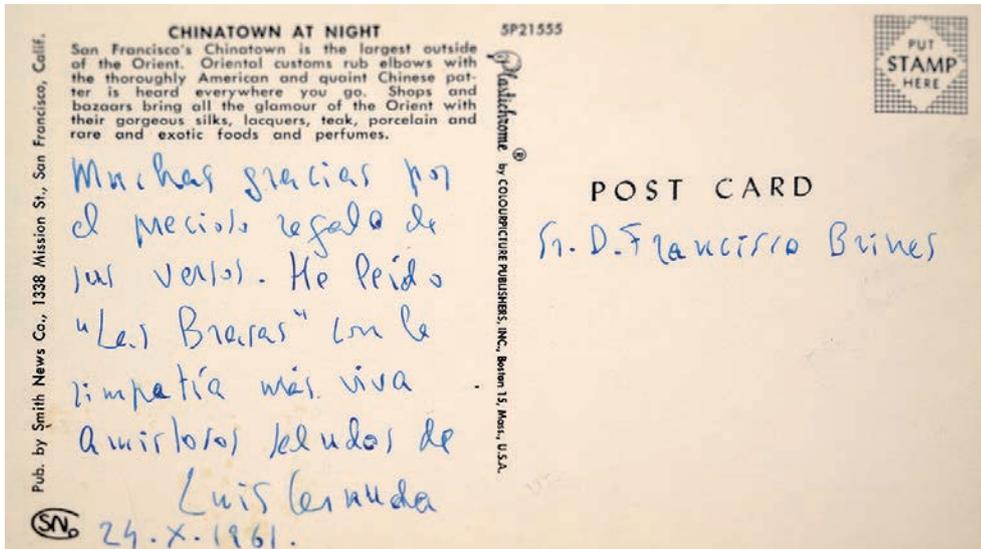
vivirás una plenitud.

Dos días antes de venir  
para acá ~~entregue~~ firmé el con-  
trato para la edición de "El  
un vasto dominio" en la Revista  
de Occidente, y ~~est~~ entregué el  
original. Espero empezar a ver  
pruebas aquí.

Tengo aquí a mi vieja amiga  
En. Paseo con ella y no pasan  
juveniles vicissitudes, muchachas que  
serían tu encanto. Es una  
pena que el tiempo pase para  
todos.

Adios, Paco. Un fuerte  
abrazo de Vicente

Si vas a Jacobo, dale recuerdos.  
Supongo que ya en el mundo tu  
nuevo sobrino o sobrina. ~~padre~~ y tú ya  
queriéndole, aunque no tanto como al di-  
mitín anterior, todavía.



Postal de Luis Cernuda, 1961

Spanish Department  
UCLA  
Los Angeles 24, Calif.

Enero 10, 1963

Querido Francisco Brines:

Hace algunos días que recibí su separata del número de "La Caña Gris", conteniendo el trabajo tan generoso, inteligente y amistoso que dedica a la tercera edición de "La R. y el D." Ya lo conocía, por lectura del número de la revista, que recibí poco antes de Navidad. Se lo agradezco en extremo, porque no es cosa acostumbrada para mí verme tratado con tanta simpatía y entendimiento. Para corresponder a él, le envié, el 5 de este mes, por certificado ordinario, ejemplar de "Desolación de la Quimera", colección de versos que apareció en México a fines de noviembre. Naturalmente, al decir que "para corresponder" no quiero decir sino que en gesto amistoso y agradecido. Porque las palabras amistosas y elogiosas de su trabajo no tienen correspondencia material en nada que pueda decirle o hacer.

No estoy seguro de leer correctamente su dirección en el sobre donde envía la separata. En todo caso, tanto esta carta como el paquete con el librito lleven ambos mi nombre y dirección, para devolución en caso de que no haya leído bien la suya ~~en~~ en Madrid. ¿Está ahí estudiando? Perdone mi pregunta, pero me figura que acaso sea compañero de estudios de Jacobo Muñoz. Recuerdo que el otoño pasado me envió Muñoz, de parte de usted, ejemplar de "Las Brasas", y le puse unas pocas líneas agradeciéndole el libro y la lectura del mismo, que me interesó y gustó no poco. ¿Ha escrito más? Supongo que sí, claro; y si tiene tiempo y ganas, no deje de hablarme alguna vez sobre usted, su vida y su trabajo.

Hasta pronto, porque espero recibir algunas líneas de usted ocasionalmente. Su amigo agradecido

Luis Cernuda

algunos de unos 1.200 a 1500 libras anuales  
(sumas devaluaciones).

Pineira 5 mayo 1963

Pr. D. Francisco Brines  
Madrid

Querido Brines,

Me alegró saber por Vicente que te interesaba el puesto de Oxford. El puesto está mejor retribuido que otros de esa naturaleza y tiene además una categoría académica, ya que me te ocupa en calidad de "lecturer" y no de "lector". Es decir, en el tiempo en que estés allí tienes igual categoría académica que los otros miembros del departamento.

Cuando recibí carta de Vicente me indicó que me la cosa te interesa en un nivel, u o sea te candidaturas a Russell, me es el catedrático de allí. Me ha contestado ahora diciendo que está dispuesto a llevar

Carta de José Ángel Valente, 1963

adelante tu nombramiento. Para esto te necesitamos (1) una carta tuya, dirigida a él, en la que le indiques que presentas oficialmente tu candidatura para la vacante de lecturer en el Departamento de Etanol. (2) un breve curriculum vitae en el que enumeres tus títulos universitarios y publicaciones y (3) una carta, dirigida también a Russell, de una autoridad académica española en la que te presente y avale. Esta carta podrá escribirla Da'maso o Vicente mismo.

Todo esto háblame que hacerlo con rapidez, porque Russell se va en el verano a los Estados Unidos y tiene interés en dejar arregladas las cosas en el mes de junio. La dirección es:

Professor P.E. Russell.

23 Belsyre Court

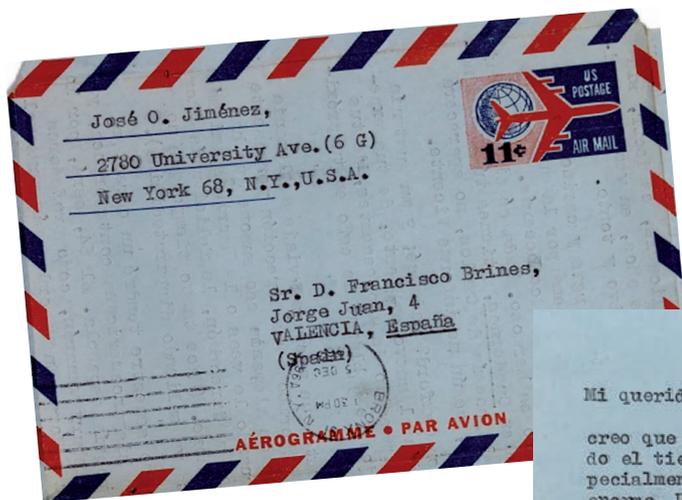
Woodstock Road.

Oxford.

Te escribo a través de Vicente porque no tengo tus letras. Ponme unas líneas.

Alvaro

Jose Ángel Vicente



15 de diciembre de 1963.

Mi querido Paco:

Hoy soy yo quien debe presentar excusas. Pero no creo que sea necesario. La razón única, que es bastante, ha sido el tiempo, que bien sabes tú cómo se va entre las manos; especialmente este semestre, que ha sido para mí de un trabajo enorme. Un trabajo agradable, es cierto, pero a a veces agobiante y casi invencible. En fin, sé que me comprenderás...

La misma rutina del trabajo me tiene casi vacío de noticias o cosas concretas. ¿Qué decirte de la muerte de Cermuda, que no sea caer en el tópico? Lo supe casi de casualidad, como algo dicho al paso por Casaldueiro, en una conversación general, y no sabes cuánto me impresionó. Creo que me enfermé, pues pasé dos días de fiebre muy alta e inexplicable, es decir, sin aparente causa física. Parece que con los años, en vez de adquirir tu sabiduría me vuelvo más hiperactivo y tonto.

Tuve cartas recientes, largas y cariñosas, de Vicente y de Ricardo. Este me envía su poema por la muerte de Cermuda, muy emocionado, y que supongo ya conocerás. Me gusta menos que los de su libro, pero es hermoso. Nada sé si el trabajo sobre Hierro ha salido al fin en Cuadernos, ¿tienes tú alguna noticia? El de La Torre, sobre la poesía de Carlos, no aparecerá hasta la segunda mitad de 1964, según me informe Vicente.

¿Cómo te va en Oxford? Nada sé; y mu gustaría que me contaras de tu adaptación al nuevo ambiente, de tus experiencias como profesor y como maestro de adolescentes, de tus reacciones. Por favor, no dejes de hablarme de esto en tu próxima carta.

Me dice Vicente que preparas viaje a Alemania y te vas ahí a Valencia. Por eso te escribo a tu dirección permanente de esta ciudad. En cuanto a lo de Alemania eso supone que has visto a Diddy. Dale siempre cuando le veas o le escribas, mi más afectuosos saludos. Si tuviere su dirección, le felicitaría ahora por Navidad. Hazlo tú en mi nombre. (Hace tanto tiempo que no escribo a máquina que esta carta va saliendo disparatadísima).

Para el próximo semestre tendré un curso, en la Escuela Graduada, de poesía hispanoamericana contemporánea; y en el verano, en Middlebury, de poesía española. El 64, será, por lo visto, un año poético. A Middlebury vendrán, como profesores invitados, Zamora Vicente y su señora. En el orden más personal te diré que para el 18 espero a Elías, el griego. Trabaja ahora en un barco que hace viajes traspalánticos, y ésta será su primera visita a N.Y. Volverá el día 25, y tendrá aquí varios días libres. Para el 20 vendrá Lamber, que pasará conmigo las Fiestas. Estas alegrías parece que las trae el 63, casi a su final, para compensar otras tristezas con que antes me obsequió. Y nada más, Paco, lo que pudieré contarte creo que tendré poco interés para ti. Da un saludo muy afectuoso por todos los tuyos. Y para ti el cariño más firme, y un fuerte, fuerte abrazo de

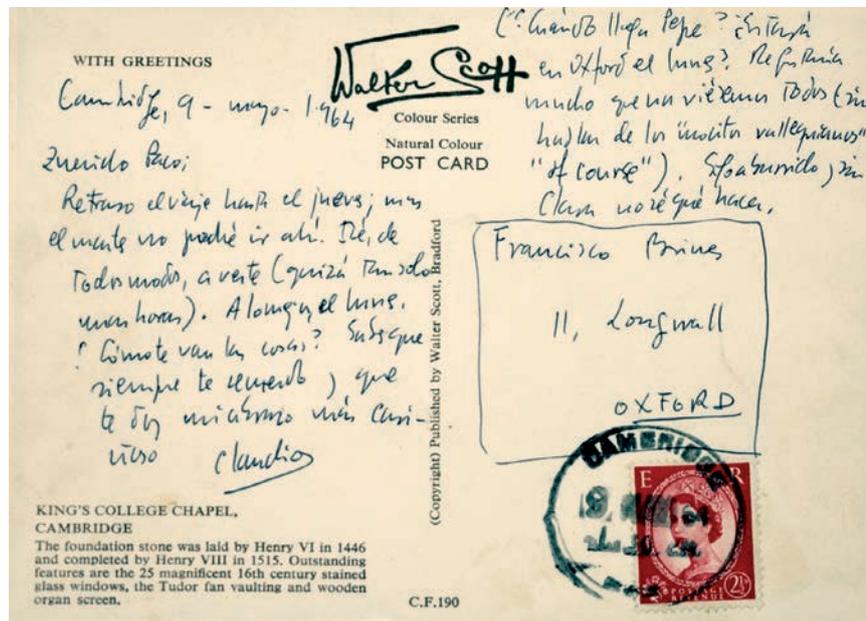
José Olivio

Muchos felicitados para el 64

Si tienes oportunidad comprame y envíame por avión la Antología de Taurus de poesía Joven (Claudio, Carlos, Valente, etc...), te lo agradecería en el alma. La vi anunciada en Instagram, loco por verla.

FOLD SIDES OVER AND THEN FOLD BOTTOM UP  
MOISTEN FLAP WELL AND APPLY PRESSURE TO SEAL

Carta de José Olivio Jiménez, 1963



Postal de Claudio Rodríguez, 1964

Palencia - 13 de Abril - de 1967

Querido Paco: Puedes imaginarte lo alegre que nos causó tu premio. No entramos ayer por carta de mi madre, que nos envió el cuento del periódico. Tu libro ya se ha comprado, al poco tiempo de salir.

Nuestra seguridad en tu valor se ha comprobado. ¡Efectivamente, ha aumentado la nuestra propia, porque percibimos el acierto de nuestro criterio al valorarte.

La obra es independiente de cualquier premio. Pero es una alegría vital recibir de tu parte por la sociedad.

Yo he comenzado a escribir un novelo, avanzándole al personaje central. Se he basado en tu libro a menudo, pero el personaje está nutrido de la propia experiencia de mi vida, que, como único contenido, en el decir tiene, ~~me~~ intento denunciar en compañía y en efecto en los demás: en sus desheredados de lo común que él tiene: conciencia de la propia personalidad. "Escucha oírte" por el discurso vital que me hizo ver el personaje.

Pienso escribir de un viaje y de parte en vivo una temporada. Durante este tiempo leeré los novelos más importantes estudiando la técnica y el lenguaje, he po

Carta de Vicent Pujol, 1967

voluntad a ello - ya escrito - para enrique-  
cerle y darle la arquitectura y el estilo  
dibujados. Estoy animadísimo. Puede  
quedar verdaderamente interesante.

Recienos muchos años de que  
hechos por aquí unos días. Franco-  
mente te agradeceré.

Atte. Melchor  
Uruy

El premio me ha dado una alegría  
inmensa. Los gustos me los verte.

Besos

Toni.

IV CERTAMEN INTERNACIONAL  
C. I. D. A. L. C.  
DE LA MUSICA Y LA DANZA  
VALENCIA DEL 23 AL 30 DE ENERO



IV CERTAMEN INTER  
C. I. D. A. L. C.  
DE LA MUSICA Y LA DANZA  
VALENCIA DEL 23 AL 30 DE ENERO

c/ Bárbara de Braganza, 14-

MADRID

Nueva York 14 de septiembre de 1988

Querido Paco:

Te envío mi selección de poemas para tu antología, que no tiene que ver con una selección de tus ~~xxxxx~~ poemas más representativos, sino con los que corresponden a la idea general de una "autobiografía" tuya. Lo escrito a mano junto a los títulos no iría en el índice, sino que aparecerían todos los textos como una continuidad "biográfica". Ya ves que el orden que te propongo no tiene nada que ver con la aparición de tus libros, sino con la "construcción" de un personaje tal y como aparece en tus textos.

Como la división por temas es casi imposible, lo ideal es dejar que fluyan los poemas desde los más próximos a la temática de la inocencia hasta los que se acercan a la nada. De todos modos, tú eres el que tienes la última palabra para la selección. Yo me baso en los poemas aquí seleccionados para escribir mi ensayo que, en definitiva, tendrá que ver con cómo a través de tu obra se pueden percibir las edades de un personaje central que ~~fluctúa~~<sup>oscila</sup> entre lo autobiográfico individualizado y lo metafísico universal.

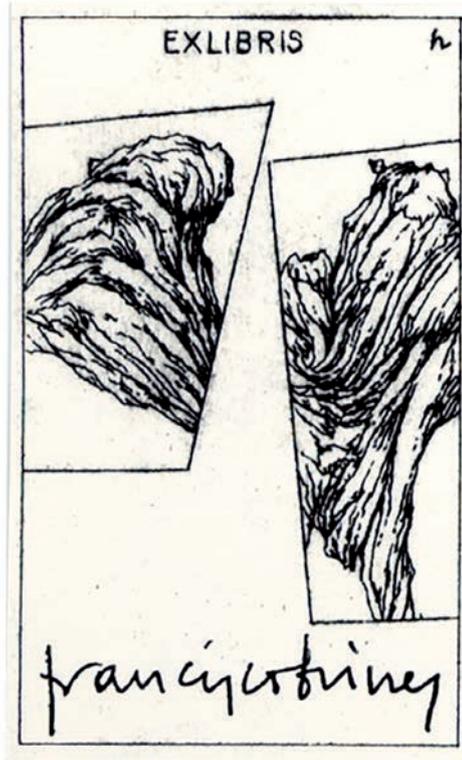
Los títulos son puras sugerencias, tú tienes también la última palabra. Si todo va bien iría por España del 5 al 16 de octubre, espero poder verte entonces, enseñarte el prólogo antes de entregarlo y decidir contigo la selección final de los poemas.

La madre de José Olivio anda bastante bien. Olivio ahora está enseñando de nuevo un curso sobre vuestra poesía. El parece ~~xxxxx~~ estar animado. Yo en mi rutina universitaria y esperando ya que me den el puesto aquí como profesor titular (después decidiré lo que hago). Suerte en Viena y saludos a Siles y a su esposa que me parecen encantadores los dos.

Todo el cariño de  
Dionisio

Carta de Dionisio Cañas, 1988

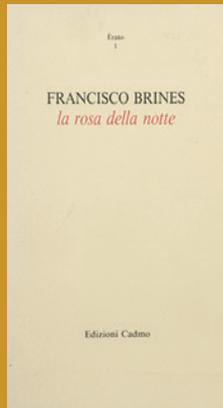
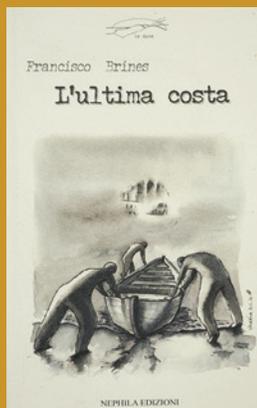
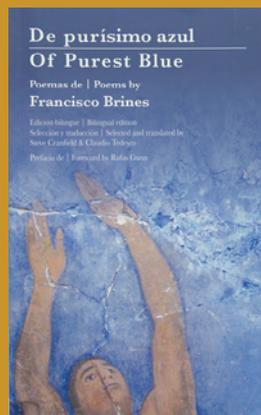
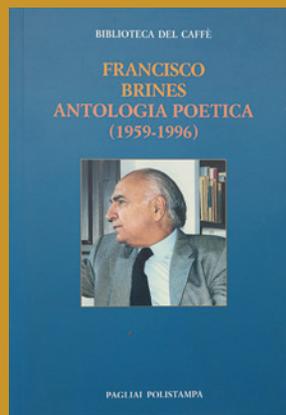
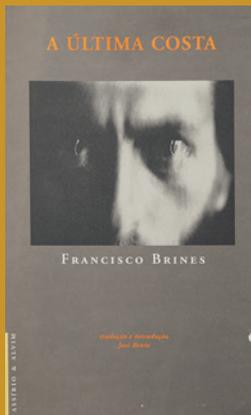
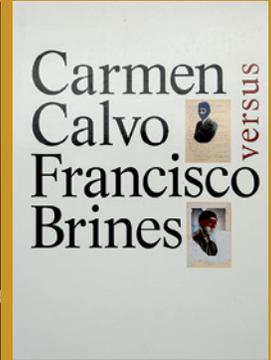
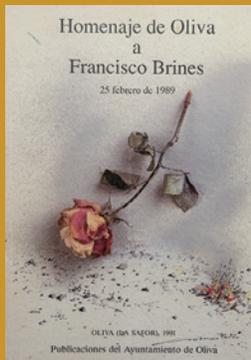
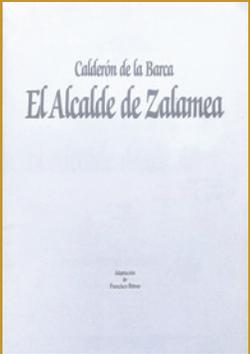
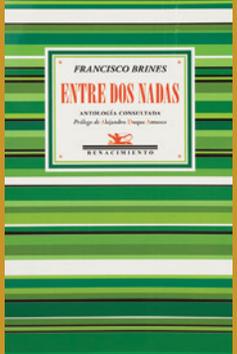
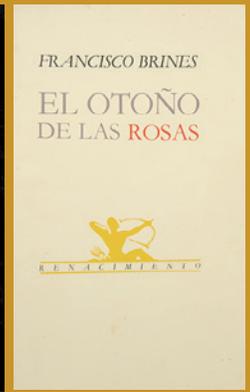
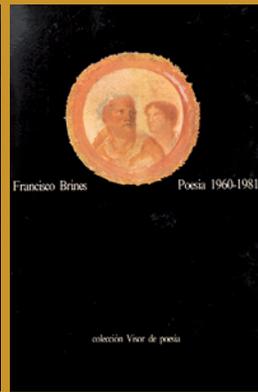
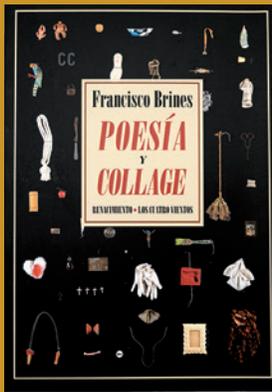
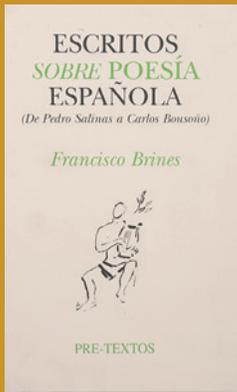




Exlibris para Francisco Brines, por José Hernández







Organiza:



Universidad de Alcalá



FUNDACIÓN GENERAL UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

